

Juan Carlos Ascuña Flores

EL PROFE DE LA ROSA

APTO SOLO PARA ADULTOS

Juan Carlos Ascuña Flores

El Profe
De La Rosa

© JUAN CARLOS ASCUÑA FLORES
EL PROFE DE LA ROSA

ISBN papel:
ISBN pdf:

Impreso en España
Editado por Bubok Publishing S.L.

DEDICATORIA

Dedico este libro a aquellas personas que en el anonimato leyeron y valoraron mi trabajo, animándome a llevar a cabo la presente publicación.

CONTENIDO

NOTA DEL AUTOR

El Profe De La Rosa es una novela erótica con escenas explícitas por lo que es **APTA SOLO PARA ADULTOS**. En la novela se narran escenas de sexo con descripciones y acciones que pueden herir susceptibilidades. El libro busca entretener y excitar a lector, por lo que se recomienda leerlo en un lugar cómodo, privado, sin distracciones y con ropa holgada. También puede ser leído en pareja, como medio para incentivar la intimidad.

Si tiene Ud. este libro en sus manos, es probable que termine leyéndolo con una sola de ellas.

AGRADECIMIENTOS

A ti, por dedicarle algo del tiempo de tu vida a darle un vistazo a mi creación, gracias.

CAPÍTULO I
PODÍA CONSIDERARME UN ALCOHÓLICO

Podía considerarme un alcohólico, había perdido mi buena forma atlética, y mi semblante, antes alegre y coqueto, ahora era lúgubre. Considero que a cualquiera le habría afectado un divorcio, que se lleven a tu pequeña hija y que te demanden por una suma considerable. Cuanto menos aún conservaba el trabajo de catedrático en la facultad de derecho de la universidad de la zona en la que vivía, eso pues mi exesposa se había quedado con el estudio de abogados, y mi cartera de clientes ahora me evitaban.

Me froté los ojos mientras enderezaba la espalda, sintiendo como crujían mis articulaciones. Luché por un instante, pero volví a tenderme en la cama ¿Cómo podía haberse vuelto tan fea mi vida? No tenía motivos para seguir adelante. Mi cuarto lucía desordenado, las superficies estaban empolvadas, carecían de los detalles, adornos y recuerdos que antes solía colocar para que me sintiese cómodo; incluso algunas figuras de colección de mis historietas favoritas ahora estaban empolvadas en una caja olvidada por algún rincón del lugar.

Me fui perdiendo en mis penas, en mis recuerdos y angustias, hundiéndome en un oscuro pozo sin fondo, del que realmente prefería no salir; cuando la alarma volvió a sonar.

Así, desanimado y obligado a moverme rumbo a clases para poder cubrir mis horas, y con eso mantener mi sustento, me levanté alejándome de la cama para que la tentación no me venciese. Luego de afeitarme como un robot sin sentimientos me di un duchazo rápido con agua fría, enjabonando mi cuerpo con un pequeño jabón con forma de racimo de uvas (uno de los pocos detalles que conservaba). Me sequé, tomé una camisa y pantalón al azar, pues poco me interesaba lo que opinasen mis colegas de mi ropa. Ya vestido saqué de mi refrigeradora una empanada y junto a un potecito de yogurt que desayuné de dos bocados, pues el tiempo (como si no tuviese suficientes dilemas) había transcurrido más rápido de lo que la depresión me permitía moverme. Era un día cálido, se sentía la proximidad del verano. Finalmente me cepillé los dientes, cogí un saco ligero junto a mi morral y subí a mi auto (un sedán que fue mi primera adquisición de importancia, y en el que tuve infinidad de aventuras), encendí el motor y partí, dirigiéndome a la universidad.

El campus era probablemente el complejo de edificios y parques más grande de la provincia. Tenía campos deportivos, una biblioteca un tanto anticuada, pero funcional; bloques de salones y ambientes comunes en cantidad suficiente para cerca de diez mil estudiantes. Sin embargo, la época en la que solía llegar a esos edificios aguantando la respiración por la emoción de enseñar y aprender dictando mi materia había quedado en el pasado. Por lo contrario, me movía por los alrededores como un fantasma, apenas la sombra del brillante profesional que en realidad era. Si no había sido despedido hasta ahora era porque mis estudiantes me conservaban estima. Además, había publicado buen material académico y mis colegas esperaban

que me recupere de mi prolongada tristeza.

En esos términos me dirigí a mi primer salón, al ingresar la multitud de jóvenes se acomodaron en sus lugares, expectantes ante la oportunidad de obtener nuevos conocimientos. Empecé la materia, intenté ponerle ganas, pero no podía meterme en el papel de profesor alegre y entregado a la enseñanza, sintiendo como el brillo en los ojos de mis estudiantes se iba apagando, siendo reemplazado por aburrimiento. De esta forma las clases pasaron una tras otra. Una veintena de jóvenes ávidos de aprender eran mi público, pero tal había sido mi cambio que me limitaba a hablarles del tema, dejarles unas lecturas y abandonar el salón cuando se cumplía mi hora. Pese a mi mala actitud, cuando me disponía a salir se me acercaron algunos estudiantes con consultas o queriendo hablar del tema tratado en clase, pero como si fuese un ser automatizado respondí sus dudas y me alejé, pues quería terminar mi jornada de una vez por todas. Entregué algunos documentos en la sala de docentes, verifiqué mis pendientes, cogí mi vehículo y abandoné la facultad.

Llegué a casa y nadie me recibió. Pese a que llevaba más de un año solo costaba acostumbrarse a la completa soledad. Me obligué a comprar algo de comida, más que todo para sobrevivir, pues ya ni gusto a la comida le encontraba; luego intenté pasar el tiempo pensando en otras cosas, viendo programas de televisión, cambiando de canal sin llegar a lograr interesarme por algún programa, siendo torturado por mi reloj, que pese a mis esfuerzos por distraerme no parecía avanzar. Observaba el lento atardecer mientras seguía preguntándome el ¿Por qué? ¿Cómo había llegado a este momento?

El tiempo se me hacía infinito, el tormento del silencio, de estar solo… era insoportable. Empecé a sentir retortijones en el estómago, una sensación de vacío que me agriaba la vida. La única solución que conocía y

que hacía más llevadera la angustia que sentía era estar ebrio. El alcohol me calmaba, adormecía mis penas, brindándome una sensación de somnolencia que hacía pasar más rápido el tiempo… aplazando mis sentimientos, sin entender hacia dónde finalmente enrumbaría todos mis problemas.

Si bien es cierto que había caído bajo, aún no estaba totalmente derrotado, o eso era lo que me forzaba a creer. A falta de sensaciones agradables me había decantado por adormecer mi cuerpo y esperar que los días pasasen en una triste procesión hacia mi final. Así que me levanté y tomé la fácil, mejor dicho, fatídica decisión de salir para tomar unas copas.

El departamento en el que vivía, y por el que me encontraba endeudado por los próximos veinte años, quedaba cerca de una zona dedicada a la vida nocturna. Cuando lo compré con mi exesposa me pareció una buena inversión y forma de mantenernos activos y entretenidos. Podías encontrar discotecas y bares, así como algunas tiendas y restaurantes, sitios muy buenos para pasar el rato; pero muy peligrosos para alguien que está volviéndose alcohólico.

Allí me dirigí caminando, con la misma ropa de la mañana, con cara de pocos amigos, abatido por la vida, pero aún en movimiento, pues me hacía falta un buen trago. Llegué a un local que para mí ya era habitual, donde los cócteles eran agradables y tenían un precio aceptable. Así que escogí un lugar en la barra y me senté, manteniéndome con la vista perdida. En la barra había un tazón de vidrio con maní salado, estiré la mano y cogí uno que me llamó la atención, tenía la extraña forma de un corazón. Cuando quise verlo con más detalle este se partió, dejándome con una mitad en cada mano «ni para esto tengo suerte» pensé, llevándomelos a la boca.

La disco-bar tenía poca gente esa noche, era un local de mediano tamaño, la barra en la que me encontraba quedaba un constado del ambiente

donde un barman hacía su trabajo, luego venía una reducida pista de baile, con unos cuantos asientos y mesitas alrededor, muy normal en realidad. El local solo destacaba por ponerle un poco más de alcohol en las bebidas, algo que a mí me resultaba atractivo.

Cerca de las 7 de la noche hice mi primer pedido: un whisky en las rocas. Me trajeron el vaso con el esperado néctar, frío al tacto por su contenido. Lo sostuve un tiempo en el aire, apreciando su color mientras los hielos en su interior destellaban y bailaban con cada movimiento de mi mano, invitándome a probar su contenido. Me lo llevé a los labios. Bebí con calma, quemándome la garganta… ¡Qué placer! No prestaba atención al resto del mundo, era mi vaso y yo, nada más. Mientras sombras iban y venían a mi alrededor, lo terminé. Sin mediar palabra alguna pedí el siguiente, que llegó muy rápido, luego otro, mejor dos más… de pronto, para mi pesar, alguien me interrumpió tocándome el hombro.

—¡Profe! —una jovencita me hablaba casi gritando, mientras que un grupo de muchachas tras ella festejaba su hallazgo— ¡No sabíamos que tenía vida nocturna!

La miré, estuve a punto de poner cara de fastidio por haberme interrumpido en mis lamentos, pero por alguna razón, sin saber explicar bien el por qué, me quedé viendo su pequeña boca de labios carnosos y sonrisa perfecta, permaneciendo hechizado ante esa extraña jovencita, disfrutando de la imagen su piel bañada por las luces de colores cambiantes, como si de un ser mágico se tratase. Yo ya estaba algo ebrio y su presencia me resultó agradable, así que decidí devolverle el saludo.

—Hola… ¿Te conozco? —le pregunté, con total sinceridad pues entre el ambiente festivo y las luces de discoteca no recordaba dónde la había visto antes.

—Claro, obvio que me conoce, en la mañana estuvo dándonos clases, lleva semanas enseñándonos —puso cara de dolida, como si el ignorar su identidad realmente le hubiera afectado, lo que me desconcertó. Hice memoria, me esforcé y recordé su nombre.

—¿Daniela? ¡Claro Daniela Fernández de Derecho Romano! —ahora sí, triunfante, le sonreí. Ella me devolvió una bella sonrisa, como de niña que ha logrado su objetivo.

Solo por recordar su nombre se puso a charlar conmigo, ella estaba alegre, y se notaba que ya tenía unas copas encima, claro que no tantas como las mías. Me preguntó si estaba acompañado y yo solo acerté a negar con la cabeza, rápidamente cambió de tema y comentó cosas banales intentando distraerme, hacía caras graciosas para dar a entender mejor sus ideas y logró hacerme sonreír en varias oportunidades, pero al poco tiempo su grupo de amigas la llamaron, la joven se disculpó alejándose dando saltitos con sus zapatos de tacón.

Pude observarla con más calma, pues cuando charlamos ella estaba junto a la barra y solo atinaba a verle su juvenil carita de grandes ojos y boquita graciosa, así que la seguí con la vista mientas caminaba rumbo a sus amigas. Era un pequeño bombón, bajita de estatura, pero bien formada, su piel morena resaltaba con ese vestido corto de color negro con brillos que centelleaban a cada paso que daba, tenía unas piernas hermosas que subían hasta un trasero redondito que me hizo tragar saliva.

Pero ¿En qué estaba pensando? Solo por estar en el mismo local con una estudiante mía ya era una escena comprometedora, la universidad tenía un estricto régimen de distanciamiento y reserva entre docente – alumno, el comité de ética me haría añicos si me desviaba a algún lugar con esa muchachita; además le llevaba ¿Cuánto? Quince años por lo menos. Volteé y

retomé mi vaso, que estaba ya algo caliente, así que pedí más hielo, haciéndolo dar vueltas en el interior para que temperase mi bebida. Con lástima me quedé pensando en todo aquello a lo que había renunciado por mi familia, los años perdidos, las oportunidades rechazadas. ¿Pude haber tomado otras decisiones? ¿En qué momento todo se echó a perder? Yo no me consideraba mal tipo, tal vez algo en mí no estaba bien. Era cierto que el último año había empeorado en la bebida, pero por lo demás no podía ser considerado un canalla. Tenía mala suerte, era eso o es que yo no sabía reconocer mis errores.

—¿Por qué está tan triste profe? —ella había regresado y me había sorprendido sentándose a mi lado interrumpiendo mis lamentos, lo peor es que al mirarla me sentí culpable por mis pensamientos, y ella, con solo su mirada me transmitía sincera preocupación por mi estado emocional.

—No lo entenderías mi pequeña alumnita —contesté en tono condescendiente. No tenía motivo para compartir mis problemas y preocupaciones, y esa jovencita no sabía el tipo de persona con la que estaba hablando. Me empecé a levantar para retirarme, pero ella puso su pequeña manita en mi brazo logrando detener mi partida. Y es que esa pequeña y fina mano tibia al hacer contacto conmigo resultó agradable, no presionaba, era tan solo un contacto dulce que no pude rechazar.

—Ándele cuénteme ¿si…? —hizo un puchero y volteó hacia la barra— joven sírvanos dos vasos de lo que haya estado tomando mi amigo —le dijo directamente al mesero, ignorando si yo aceptaría seguir bebiendo.

—Daniela, sabes que no puedo tomar con estudiantes.

—¡Mire a su alrededor! ¡Es una disco! Tampoco es un esclavo o algo así. Dese un respiro y ponga a prueba si puedo entender lo que lo angustia o no, ¿o tal vez está apurado en irse? —me dijo alargando la pregunta, haciendo

caminar sus dedos en mi brazo, causándome cosquillas, acompañando todo el comentario con esa sonrisa que ahora me parecía más pícara y provocadora.

Ella había acertado. En realidad, nadie me esperaba en casa, además era viernes, por lo que no trabajaba al día siguiente y finalmente ¡Que se joda el mundo entero! me acababan de poner otro vaso de whisky enfrente y llevaba mucho sin beber acompañado, por lo que en silencio acepté su invitación.

Fui consumiendo mi bebida poco a poco, charlando con mi nueva amiga de copas, con sorbos pequeños alargamos la velada. De alguna manera me hizo sentir confianza y el enorme torrente de cosas que quería decir, sin haber tenido con quién hablar, empezó a fluir. Ella era joven y llena de sueños, le expliqué que yo había tomado malas decisiones, que por eso estaba solo, y lo deprimido que me sentía; mientras avanzaba con la historia ella iba haciendo caritas y gestos sacándome unas cuantas carcajadas, con comentarios precisos que daban a entender que estaba interesada en continuar escuchando mi relato.

—La vida no es tan fea ¿no cree profe? —me dijo mientas acomodaba su negro cabello y se inclinaba lentamente hacia mí, separando sus labios. Era una mujer hechizante.

En alguna parte de mi mente pensé que ella me besaría, me preparé para el contacto, ansiaba el momento. Nuestras caras se iban se acercando muy despacio, pero cuando faltaba casi nada para que nos toquemos me dio un tirón del brazo y me sacó a bailar. Todo el tiempo, mientras charlábamos ella había estado jugando y toqueteando mi brazo, desde que hizo contacto conmigo para evitar que me fuese del lugar no me había soltado y eso había creado de alguna forma un vínculo con ella, que me gustaba mucho.

Confieso que no soy un buen bailarín ni dada por el estilo, hice lo posible para seguirle el ritmo de la música electrónica, ella saltaba, se contorneaba, me rozaba, era una gozada verla tan llena de vida. Me dejé llevar y la tomé de la cintura, bailamos sin ritmo, pero divirtiéndonos, la pasé muy bien. Luego de unas canciones regresamos agitados a la barra, para mi sorpresa ella vació de un trago lo que le quedaba servido y pidió un par más.

—¿Vas a estar bien? — le pregunté sinceramente preocupado, pues la veía un tanto ebria.

—¿Acaso usted, mi profe, no me va a cuidar? —me contestó, sonriendo de lado a lado, logrando que algo que tenía por mucho tiempo dormido finalmente despertara. El deseo por una mujer.

Tenía a una belleza apenas adulta a mi merced, y ella no paraba de provocarme. Me rozaba, hablaba muy cerca, sonreía y se alejaba. Estaba jugando con un avispero, fácilmente podía terminar picada.

Charlamos y bailamos un poco más, en un descuido suyo me aseguré de pagar lo que se debía por lo consumido, consecuencia de mi anticuada educación y manera de pensar. Por ser avanzada la noche, y como sus amigas ya se habían marchado, le propuse acompañarla a tomar un taxi, a lo que ella accedió.

Aún conservaba algo de cordura, así que pensé en llevarla a la avenida más próxima, embarcarla en un taxi que parezca seguro y luego marcharme a casa, que se ubicaba siguiendo la ruta, muy cerca de esa misma avenida.

—Ha estado divertido pequeña Danielita —le dije mientras caminábamos, ella continuaba tomándome el brazo. Por nuestra diferencia de tamaños aparentaba menos edad, si no fuese por sus redondeces

cualquiera hubiese dicho que era una adolescente.

Aunque la noche era fresca un par de ráfagas de viento la hicieron temblar, procuré pegarme más a ella y seguimos avanzando, el sonido de mis zapatos, sus tacones y nuestras respiraciones eran todo a lo que le prestaba atención. De alguna forma me sentía feliz. Había salido por alcohol para ahogar penas, pero gracias a mi acompañante había resultado en todo lo contrario: me había desfogado contando mi vida, logrando divertirme en el proceso.

—¿Vives cerca de aquí? — me preguntó con total naturalidad, sonando graciosa, a consecuencia del alcohol.

—Si, vivo en ese edificio de allá —le señalé el condominio donde se ubicaba mi departamento, que aparecía a la vista pues estábamos ya muy cerca, un taxi pasó por la avenida y levanté el brazo para llamar su atención, recibiendo un tirón por parte de mi acompañante.

—Quiero ir al baño — me dijo apretándome un poco más, mientras cruzaba sus piernitas para transmitir urgencia.

Mi mente se puso en blanco por un instante, ¿quería ir al baño? o ¿era una indirecta para ir a hacer algo más? Volver al local nocturno era una opción, pero estaba mucho más cerca mi departamento. Asentí y seguimos caminando de largo, el taxi al ver que nos alejábamos se marchó. La abracé por los hombros, cubriendo ese delicado cuerpo de fina espalda, sintiendo un acelerón en mis latidos por tenerla tan cerca. Así seguimos caminando rumbo al edificio que le había señalado.

— Claro, te presto el baño de mi departamento —le dije, ella asintió sonriéndome. Las cosas podían resultar mal, muy mal, o tal vez todo fuese solo mi imaginación y ella realmente necesitase un baño; igualmente la sangre

se me empezó a subir a la cabeza, a ambas cabezas.

Al estar caminando muy juntos me percaté que cada dos por tres ella trastabillaba conmigo y perdía el equilibrio, obligándome bajar mi mano y tenerla agarrada de la cintura, cuyo contacto me hizo aguantar la respiración, pues era exquisito.

Ingresamos al condominio y empezamos a subir las escaleras, sus zapatos de tacón dificultaban el ascenso y al estar ambos tomados de la cintura empezamos a hacernos cosquillas, por lo que las risas y toqueteos no faltaron. Debido a que en un escalón casi caímos tuve que abrazarla aún más y poco a poco nos fuimos poniendo serios, apoderándose el silencio del lugar, solo interrumpido en mi interior por los latidos de mi corazón acelerado, expectante. Y de pronto, así sin más, subió rápidamente un escalón, volteó hacia mí levantando los brazos, colgándose de mi cuello, y me besó, haciendo que el mundo entero se detuviese.

Esa boquita caliente se presionó contra la mía, liberando humedad, rozando su lengua con timidez mi boca. Yo correspondí, acompañé sus movimientos, separé sus labios carnosos e invadí su interior. Ella se movía alrededor de mi lengua, mientras yo jugaba con la suya y ya nada importaba.

Mantuve abiertos los ojos, como si me costase creer lo que estaba ocurriendo, logrando apenas ver parte de su carita y cabello, percatándome de que ella mantenía los ojitos cerrados, entregándose por completo al contacto íntimo que estábamos teniendo.

Grada a grada subimos besándonos, mis manos inquietas le acariciaban la espalda, fina y delicada, con tan solo la tela del vestido separando mi piel de su piel. Decidí bajar un poco más y le toqué el inicio de las nalgas. Esas redondas nalgas se me antojaron perfectas, la sensación de la

tela rozando su piel mientras mis manos masajeaban su trasero me incendió por dentro. Ella por su parte me tocaba el cabello, atrapándome para que el beso siguiese. Con su otra mano presionaba mi pecho, explorando mi camisa, intentando alcanzar su interior. Llegamos a mi piso sin parar de besarnos, nuestras caricias transmitían urgencia, necesidad. Yo no sabía si detenerla para hacerla ingresar, o limitarme buscar mi llave a ciegas.

Definitivamente no quería separarme de ella, no quería malograr el momento y que esa magia se esfumara. Para mi sorpresa su pequeña mano bajó de mi pecho a mi vientre y luego empezó a tocar mi entrepierna. Sintiendo como frotaba mi pierna con la palma de su mano, hasta que encontró la carne que tras la tela se ocultaba. La tomó en su extensión y la presionó para que no se le escapase.

Ella algo quería y yo desde luego que estaba dispuesto a dárselo.

Dejé de besarla en la boca, me deslicé por su mejilla y me dediqué a morderle el cuello. Aquella caricia siempre me había funcionado y esta vez no fue la excepción, pues ella se contorneó facilitándome la tarea. Con mi mano izquierda le agarré las nalgas para pegarla hacia una de mis piernas, en tanto con la mano derecha me bajaba el cierre del pantalón. Hice a un lado mi ropa interior y saqué mi virilidad. Ella sintió la carne, tomó lo que pudo con su manita y soltó un gemido. Mi falo se le antojó bastante grueso; después de todo, en el día a día, cuando yo lo tomaba con mi mano la palma no alcanzaba a rodearlo del todo, así que su pequeña manito en comparación quedaba muy corta.

Con urgencia ella llevó la otra mano para sujetarlo bien y empezó mover mi piel, subiendo y bajando de forma frenética. Yo ya estaba durísimo y mi mente no podía concentrarse. Por fin logré sacar mi llavero y abrí la

puerta. Ella susurraba palabras que no llegaba a entender mientras agitaba sus manos apretando su presa, que no parecía dispuesta a soltar.

Al final la lujuria se impuso ante la razón. La ética y la cordura quedaron atrás. Ahora sí que no respondía por lo que haría.

La puerta se abrió de un tirón, la hice retroceder al interior del umbral mientras continuaba manoseándola y comiéndole el cuello, pero parecía como si su mundo entero girase alrededor de sus manos, nada más le importaba. Seguimos retrocediendo hasta que topamos con un mueble, y la senté en el sillón de mi sala. Ella no me había soltado el pedazo, y ahora que lo tenía a la vista, tan cerca de su carita, entreabrió la boca y se quedó muy quieta. A excepción de sus manos que seguían con su seductor masaje, todo a nuestro alrededor parecía haberse detenido, todo problema había dejado de importar, ahora tocaba disfrutar.

Lentamente levanté un pie poniéndolo sobre el asiento del mueble en el que ella permanecía sentada. Así, en esa posición, pude acercarle lo que tenía entre manos y tanto miraba, aproximándolo aún más a su cara. Sus ojos se abrieron muchísimo, la vi pasar saliva mientras que, lentamente, acercó su boca, sacó su lengua y le dio una probaba. Empezó lamiendo la cabeza, pero no fue con timidez, pues se entregó de lleno a la tarea de ensalivar todo cuanto estaba a su alcance, cuando pareció contenta con lo que había hecho se separó y sonrió. Luego abrió bien grande la boca envolviendo con sus labios el glande mientras con sus manos tiraba del tronco hacia ella.

Se la metió como pudo y hasta donde soportó, dejándome viendo estrellas de tan excitado que estaba. Era fantástica, el morbo era aún mayor debido nuestra diferencia de tamaños.

Las sensaciones eran demasiadas, y el verla allí, relamiéndose, con la

boca llena, mientras mamaba como si de un becerrito se tratase hizo sucumbir mis limitaciones. Y así se mantuvo, succionando hasta donde su cuerpo le permitía mientras me pajeaba, parecía deseosa de hacerme llegar al orgasmo. No la interrumpí, la dejé chupármela con gusto, mientras tanto le masajeaba la cabeza. Como ambos seguíamos con ropa aproveché para irle abriendo el cierre posterior del vestido, a su vez me quité el saco y la camisa, desabroché mi pantalón y con cuidado me lo bajé. Durante todo ello mi pequeña no paraba de ensalivarme, lo sacaba, lamía su extensión, volvía a introducirlo en su boquita.

Empecé a sentir un cosquilleo en la columna, que todo hombre conoce como el preludio de que se está por llegar al orgasmo, y no quería acabar así, por lo que, con delicadeza, le tomé las manos y le quité su juguete de la boca. Ella a modo de reclamo hizo un gesto de enojo con su carita que me causó bastante gracia. La hice pararse, se veía hermosa, caminé a su alrededor acariciándola, le moví los brazos para terminar de quitarle el vestido, se lo deslicé y fui bajándolo, descubriendo esa tersa piel morena, tras un brasier de encaje destapé sus pechos, que eran pequeños, como dos pelotas de tenis bien formadas, la cinturita de avispa ocultaba un abdomen marcado y trabajado, la cadera representó un reto, aplazando mis ansias de desnudarla, pues el vestido había sido encajado a presión, por lo que necesité hacer fuerza para podérselo sacar. Cuando logré descubrir su piel por completo tuve que aguantar la respiración. Quedé sumamente sorprendido pues ella tenía unas caderas anchas, con nalgas prominentes y redondas, sin caer en la exageración. Su bello estaba cortado casi al ras con forma rectangular, quedando solo una ligera pelusa. Además, tenía una separación entre los muslos muy característica de las modelos de lencería, y sus piernas eran anchas, con músculos marcados y unas pantorrillas cinceladas.

Arrodillado, con la tela en la mano, no me sentí digno de ella. Pero Daniela, al verme dudar, me hizo un gesto, algo muy simple pero lleno de valor. Me regaló una sonrisa, con tanta dulzura como lujuria, con su boca muy húmeda por lo que había estado haciendo, y así, como un caballero que es aceptado por su reina, me tendió una mano invitándome a pararme.

—La vida es hermosa ¿No cree profe? —me dijo, animándome a seguir.

Ella me tomó del cuello y empezó a besar mi pecho, yo no le había quitado los zapatos de tacón, y decidí dejárselos pues me generó morbo poseerla así. Acompañe sus caricias con toqueteos, le rocé la carita, con una mano le agarré la oreja para que no se moviera tanto y con la otra exploré poco a poco su cuerpo, pues ya no me bastaba el solo verla. Sus pechos eran firmes con aureolas pequeñas, muy agradables a la vista y al tacto, mi palma era más que suficiente para rodearlos, pero quería más. Me acerqué y le empecé a lamer uno de los pezones, ella gimió, demostrándome lo sensitiva que era. Se dejó hacer mientras se mantenía parada, obediente. Seguí acariciándola, decidí bajar más. Su vientre era duro y trabajado, lo rocé con la lengua y logré sentir algunas separaciones de los músculos del abdomen. Pronto llegué al lugar que deseaba conocer, su vagina estaba más que preparada. Tenía unos labios pequeños, que estaban separados por la misma disposición que tenía su cuerpo, saqué cuanto pude mi lengua y la froté por encima, ella volvió a gemir, apartando sus piernas, facilitándome el poder acariciarla aún más, explorando con deseo cuanto pude, en tanto ella presionaba mi cabeza contra sus pronunciadas caderas.

Quería poseerla, y no pude resistir más, me corrompía el deseo, por lo que me levanté cuan alto era quedando frente a ella. Daniela se mantenía abrazándome por el cuello, con sus pechos rozando mi vientre, así que la

agarré por las nalgas, que se me antojaron perfectas, y haciendo fuerza la levanté en el aire separándole las piernas hasta ponerla por encima de mi falo. Por un segundo, un eterno segundo cruzamos miradas, sabiendo lo que vendría. La hice descender encajándola y penetrándola de un solo tirón. Ella soltó un grito, por la sorpresa y por el dolor en igual medida, clavándome las uñas en la espalda. Había enterrado mi masculinidad en aquella pequeña criatura, y ella, por muy húmeda y preparada que hubiese estado, había recibido más de lo que esperaba.

Nos quedamos muy quietos, unidos, siendo un solo ser. Su carita era una mezcla de sorpresa y dolor, me reproché por apurarme y haber sido tan tosco; de pronto aflojó las uñas en mi espalda, contorneando su cuerpo de forma pausada, empezando a mover ligeramente su cadera hacia adelante y hacia atrás. Con sumo cuidado le besé el cuello, la carita y la boca, ella respondió, así que, aun cogiéndola de las nalgas, la levanté muy poco y la hice descender, sintiendo como resbalaba al salir y luego introducirme en su cuerpo, lo hice de nuevo, esta vez la hice saltar más, y de nuevo aumentando la fuerza. Ella gemía, con cada embate iba cambiando de cara, acrecentando sus gemidos y acompasando mis movimientos. Ahora gozaba, incentivándome a aumentar el ritmo. Sus piernitas rebotaban cada vez que su cuerpo caía y era nuevamente levantado, por su parte ella acompañaba la acción sujetándose de mi cuello y moviendo su culito de adelante hacia a atrás, como si de una jinete cabalgando se tratase. Habíamos acelerado el ritmo, palmeando mis muslos con sus nalgas. Ambos estábamos casi sin aliento, le mordí el cuello alzándola y encajándola en mi verga, hundiendo ella nuevamente sus uñas en mi espalda, mientras rodeaba mi cadera con sus piernas y echaba la cabeza hacia atrás con un gemido largo y agónico de placer. Sentí que le estaba dando calambres y se humedeció aún más. La besé cuanto pude, y me detuve un momento mientras ella paraba sus espasmos.

Esa jovencita me había entregado todo y me había dejado punto de venirme también. La alcé, sintiendo como la descorchaba. Se la saqué y senté a la nena en el sillón, ella tenía las mejillas encendidas, me miraba con un agradable brillo en los ojos. Tomó mi verga con una de sus manos y la acercó a su cara, justo como habíamos empezado.

—¿Aún te falta? —preguntó.

—Averígualo —contesté.

Ella entendió lo que quería, y sin demorarlo más se puso a mamar, como una loca aceleró el ritmo y levantó la vista, cruzamos las miradas y ese fue el detonante. Una abundante cantidad de mi leche le llenó la boca, ella aguantó cuanto pudo y luego se la sacó, haciendo que otros chorros le cayesen en la cara, recibiendo todo con gusto. Permanecimos así, mirándonos, luego de un increíble intercambio de sensaciones, habiendo gozado el uno con el otro, con ella manteniéndome agarrado mientras las últimas gotas, fieles testigos del placer sentido, caían a sus piernas.

Para mi sorpresa ella empezó a reírse, contagiándome, haciendo que soltase una carcajada, liberándome de todo el peso de mis problemas. Cuando nos calmamos me besó la cabeza de la verga, la siguió lamiendo, dando pequeños besitos en el tronco.

—Te has portado bien —le dijo a mi virilidad.

Se la quité un instante y con los costados le di pequeños golpes cariñosos en la cara. Ese era mi ritual de marcado de territorio. Ella se dejó hacer, volviendo a reír, cerrando los ojos por el cansancio.

En mi poca lucidez pensé que era hora de irnos a dormir, no quería hablar ni preguntarle nada que pudiera romper el hechizo. La nena estaba

notoriamente somnolienta, eso aparte de ebria y con la barriguita llena.

La tomé de la mano y la llevé a mi dormitorio, ella se dejó conducir bostezando en el camino, cuando llegó dio un salto y cayó de costado la cama dando un par de vueltas probando su suavidad, que pareció satisfacerla, pues se quedó tendida boca abajo. La dejé un instante y fui a recoger una cobija más grande para dormir cómodos, dirigiéndome al cuarto del costado donde guardaba ese tipo de prendas. Todo ello fue cosa de segundos.

Cuando regresé cargando mi edredón la encontré sobre la cama, aún desnuda y en posición de perrito, con la cola apuntando hacia la puerta. La belleza tenía la cintura bien quebrada, por lo que las nalgas se separaban y daban un espectáculo difícil de explicar. Con esa magnífica vista mi nabo estaba nuevamente duro, nadie podría negarse a montar a ese trasero. Tragando saliva me acerqué por atrás y le besé un muslo, subí con calculada calma y besé el otro, llegando finalmente al medio, dedicándole tiempo y detalle a cada caricia, hasta que escuché que suspiraba y contraía los músculos. Subí a la cama acomodando mis piernas a ambos lados y apunté mi falo hacia ella. Solo necesité flexionar mis piernas para penetrarla. Nuestros cuerpos estaban preparados para el contacto, así que sin dilatar más el encuentro la monté, y ella se dejó hacer. No pude ser amable, la vista y la lujuria me hizo penetrarla duro, le di nalgadas mientras la bombeaba con mi pedazo, ella aguantaba como una reina mientras apretaba con los puños la sábana. El panorama no tenía precio, sus glúteos se bamboleaban cuando chocaban conmigo, la tenía cogida de su pequeña cintura y ella con cada acometida soltaba gemidos apenas audibles, pero que me incentivaban a seguir adelante. Yo entraba por completo en ella, sintiendo como la llenaba en su totalidad, mientras la hacía botar aire con un gemido por la fuerza que le transmitía, como si la estuviese desinflando. Poco a poco la fui echando, y mientras se estiraba en la cama seguía recibiéndome. Quería verle la cara, así que le

acaricié el mentón y la hice girar. Ella entendió y volteó su cuerpo, separando las piernas. Así, viéndonos el uno a otro le introduje mi pedazo, sin sacarla hice círculos con la cadera mientras nos fundíamos en un beso, ella no aguantó más y volvió llegar al clímax, tensando las piernas mientras arañaba mi pecho. No podía más, también estaba en mi límite, salí de ella, tomando su mano la llevé a mi falo, accediendo a ordeñarme. Me dio un largo beso, con esos labios que me encantaban, y esta vez hizo que le caiga la leche en la cara y el cuerpo, volviendo a sonreír por su triunfo. Le volví a dar sus golpecitos según mi ritual. Cuando terminé ella cerró los ojos y me susurró:

—Estuvo rico profe…

Yo me quedé mirándola, quise responderle, pero ella se había tendido en la cama, estirándose y cerrado los ojos con una ligera sonrisa en la cara, quedando profundamente dormida.

La cabeza me palpitaba, apenas creía todo lo que había hecho con mi estudiante, ella tenía semen en la cara, en el cuerpo y, en fin, por doquier. Bajé de la cama y fui al baño para coger un paquete de pañitos húmedos, limpiándola lo mejor que pude.

—Me hace cosquillas profe, ya hay que descansar —comentó moviendo sus piernas a modo de berrinche, quedándose dormida a los pocos segundos.

Me puse un pijama y, sintiéndome culpable, saqué otro pijama de verano que tenía, con cuidado se lo puse a ella que entre sueños colaboró para estar cómoda. Era como una muñequita, fácil de vestir y desvestir. Solo que esta muñeca era muy traviesa.

Cuando consideré que todo estaba listo para dormir con comodidad me eché a su lado, tendido de costado me quedé mirándola, y así, viéndola

descansar, escuchando y sintiendo su agradable respiración me dejé ir. Abrigué ambos cuerpos y poco a poco perdí el conocimiento.

Dormí con muchas ideas en la cabeza. Soñé que era despedido y vivía un escándalo, que mi exesposa se reía mientras yo terminaba en la calle, y gente que yo conocía pasaba junto a mí, lanzándome miradas de repudio.

Así con pesadillas abrí los ojos a un cálido día soleado.

Mi huésped seguía plácidamente dormida. Con la luz que dejaba pasar la cortina me dedique a observarla con mayor detalle. Tenía rasgos curiosos, su piel era apenas morena, morocha diría yo; usaba poco maquillaje, sus labios carnosos tenían un tono y brillo natural que la adornaban. El cabello lacio y sedoso le quedaba de maravilla, y se veía bien cuidado. En general su carita tenía un aire al de una actriz que no lograba recordar, pero me encantaba. Dormida daba la sensación de ser angelical. Me imaginé lo bello que sería despertar cada día con una vista como esa.

Pero a veces tienes que pisar la tierra y ver la realidad de las cosas. Mis opciones era pocas, en este caso sentía que la lujuria daría paso a la tempestad. Hacía falta que ella se levante y reaccione, de una u otra manera le daría un significado a lo ocurrido y sería difícil de hacerle entender que yo, por lo vivido, lo sufrido y lo poco que la conocía, no quería ninguna relación, por lo menos aún no. Le estaba muy agradecido por hacerme reír y bueno, la habíamos pasado espectacular sin duda, pero el divorcio me había afectado demasiado, y, además, la diferencia de edad siempre sería un problema. Yo daba por sentado que algo serio entre nosotros no funcionaría.

Era muy probable que ella hubiese salido conmigo por error, o que también hubiese sentido la necesidad de desfogarse; pero pese a todo, albergaba la esperanza, muy oculta en mi interior, de que ella sintiese algo por

mí.

Me rugió la tripa, así que me fui a la cocina y preparé una tortilla con algo de cebolla, tomate y atún. Batí con habilidad los huevos y la vertí en una sartén precalentada, le di un color y textura preciso y, bien sazonada, la serví en dos platos. También preparé café, tosté pan de molde y lo acomodé en la mesita tipo isla que conectaba la cocina con la sala.

Todo ya estaba dispuesto de la mejor manera. Sentí que faltaba algo de jugo, como para darle color a la mesa, así que me limité a servir una botella de jugo de naranja, que era lo que tenía a la mano.

El desayuno se veía presentable, y mientras comíamos el ambiente ofrecería un espacio amigable para poder charlar e intentar quedar como amigos, o ver si poco a poco, a futuro lográbamos algo más, cosa que cada vez, por alguna razón en mi alma yo iba deseando.

De pronto ella se sentó como un resorte, despeinada miró alrededor como para ubicarse y al verme me preguntó:

—¿Qué hora es?

—Son las 09:50 — le contesté, no supe si debía agregar algo más pues ella abrió los ojos como platos, de un salto felino se puso de pie, se detuvo un instante apreciando mi pijama de dibujitos que ahora vestía, caminó rápidamente a la sala y cogió su ropa desperdigada. Sin pudor alguno se desnudó frente a mí para empezar a ponerse sus prendas.

La mujer era bella por donde la vieras, esas piernas eran una locura, esculpidas por el creador para deleitarse con cada detalle. Desde la mesa donde tenía servido el desayuno tuve una vista privilegiada del bombón que me había cogido unas horas antes.

Dando pequeños saltos ella termino de vestirse, me preguntó por mi baño y se lo señalé, como un torbellino entró corriendo, casi de inmediato salió del baño y se acercó a la puerta brincando de un pie, calzándose sus zapatos de tacón. Finalmente, ya vestida se arregló el cabello como pudo y caminó atravesando la sala hacia mí.

—Esto será un secreto entre los dos — me dijo, con cara seria. Aquello me desconcertó, lejos de sentirme agradecido me sentí desdichado, cuanto menos esperaba haberla enamorado un poco, y mi idea inicial de no querer problemas ni amoríos no logró hacerme sentir mejor.

—Ni una palabra, así será — le contesté.

Le dio una rápida mirada al desayuno, tomó un sorbo de café y luego se dio la vuelta, atravesó la sala, abrió la puerta del departamento y salió sin cerrar. Me paré, aún descalzo y sin creer el desenlace. Con los hombros caídos me acerque a la puerta para cerrarla, dolido por su seca despedida. Pero la puerta se volvió a abrir de golpe, ella entro como un relámpago y me plantó un beso en la boca, luego volvió a alejarse corriendo, dando pequeños saltos, haciendo sonar sus tacones. Mientras descendía las gradas me dedicó una hermosa sonrisa diciendo:

—Todo estuvo muy rico profe — y se marchó.

CAPÍTULO II
TODITO

Probé el desayuno que momentos antes había servido, y resultó que me había quedado muy bien, aun así, debido a la partida de Daniela, había dejado de tener apetito, por lo que apenas le di un bocado, sin llegar a terminar todo lo que había preparado.

Durante el resto de la mañana estuve pensativo, me metí en la ducha, disfrutando el contacto con el agua, recordando cada roce, cada caricia y contacto en mi piel que horas antes me había brindado Daniela, sintiendo la imperiosa necesidad de repetir esas experiencias. Al salir, como por inercia me vi tentado a volverme a meter a la cama y dejar que el tiempo me diese paz interior; sin embargo, esa intensa noche de sexo había desenterrado instintos que consideré olvidados. Mi libido había sido puesto en marcha.

¿Hacía cuánto que no cogía con locura? ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que tuve una explosión de sensaciones? Diría que, sin contar con el tema de mi exesposa, por lo menos llevaba unos cuatro años sin sentir lo que había percibido en la madrugada. Reflexioné, con la mente

en todo lugar, en todo momento y a la vez en ninguno. Divagando me terminé de secar, me paré frente al espejo de cuerpo completo que tenía a espaldas de la puerta de mi dormitorio y, como si llevase tiempo perdido, me encontré.

Me había crecido ligeramente la panza, estaba algo pálido pues no salía a menudo a disfrutar el día, pero más allá de eso aún mi cuerpo no estaba abandonado. En mi juventud me habían dicho que era un tipo bien parecido, y no sentía que ese brillo se hubiese opacado del todo. Esa jovencita tuvo que ver algo en mí para quedarse prendada y haber cooperado con nuestro encontronazo nocturno. Dándome unas bofetadas amistosas me animé a no volver a dormir. El día aún podía disfrutarse y luego el fin de semana acabaría, regresaría a dar mis clases y allí me encontraría con cierta persona… además ¡ESTABA VIVO! Reconocí un pequeño moretón en mi abdomen, seguramente un recuerdo de mi estudiante. Sonreí y cambié de actitud, pues aún había mucho que podía intentar y lograr. Así que nuevamente me di unas bofetadas amistosas, me dije «VAMOS». Animoso me vestí con ropa deportiva para salir a trotar un rato.

El parque cercano a esa hora era concurrido principalmente por chavales, corrían y hacían escándalo, pero por alguna razón ahora, mientras trotaba, y el escándalo ya no me incomodaba. Animoso disfruté del sol, del aire libre y me puse a mirar a las jovencitas que transitaban por la zona. Luego de una crítica rápida decidí que a mi parecer pocas se comparaban físicamente a mi reciente huésped, lo que me hizo sonreír. Realicé algunas flexiones y abdominales e inicié mi retorno al departamento. Mientras caminaba me puse a pensar en aquellas cosas que no había hecho, algunas que merecía hacer, tantas que me había negado. Salí de un agujero de autocompasión en el que me había enterrado, pues el divorcio no necesariamente tenía que significar el final de mi vida feliz. ¡Rayos! Podía volverme un pipiléptico, en un arrecho,

un pájaro loco, un insaciable del sexo… como lo fui alguna vez en mi juventud antes de enamorarme, casarme y empezar a tomar las cosas en serio.

Con otra óptica de la vida regresé a casa luego de comprar algo para merendar. Decidí evitar tomar más alcohol por el resto del fin de semana, por lo contrario, preparé con mayor esmero y dedicación mis clases universitarias, limpié mi cuarto y alisté las prendas que vestiría al día siguiente.

En mi mente recreaba mi ingreso al salón: saludando a los estudiantes mientras cruzaba miradas con Daniela, ella me miraba, alegrándose con mi presencia, pues sabía qué había pasado entre los dos, yo le sonreía, aceptando que de alguna manera me tenía hechizado. Esperaría que terminase la clase para charlar de forma amena con ella, procurando ser discretos por supuesto. Así podríamos quedar para juntarnos otro día.

Me sentía inquieto, como un joven que ansía ir a estudiar para ver a su chica. Por otra parte, me mantenía desconcertado la forma en la que se marchó de mi departamento, cayendo en la cuenta que era probable que en casa la estuviesen esperando y por eso había partido de esa manera, ojalá no la hubiesen castigado, o algo por el estilo. Como sea, ansiaba poder volver a tener un poco de intimidad con ella, ¿Me habría enamorado acaso? ¿Era ella la luz de esperanza que necesitaba mi vida?, Nuevamente intenté desterrar la idea de cualquier relación amorosa, pues no me sentía preparado, además de que la sola idea sonaba ridícula. Únicamente la quería para intimar, pero ¿Era eso cierto? Yo ya no me sentía tan convencido de solo querer sexo. Pensativo, con mi imaginación volando entre dudas y sueños me fui a dormir, terminando el fin de semana.

En la oscuridad ella ingresaba a mi cuarto vistiendo una pequeña bata semitransparente. Sumida en la penumbra mi angelical acompañante avanzaba cruzando las piernas a cada paso que daba, mientras que yo, que

permanecía tendido, me limitaba a mirarla y disfrutar su presencia. Quería hablarle, sin encontrar las palabras, y es que tal vez no había nada que decir. Ella en silencio sonreía, se acercaba a mi cama y, estirando los brazos dejaba caer su ligera bata, quedando desnuda. Desde mi posición la miraba expectante, ansioso. La luz que se filtraba por la cortina iluminaba lo necesario para darle un aspecto mágico a su silueta. Sus pezones se destacaban erectos, triunfantes sobre las redondeces de sus pechos firmes. Sus pequeños bellos de la entrepierna le daban la apariencia de tener piel de durazno, su pequeña cintura exaltaba aún más sus anchas caderas y prominentes piernas.

Agachándose me destapaba por completo, descubriendo que yo ya estaba desnudo y ansioso por su contacto. Mi virilidad se elevaba tan dura que dolía. Ella, siempre sonriendo, la tomaba con la mano, casi rozándola; la masajeaba y lentamente se lo llevaba a la cara, dándose pequeños golpecitos en las mejillas, como recordando lo que le había hecho, luego abría su boquita, y con suma lentitud acercaba sus labios carnosos y besaba el tronco. Mirándome a los ojos se lo metía en la boca, lo sacaba para lamerlo de arriba hacia abajo, luego volvía a introducirlo. Empezaba a mover la cabeza rítmicamente mientras su lengua al interior también se movía generando aún más placer. Yo me limitaba a disfrutar de su golosa conducta, presionaba las sábanas, quería tocarla, pero mi cuerpo no respondía. Ella me veía tenso, gozando y sufriendo por no poder corresponder sus caricias. Me miraba con un destello rojizo en sus ojos, dándole es aspecto de una vampiresa. Abriendo los labios soltaba su presa y me sonreía; de pronto se alejaba bordeando la cama, subiéndose con estudiada calma, quedando yo indefenso a sus pies. Permanecía parada encima mío, con las piernas separadas a la altura de mi cadera. Así, desde esa posición, veía a mi diosa, hermosa, magnífica y poderosa. Ella empezaba a agacharse, sin doblar las rodillas flexionaba su

torso lo suficiente como para poner sus manos en mi pecho. Así su cara quedaba cerca de la mía, me miraba ansioso, en tanto ella permanecía con su sonrisa, cuyo brillo destacaba entre las tinieblas. Quise hablarle, pero ninguna palabra salía de mi cuerpo, deseaba rogarle que clavara mi polla en esa gloriosa, cálida y húmeda cueva que ella tenía entre las piernas. Pareció entender mi súplica. Sin perderme de vista empezaba a agacharse, lentamente flexionaba las piernas marcando sus fuertes y apetitosos muslos, acercando su flor, aquella que yo quería regar por completo; pero algo había cambiado en su mirada, la sonrisa tenía cierta… malicia.

Cuando la cabeza de mi falo estaba por entrar ella se dejaba caer con fuerza, doblándome y quebrándome la verga de forma inhumana.

—¡AHH! ¡MI PICHULA! —Me desperté gritando y dando un salto en la cama, mientras mi celular hacía sonar la alarma.

Estaba empapado de sudor, todo había sido un sueño. Llevé mi mano a mi entrepierna y comprobé que mi pene estaba bien, en su sitio y, como en todas las mañanas, erecto. Mi corazón latía con fuerza, pues el sueño había sido muy real, tal vez demasiado. Me reí de mí mismo, levantándome y estirando mi cuerpo. Me di un duchazo y alisté mis cosas, desayuné algo ligero y me encaminé a la universidad, pues ansiaba ver a mi pequeña demonio.

Mientras conducía mi vehículo imaginaba el encuentro… tenía que ingresar y saludarla con algo de frialdad, para que sienta mi molestia por su forma de marcharse, pero luego me ablandaría y le confesaría que si ella quería podíamos volver a salir el fin de semana, o entre semana, o esa misma tarde. Quería conocerla mejor, saber sus gustos y si todo marchaba bien, podríamos volver a encamarnos hasta que nos sintamos complacidos.

Yo era un tipo relativamente formal, tanto en mi forma de

comportarme como en mi manera de hablar; y ella por lo contrario era mucho más deschavada y alegre, así que imaginé que nos complementaríamos muy bien. Una nueva relación ya no sonaba a ser mal plan. La bocina de otro carro me hizo volver a la realidad.

Frené de golpe, pues casi causé un accidente. El sujeto con el que por poco impacté, desde su taxi amarillo, lejos de amargarse, me sonrió. A su costado llevaba a una rubia despampanante «así que todos estamos de buenas» pensé. Me disculpé y continué la marcha con mayor precaución.

Llegué temprano a la universidad, mucho antes de la hora, así que me dirigí a la sala de docentes. Deambulando me encontré en el pasadizo con la rectora de la facultad, una mujer nervuda y muy elegante, pero que me despreciaba. Esta se limitó a saludarme, yo le sonreí haciendo una venia y pasé de largo. Sentí en mi espalda un cosquilleo, seguramente ella me seguía con la mirada, así que aceleré el paso para que me perdiese de vista.

Todo estaba muy tranquilo, en la sala de docentes encontré a mi colega Fiorella Bravo, quien era un par de años menor que yo y con la que me llevaba muy bien. Ella hacía casi un año había tenido a su primer hijo, lo que, lejos de haber perjudicado su antes algo delgada figura, le había brindado cierto encanto, sobre todo porque ahora portaba unos prominentes pechos que amenazaban con reventar el botón de su blusa. Al verme ingresar me saludó con una leve sonrisa, yo a modo de respuesta le otorgué la mejor de mis sonrisas. Eso la sorprendió, pues casi todos en la facultad se habían acostumbrado a verme de malas o simplemente desganado.

—Buen fin de semana, ¿no? —me dijo de inmediato, mordiendo su lapicero.

—Si, el domingo no bebí y hasta me ejercité un poco —le contesté

con medias verdades, colocando mis cosas en el casillero que tenía asignado.

—Me alegra que lo estés superando Carlos, esa perra no te merecía —dijo con su imperioso tono de voz, característico de ella, volviendo a lo que sea que la tenía entretenida.

La dejé hacer sus cosas. No quería entrar en detalles de lo que me había ocurrido. En mi trabajo casi todos odiaban a mi exesposa, personalmente quise evitar que se conociese mucho de mi historia, pero la decana de la facultad tenía más larga la lengua de lo debido. Ahora, con mi nueva óptica del mundo, miré con disimulo un poco más a Fiorella. Era una mujer sobresaliente, una intelectual, una dura abogada si te tocaba enfrentarla en un tribunal. Ella enseñaba derecho penal y, en cierto modo, nos habíamos comprendido y apoyado. Su pareja la había engañado mientras ella estaba embarazada, pero lejos de amilanarse, ella terminó su relación y se encargó de todo por sí misma, controlando de manera magnífica su crisis, compartiendo sus malos momentos en charlas conmigo. Era atractiva, pero confieso que hasta cierto punto me intimidaba.

Cogí mi morral, el material necesario para mi primera clase y me dirigí a la puerta.

—Nos vemos, y gracias por el comentario —le dije antes de salir de la oficina.

—Para eso estamos campeón —me dijo llevándose un dedo a la frente haciendo el ademán de saludo militar, todo ello sin separar la vista de su material de lectura.

Caminé por los pasadizos e ingresé al patio interno para dirigirme al salón que me tocaba, justamente el de Daniela. El patio se me hizo enorme, eterno. Con cada paso parecía recorrer una nada, y tuve esa sensación de

suspenso, como si una mano espectral me tuviese tomado de la columna vertebral. Cuando llegué al salón me vi forzado a detenerme en el umbral pues mi corazón estaba desbocado, como si de un jovencito enamorado a punto de ver a su musa se tratase. Ingresé y saludé de forma general según mi plan, iniciando mi clase.

Entre los jóvenes, sentada, apoyada con su codo en el pupitre y su puño en la mejilla estaba Danielita. Ella se entretenía observándose las uñas y parecía apenas notar mi existencia. Intenté por todos los medios no lanzar demasiadas miradas a mi pequeña, pero no pude evitarlo. Daba la sensación de que ella me estuviese evitando, debido a que no cruzamos miradas ni una sola vez. De cualquier forma, me esforcé en hacer la sesión amena y didáctica, la clase me salió bien, entretenida y agradable. Los estudiantes, ignorando mi angustia interior, parecían alegres de tener a su profe de siempre.

—Bien jóvenes, permaneceré un momento más en clase para quienes deseen hacer alguna consulta —dije. Con la esperanza de que Daniela hiciese algo de tiempo muerto para finalmente poder hablar. Tal vez ella tenía pensado mantener las apariencias. Coincidía su comportamiento con aquello que me dijo respecto a que "lo nuestro sería un secreto entre los dos".

Para mi desilusión ella se levantó, cogió su cuaderno y salió de la clase. Sentí que hasta parecía apurada en alejarse de mi presencia, dándome un pinchazo interior de emociones negativas.

De pronto tenía sed, quería beber algo, un vaso de algún licor fuerte seguramente me daría la calma que necesitaba. Mi angustia tendría que esperar, pues aún quedaban estudiantes a mi alrededor.

Acongojado, sin dejar ver lo que sentía en ese momento, atendí a los estudiantes que me abordaron con sus preguntas, dando un vistazo a mi

alrededor, había jovencitas de todo tipo, cada una con su encanto, pero era a Daniela a quién buscaba, pese a saber que ya se había marchado. Lanzaba rápidas miradas hacia la puerta, pues tal vez todo era una treta y ella retornaría al salón. Con la cabeza bullendo de ideas entendí que ella me tenía hechizado. Los alumnos se marcharon y ella no volvió. Todo me causó un amargo dolor en mi alma, esa agónica sensación característica del amor no correspondido. Pero, ¿era eso amor? Tal vez solo fuese necesidad, la angustia de obtener un remedio contra la depresión, y esa medicina se llamaba Daniela.

El resto del día lo sentí pesado, la comida tenía sabor a cartón y no logré mejorar mi estado de ánimo. En casa me serví un vaso de vino, me lo llevé a la boca, pero de inmediato lo regresé a la mesa.

¿Qué me estaba pasando? Una chavala no podía enfermarme así. Era cierto que atravesaba malos momentos, pero el fin de semana había reflexionado, prometiéndome que me sobrepondría. Tenía que superarme y salir de mi hueco de autocompasión. Aun así, vacié el vaso de vino, luego la botella. Hice lo posible por entretenerme y pasar rápido el tiempo, durmiendo temprano, sin mucho éxito.

A la mañana siguiente caminaba por el campus, distraído, miraba por aquí y por allá, deambulando sin un rumbo fijo. Así, sin saber bien el por qué, durante la tarde me adentré en el campo deportivo.

La universidad tenía un campo con pista atlética, bien implementado, contando en su alrededor e interior con espacios destinados a distintos deportes. Me entretuve respirando aire puro, y tomando algo de sol, aprovechando para fisgonear los cuerpos atléticos de quienes destinaban su tiempo y esfuerzo a cultivarse en el deporte. Sin llegar a prestarles demasiada atención tampoco. De pronto una figura llamó mi atención.

Una jovencita de piel tostada y de baja estatura corría como un demonio adelantando a otras chicas más altas. Esa pequeña atleta movía sus gruesas piernas con formidable fuerza y velocidad, ganando la tendida de cien metros. Las demás se acercaron y la felicitaron, una hasta le dio una nalgada en su ceñida licra. Ella sonriendo les agradeció y volteando se puso a bromear con las demás. Cuando le vi la cara mi corazón se aceleró ¡Era Daniela! ¡Claro! Eso explicaba el cuerpo que se manejaba, y esas piernas, que me perdone nuestro creador, pero esas piernas eran la perfección; ni qué decir de sus glúteos. Me deleité mirándola, como un halcón que ha fijado a su presa. De un momento a otro una de sus competidoras pareció reconocerme y me señaló, haciéndole un comentario a mi bombón. Yo me alerté girando y alejándome del lugar lo más rápido que pude, aún sin entender el porqué de mi reacción.

Me planteé esperarla en la salida del campo deportivo, aunque de inmediato descarté la idea. Tenía un poco de orgullo, y tal vez la jovencita no quería verme, o me consideraba un error de fiesta, solo un agarre, por lo que preferí continuar con mis actividades.

Así pasé la semana, con la mente intranquila, observando a toda persona que se me cruzaba. Me intenté animar, pues el estar divorciado me daba carta libre para hacer cuanto quisiera, sin llegar a concebir bien qué cosa deseaba. Recordé que antes de casarme había sido un don juan, enamoré a cuantas chavalas cayeron en mis encantos. Rememorar algunas de mis aventuras me hizo sonreír, pues vivir en el pasado siempre es considerado mejor. «Debo estar con la cabeza caliente» pensé, por lo que me puse el objetivo de cogerme a alguien, para ver si así rompía esa sensación de desdicha.

Solo que no decidía aún a quién cortejaría, percatándome de que no

tenía demasiadas opciones disponibles. La mayoría de mis amistades eran más amigas de mi exesposa que de mí, por lo que estaban descartadas. Me percaté que en todos esos años de relación tóxica me había dejado aislar por su desconfianza y celos, quedando prácticamente solo.

Llegó el viernes, y nuevamente me tocaba dictar cátedra a la clase de Daniela. Con las mismas sensaciones encontradas ingresé a al salón, y por mucho que me esforcé volví a mirarla más de una vez, encontrándola igual de lejana y distraída que antes.

Hice una clase magistral, terminé con un latinismo que me generó aplausos, de todos menos de ella. Finalicé la sesión haciendo la invitación de permanecer a quienes tuviesen dudas, pero la escena de Daniela volvió a repetirse, salió de la clase sin apenas prestarme atención.

Nuevamente, dolido en mi yo interior, atendí a mis estudiantes, por inercia más que todo. Cuando todos se marcharon fui guardando mi laptop, registros y libros del escritorio en el morral que solía cargar. Al voltear rumbo a la puerta del aula encontré apoyada contra el marco a mi pequeña Daniela. Ella tenía puesta una blusa blanca ceñida al cuerpo y unos jeans muy ajustados que permitían que se marquen sus bondades con todo detalle.

—Profe, ¿no podría ser más evidente? —me preguntó notoriamente molesta.

—¿Disculpa? —le contesté desconcertado, sin dar crédito que realmente estaba ahí, conmigo.

—Me mira cada dos minutos, le hace preguntas a todos los que sientan a mi alrededor y, lejos de verlos cuando responden, me sigue mirando a mí, además se apareció como un acosador en el campo deportivo, mi amiga me dijo que me comía con los ojos.

Se quedó parada mirándome juntando las cejas con expresión de desaprobación, aun así, molesta, se veía preciosa. Podría estar viéndola todo el día renegar y no pararía de adorar su sola presencia. Parecía esperar una respuesta así que me forcé a hablarle.

—No quise generarte problemas pequeña, lo siento —le dije, quedando ambos en silencio, en los que hizo curiosos movimientos con su boca, como si le costase tomar una decisión.

—Pues ya me los ha generado, y necesito de su ayuda — Ahora me miraba distinto, con sus bellos ojos almendrados resguardados por sus cortas y seductoras pestañas; también había cambiado su tono de voz y sus gestos de manera repentina.

—Claro, por supuesto, dime ¿en qué te puedo ayudar? —mi voz sonó suplicante, quería que me dijera algo relacionado a volver a visitarme, salir hacia alguna parte, o lo que sea mientras fuese con ella.

—No puedo contarle nada aún, porque necesito de alguien más. Así que hoy en la noche en el mismo lugar del otro día espero encontrarlo en la barra, y que parezca casual por favor.

¡Rayos! ¡Eso quería escuchar! Sonreí ante su propuesta. Sería un viernes por la noche perfecto. Yo estaba en modo adolescente cachondo; me sentía vivo, pues esa mujer era mi desintoxicante definitivo. Ella aún seguía apoyada en el marco de la puerta esperado mi respuesta.

—Bien, ahí estaré mi pequeño bombón —Contesté, y el piropo se me escapó, realmente crucé lo que pensaba con lo que quería decir. Ella abrió mucho sus ojitos ante el comentario.

—Profe gracias —ladeó la cabeza mirándome de arriba abajo—. Ud.

me encanta, de veras que me encanta, pero debemos cuidarnos ¿sí? —dijo casi susurrando. Dio una rápida mirada a ambos lados del pasadizo y de un brinco me pegó un ligero beso en la boca, fue tan veloz que pareció irreal. Se volteó y caminando rápido se alejó por el pasadizo.

Avancé un poco en el umbral para seguirla con la mirada, se movía con rapidez, balanceando su melena negra, con sus preciosas piernas yendo y viniendo mientras que sus perfectas nalgas subían y bajaban con cada paso que daba, forzando su pantalón hasta el límite. Llegando a la esquina del pasadizo ella giró la cabeza y al verme mirándola volteó los ojos hacia arriba y me hizo el gesto de no con el dedo, desaprobando mi conducta. Apenado entendí que de nuevo estaba siendo evidente al comerla con la mirada.

Esperé un par de minutos en el salón y salí andando en sentido opuesto por el pasadizo, rumbo a la sala de docentes. En medio del camino me crucé con un par de colegas, con el primero intercambiamos rápidas despedidas; el segundo en cambio me guiñó un ojo mientras se alejaba riéndose. Se llamaba Cesar y me mandó alguna indirecta que yo no llegué a captar. Llegué a la sala de docentes y encontré que en el interior solo permanecía Fiorella, terminándose una taza de café.

—Hola Fiorella ¿Aún tienes pendientes? —le dije como para despejar la mente.

—Yo ya no, pero creo que tu sí —me contestó, señalando mi entrepierna con su taza de café. Percatándome que al interior del pantalón mi amiguito se había despertado, seguramente por beso que me había dado Daniela, dejando traslucir la emoción que sentía en mi abultada cremallera.

Sin poder controlarme me ruboricé, intentando tapar mi sorprendente erección con mi morral. Mi reacción le resultó graciosa, así que

continuó hablando.

—O tal vez es que te alegra verme — Bromeó Fiorella, sonriendo, moviendo sus pechos a los lados para provocarme.

Tuve poco tiempo para reaccionar, y resultó inevitable no fijar la mirada en ella. Definitivamente se los vi, sus senos se bamboleaban a los lados y en ellos algo llamó mi atención. Aunque solíamos bromearnos mucho, esta vez tuve que decirle algo un poco bochornoso.

—Este… verás… tu blusa se ha humedecido por tu… ya sabes — Su leche materna se derramaba. ¡Demonios! Ella era una vaquita por donde la viera, y su blusa blanca estaba empapada en la zona de los pezones. Ella dejó de moverlos y comprobó rápidamente lo que le acababa de decir.

—¡Rayos! Pásame papel toalla por favor, está en el segundo cajón del mueble del café —me indicó.

—Claro, toma —le alcancé rápidamente el papel toalla, ella se abrió un par de botones de la blusa, dobló el papel hasta tenerlo en un tamaño adecuado y sacando uno de sus grandes pechos acomodó el papel de forma que impidiera seguir humedeciendo su ropa, todo ello frente a mí, que, incrédulo, no había apartado la vista ni un segundo. Fiorella tenía la piel blanca, y su pecho poco bronceado era aún más claro, en él pude ver ligeras venitas verdes por la enorme presión que debía soportar la piel, que estaba coronada por un bonito pezón rozado muy llamativo, de mediano tamaño, aún más empequeñecido por la redondez del seno lleno de leche materna.

—¡Carlos! —me dijo casi gritando, yo me asusté —¡Pásame otro papel! ¡Con uno no alcanza!

—Si, toma… toma — le alcancé un segundo trozo de papel, ella

repitió lo mismo, dobló el papel, sacó su otra gloriosa ubre y acomodó como pudo su ropa; finalmente hizo fuerza para poder abotonarse.

—¿Te gustó el espectáculo? — me preguntó en tono sarcástico ya más calmada y sonriente.

—Lo siento, estoy un poco distraído últimamente —le conteste, sonando lo más sincero posible, pero pasando saliva de forma ruidosa por las últimas imágenes mentales que guardaba de ella.

—Hazme un favor —se acercó hasta quedar frente a mí— consíguete una pareja que te retuerza el ganso, así estarás más tranquilo —Dicho esto, tomó su bolso y se dirigió a la salida —Nos vemos el lunes —dijo guiñándome un ojo, finalmente marchándose.

—Pero yo no tengo gansos… —contesté con la voz ronca, aunque dudo que me haya escuchado.

Esperé un poco a haber calmado a mi fiera interna, guardé mis pertenencias y, como niño que sale de excursión salí de la facultad casi dando saltos de alegría, cogí el auto y llegue rápidamente a casa presto a alistarme. Pensaba en cambiarme por algo más sofisticado, pero ella había dicho que el encuentro fuese como el de la semana anterior, para que evite llamar la atención. Decidí ir con mi típica camisa y pantalón de vestir, previamente planchados y perfumados por supuesto, los dejé listos colgando de un perchero y me cambié con ropa cómoda, con un short de algodón y un polo bastante suelto. Limpié a detalle el departamento, cayendo en la cuenta que, de haberse quedado el anterior domingo seguramente ella se habría llevado una mala imagen por estar casi todo empolvado. Alisté de una vez el edredón más grande y cambié las sábanas. Aun con ropa cómoda bajé la basura que había acumulado y me dirigí a la tienda más cercana donde compré varias

cosas. Mi humor era excelente, salté de dos en dos las gradas al retornar a casa, puse algunas bebidas y bocaditos en el frigorífico, volteando a ver con aprobación que mi residencia lucía presentable. Me desnudé llevando la ropa sucia al cesto y, contento me duché cantando algo de ópera. Ya cambiado, feliz y reluciente, salí caminando hacia mi destino. Vagué un poco por las calles pues era algo temprano, llegué al bar y el mesero que había tomado por costumbre verme todos los días me hablo con amabilidad.

—¿Qué le sirvo? — me preguntó. Me puse a pensar si estaría bien que fuese pidiendo algo, y no lo encontré inadecuado.

—Un whisky en las rocas por favor, pero con algo de soda.

El mesero sonrió y mi bebida rebajada llegó enseguida, tomé un sorbo bastante pequeño, el licor me quemó lo justo para que sintiera la necesidad de beber más, pero me controlé. Para contrarrestar pedí también unas yuquitas fritas como piqueo, pues aún no había cenado nada y mi estómago reclamaba un bocado.

Pasaron un par de horas, y unos cuantos vasos, tal vez había apurado mucho mi llegada ¿Vendría ella con su mismo vestido? Lo dudaba, conociéndola imaginé que era de esas damas que tienen por ley no repetir la misma ropa. Los minutos transcurrían, iba ya por mi tercer pedido, en tanto que giraba a los lados buscándola con la mirada, sin lograrla ubicar en el local, o ¿se había referido a vernos en la calle?

Yo dudaba, pensé en pararme y dar una mirada, cuando sentí una mano en la espalda, volteé y esperanzado, pero encontré una cara desconocida, una dama de unos 25 años tal vez, me saludaba estirándome la mano. Correspondí el saludo, sintiendo su piel muy suave y fría al tacto.

—Hola me llamo Ángela Aldana, pero me puedes decir Angy, gusto

en conocerte Profesor Carlos, Daniela me ha hablado mucho de ti.

Me quedé estupefacto, ¿Quién era esa mujer? ¿Qué le habría dicho Daniela? ¿Me habría metido en algún lío? Al ver que no le contestaba me volvió a hablar.

—Soy la mejor amiga de Daniela, no se preocupe, es solo que ella necesita de la ayuda de ambos, y le aseguro que soy una tumba de secretos —llevó sus dedos a su boca e hizo la seña de serrarla, como para darle mayor sentido a sus palabras. Yo estaba nervioso, ella no entraba en la ecuación, no deseaba ver a otra persona que no fuese mi bombón, pero quedarme callado era descortés.

—El gusto es mío Ángela —le dije.

—Llámeme Angy por favor.

No parecía tener malas intenciones, sus largas pestañas ocultaban unos ojos rasgados que transmitían inteligencia y sinceridad. Ella tenía la nariz respingada, muy probablemente consecuencia de una operación, su tono de piel y complexión le daban cierto aire a ascendencia oriental o asiática, llevaba un vestido veraniego bastante suelto por lo que no podía distinguir sus formas femeninas con precisión. Finalmente me animé a seguir con la conversación.

—Muy bien Angy, me alegra conocerte, pero te confieso que me siento confundido y que no comprendo bien lo que necesitan de mí.

—Verá profe ¿puedo llamarlo así verdad? —al ver que no mostré incomodidad ni contesté de forma negativa continuó —Daniela, mi amiguita Daniela, tiene novio.

Mi vista se nubló. Así que era eso, de seguro nuestra aventura la había

metido en algún lío, o nos habría metido, mejor dicho. Por eso me evitaba y se encontraba tan distante.

—Ya veo, no lo sabía —le dije, aún sin lograr internalizar la idea de lo que acababa de escuchar.

—Si, y es un novio bastante complicado, por así decirlo. Ocurre que uno de sus amigos vio salir a Daniela el pasado fin de semana de cierto condominio, corriendo y un tanto desaliñada, así que los celos y malos entendidos surgieron, ya se imagina.

—Claro que me lo imagino Angy — respondí, pero en mi interior pensaba «¿¡Malos entendidos!?» pero si habíamos tenido sexo puro y duro. Angy continuó con su explicación.

—Pues bien, Daniela tiene un mundo de problemas, ya eso se lo contará ella.

—¿Y Daniela vendrá? —pregunté de una vez, perdiendo la poca paciencia que me quedaba, esperanzado aún en poder verla y tener la oportunidad dialogar.

Angy hizo una mueca de no querer decir lo que tenía que decir y luego movió la cabeza de forma negativa. Mi pequeña no vendría, se me cayó el alma a los pies. Aun siendo yo "el otro" quería tenerla cerca.

—Vamos no te desanimes, escucha lo que te tengo que decir porfa —me dijo en tono de súplica mientras me frotaba la espalda con una de sus palmas.

—Bien, bueno, al menos estoy bebiendo algo, y no lo estoy haciendo solo. Entonces ¿en qué consiste mi ayuda? —le pregunté.

—Te lo diré, pero por favor no te amargues ni te niegues de inmediato, o cuanto menos aguarda a escuchar hasta el final. Ella realmente te necesita.

Y la escuche. Ella quería que le preste mi departamento, casi me negué de inmediato, pero la dejé seguir hablando por consideración a Danielita. Me explicó que ella solo necesitaba permanecer allí hasta el sábado por la tarde o noche. Habían planeado con Daniela contarle al noviecito que ambas se habían quedado juntas en mi departamento la semana pasada (la noche de nuestra aventura), y que el departamento supuestamente pertenecía a Angy. Convencerían al novio haciendo que Daniela visite a Angy el sábado por la mañana, Angy tenía que recibirla despeinada y en pijama para que todo pareciese más real.

—Bien, pero no quiero que nadie más suba al departamento, le inventarás una excusa al novio para que no ingrese, y el sábado en la noche me dejarán tranquilo, no quiero tener más problemas —mi humor había cambiado bastante, fui a ese bar preparado para otro desenlace, y terminé en este lío.

—Míralo de esta forma, mi amiga parece haber hecho "clic" contigo, si todo sale bien tendrá carta libre para visitarte las veces que quiera sin levantar sospechas—me dijo Angy, y tenía razón, no era mal intercambio después de todo. Eso cambió mi humor por completo. Finalmente, no tenía más cosas por hacer, y una visita femenina pintaba bien el panorama. Angy no era Daniela, pero hasta el momento su compañía resultaba agradable.

—¡Te invito una copa entonces! —dije sonriendo.

—¡Mejor que sean dos! —contestó mostrando una sonrisa muy simpática.

Conversamos por buen rato, no salimos a bailar, pues ella me confesó que también era una pésima bailarina. Le pregunté por sus cosas para pasar la noche y me señaló un pequeño maletín que tenía a los pies. Ella había venido preparada sin dudar de que las ayudaría.

Resultó ser una dama interesante para pasar una velada, no era escandalosa, más bien recatada y un tanto seria. Aún desconocía los detalles de lo que le había contado Daniela, y preferí no indagar, dejando eso para después.

No tan avanzada la noche decidimos ir al departamento, conversamos caminando con calma, subimos sin contratiempos charlando de forma amena, hablábamos de series y películas mientras yo le ayudaba con el pequeño maletín que ella había traído consigo, llegando por fin a la puerta.

—Antes de entrar quiero decirte algo —me dijo Angy —. Respeto el territorio de mi amiga y tú estás el él. Te confieso que, ahora que hemos hablado un poco, sé que eres un tipazo, y me gustas, pero preferiría que no pase nada entre nosotros, por lo menos por ahora.

La observé, también era una preciosura, a su manera, además ese vestido holgado le daba cierta sensación de misterio.

—Seamos amigos entonces —le dije, abriendo la puerta e ingresando al departamento —, cuanto menos por ahora — concluí regalándole una coqueta sonrisa.

Ya adentro charlamos un poco más, le serví una taza de café y algunas galletas con chispas de chocolate. Conversamos hasta avanzada la madrugada, momento en que decidimos ir a descansar. El cuarto de invitados tenía aún armada la cama que alguna vez perteneció a mi hija, que era un poco estrecha, pero se le antojó suficiente para ella, pues Angy medía solo un poco

más que Daniela.

Finalmente la dejé instalarse en su cuarto, y me dirigí al baño, alistándome para descansar. Volteé al sentir pasos a mi espalda, ella había salido en su pijama de verano, un short rojo de seda con un polo ombliguero, al verla casi se me cayó el cepillo de dientes. Tenía una complexión fina, pero con un aura de sensualidad de esas mujeres a las que sigues con la vista cuando te las cruzas por la calle, sus pechos de mediano tamaño traslucían en ese delgado polo, se notaba que no llevaba nada bajo su ropa. Le señalé el baño de visitas que tenía en la sala y ella se dirigió hacia allí. Al voltear no resistí la tentación de verle la colita. El short que vestía era algo corto, por lo que pude apreciar sus nalguitas alargadas, cuya compleción estaba en sintonía con sus piernas. Por lo fina que era daba la sensación de tener el cuerpo de una avispa, la palabra sensual quedaba corta.

Mi mente bullía en un mar de ideas. ¿Estaría bien intentar algo con ella? Después de todo Daniela tenía novio, en cambio Angy no, además de que era linda y me caía bien. ¿Podríamos dar el primer paso esta noche? Habíamos tenido unos cuantos intercambios de cumplidos e indirectas, pero no quería arriesgarme a malograr el momento.

Con la puerta entreabierta vi su sombra regresar a su cuarto, asomé la cabeza y me percaté que tampoco había cerrado su puerta, probablemente por el calor que esta noche hacía. Me vi tentado a caminar hacia ella, aún faltaban horas para el amanecer y podríamos conocernos mejor. En cambio, la perspectiva de ser rechazado me hizo frenarme. Tenía heridas que sanar, y preferí no arriesgar nuestra amistad por intentar forzar las cosas.

Ya tendido en mi cama gradualmente fui sintiéndome relajado, quedando dormido. Descansé sin contratiempos, pero un bullicio proveniente de mi departamento me despertó, iniciando así la mañana. Salí

de la habitación y me encontré a Daniela charlando animadamente con Angy en la sala. Ella había bajado a recibirla tal y como habían maquinado y su plan venía funcionando a la perfección. Al verme Daniela se levantó, vestía un buzo deportivo de distintos colores, ceñido, perfecto. Se me acercó caminando y sin previo saludo me besó en la boca. Esta vez no fue un beso tímido, fue un beso apasionado, prolongado, en el que pude saborear sus labios, hacer bailar a su lengua, jugando con la mía, acariciar su cabello mientras descendía con la otra mano hasta agarrarle esa colita que me enloquecía.

—¡Sigo aquí! —dijo Angy, interrumpiendo nuestra pasión.

—Lo siento —le dije, sin perder de vista a mi pequeña alborotadora.

—¡Hermana! Tienes que entender que lo he ignorado toda la semana, se merece un trato especial —dijo Daniela, pronunciando lentamente lo de trato especial. Yo me sentía como un niño consentido que por fin recibe su caramelo.

—Bien, ¿qué te parece si le dejamos una tarea a nuestro profe? —le propuso Angy a Daniela, hablaban como si no estuviera en medio de ellas.

—Profe… profe, querido profe, ¿podrá alimentar a su preciada alumna? —Daniela se dirigía a mí con voz de niña.

—Oye enana no me excluyas —le dijo Angy.

—Bueno a ambas pues China… verá estaremos aquí todo el día con usted, y no hemos desayunado, además la última vez me que quedé con ganas de probar su sazón —completó Daniela, que de cariño le decía “China” a Angy, lo que iba de la mano con sus rasgos, y la trataba como su hermana, algo típico de mejores amigas.

—Ven, acompáñame mientras me cambio —dijo Angy jalando a Daniela al cuarto de invitados, dejándome allí parado con el miembro erecto bajo mi pijama.

Las escuché charlando y riendo, era un par de jovencitas muy peculiar. Debían de haber pasado muchas experiencias juntas para emitir esa sensación de conocerse de toda la vida. Mientras conversaban me encaminé a mi habitación para alistarme y luego de asearme poder consentirlas. Me di un duchazo rápido y vistiendo ropa ligera, por el calor que se sentía, me dirigí a la cocina. Como sabía de la prometedora visita de Daniela me había preparado mejor. Saqué algunos ingredientes, calenté una sartén y empecé a preparar huevos revueltos con tocino. No pasó mucho para que ambas salieran del dormitorio. Vestían ropa deportiva, mallas de correr y tops a juego, y les quedaba fantástico.

—Iremos a correr un poco, todo es parte del plan profe —dijo sonriendo mi pequeño demonio.

—No serán ni 15 minutos —acotó Angy, saliendo del departamento trotando.

—Cuando regrese ¡me lo comeré toditito! —Comentó Danielita sacando la lengua, dándole doble sentido a sus palabras, recibiendo un palmazo en la nalga por parte de Angy.

—No te olvides de mí —le dijo, comprendiendo al instante el error que había cometido.

—¡Tú te comerás solo el desayuno! —respondió Daniela, riendo y saltando, saliendo del departamento, en tanto Angy se tapaba la cara y la seguía rumbo al exterior.

La malla marcaba muy bien los atributos de Daniela. Ver esa cola redondita junto a sus fuertes piernas me incendiaba por dentro. Angy por su parte se veía grácil, con sus detalles más finos y delicados.

El verlas partir me hizo suspirar, pero el sonido del aceite caliente me regresó a mi labor, continuando con la preparación del desayuno. Serví los platos, calenté nuevamente tostadas, repartí un vaso de leche con chocolate para cada una, incluso les hice jugo de fruta. Me estaba esmerando en consentirlas. Poco después de que terminara de servir el desayuno ambas regresaron riendo. Solo habían dado una vuelta a la manzana y me contaron que, como imaginaron, se habían cruzado con uno de los amigos del novio a la vuelta de la esquina, al parecer haciendo guardia, quien al verlas juntas acercándose optó por marcharse.

—Wao, todo se ve genial profe —me dijo Angy, ganándole la frase a Daniela que la miró algo molesta, aunque parecía ser una reacción de juego. Daniela tomó el vaso de leche y se lo llevó a la boca, saboreándolo.

—Justo como usted sabe que me gusta ¿no? —Daniela dijo esto y bebió un par de tragos —Leche fresca de mi profe— acotó, quedándose con un bigote blanco que trajo a mi mente muy frescos recuerdos, haciendo que algo entre mis piernas volviese a cobrar vida.

Desayunamos mientras ellas bromeaban, Daniela era mucho más atrevida que Angy, pero ambas hacían una dinámica que era innegablemente hilarante. Yo me sentía encantado de tener esa compañía; pero en mi interior esperaba que pronto Angy se marchara para dejarnos solos y por fin poder darle un verdadero desayuno a mi pequeña traviesa.

Para mi congoja a las “hermanas” se les antojó ver una película, una romántica para colmo de males. No les di por completo el gusto y puse una

de terror. Ambas se acomodaron conmigo en medio en el amplio sillón de mi sala, el mismo en el que la semana anterior Daniela había sido mimada.

Lamentablemente la película no transmitía mucha emoción; por lo contrario, se me empezó a antojar aburrida. Mientras pasaba la cinta, Daniela, que también parecía aburrida, recostando su cabeza en mi brazo y acariciando mi muslo me habló:

—Profe y ¿tendrá algo de tomar? para animar un poco la peli.

—Claro, enseguida vuelvo —con cuidado me paré. También había preparado bebidas para amenizar la reunión, así que les invité vino dulce que ya tenía refrigerado a baja temperatura, acompañándolo con algo de fruta picada, ideal para refrescarse.

La película terminó y nos quedamos charlando. Aunque ambas parecían más dispuestas a charlar de sus temas, relegándome a ser un mero espectador.

Como me sentía en desventaja, pensé rápido, saqué unos dados y les propuse jugar TODITO, respondiendo ellas emocionadas a la idea. Les expliqué rápidamente que el juego era un clásico de reuniones de copas, a cada número del dado se le asignaba una letra de la palabra TODITO, por ejemplo 1 y 5 eran para la letra "T" que significaba que tú tomabas esa ronda, el 2 y 6 era la letra "O" que te permitía obligar a alguien a tomar esa ronda, el 3 y 4 correspondía a la letra "D" y la letra "I" respectivamente, que hacían que tomara el de tu derecha o izquierda según corresponda. Así; solo que para darle más emoción acordamos que con la O podías obligar a alguien a hacer algo, contar un secreto, o simplemente tomar una copa entera de lo que estuviésemos bebiendo. Ambas se mostraron entusiasmadas.

La chispa ya estaba encendida, y ellas se unieron para atacarme cada

vez que podían, pronto el vino se acabó, y saqué una botella de vodka, y otra de whisky, les di a elegir y eligieron el whisky, rebajado con hielo y soda para no marearnos muy rápido, les serví unos piqueos salados y continuamos.

—Haber profe, una pregunta ¿cuál es su plato favorito? —me preguntó Angy, sonando interesada.

—Albóndigas en salsa de leche, me lo solía preparar mi abuelita cuando yo cumplía años.

—Mmm ¡Leche! —bromeó Danielita, guiñándome un ojito, haciendo que se me tensen los músculos ante la expectativa de tenerla tan cerca y aún tener que esperar por tener intimidad.

Pronto el juego se puso más interesante, cuando Daniela empezó a retar a Angy a que contase cosas íntimas. Ambas estaban con las mejillas enrojecidas.

—Dime hermana querida, ¿alguna vez lo has hecho por atrás?, desde que te vi agachada en la ducha me quedó la duda —preguntó Daniela, muy sonriente ante la encrucijada a la que estaba metiendo a su mejor amiga.

—¡Enana te pasas! —respondió Angy riendo y tapándose la cara, pero al ver que esperábamos ansiosos su respuesta se animó a hablar— ¡si lo he hecho! ¡aunque me dolió un montón! —continuó con su respuesta, riendo abochornada por su confesión. Yo también reía, pero en mi mente estaba recreando la escena, imaginando cómo sería darle sexo anal a la jovencita de ojos asiáticos. Mientras fantaseaba sentí como se iba llenando de sangre mi miembro. Al estar vistiendo un short de algodón tenía que cubrirme la entrepierna para que mis acompañantes no notasen la erección. Por suerte tenía un cojín sobre mi regazo para ocultarla.

—¿Y usted profe? —me dijo Daniela, sacándome de mi ensoñación.

—Pero yo no he perdido —le dije riendo, aunque Angy me interrumpió, mostrándome que había sacado un 6, obligándome a contestar. Tomé aire y les hablé.

—Si lo hice, dando por supuesto, y créanme mis queridas alumnas que todo depende de la preparación, y paciencia.

—No le creo —me respondió Daniela riendo.

—Enserio, si se hace bien la pareja puede disfrutar mucho, solo piensen en lo unida que debe ser esa relación para llegar a ese nivel de intimidad. Además, que se siente muy rico —finalicé la respuesta con una carcajada, que ambas acompañaron.

Solo un par de rondas después volvieron a atacarme.

—Profe ¿cuál es su fantasía? —me preguntó Danielita, haciendo un movimiento de cejas. Quise contestarle tantas cosas, pero entre la semana, mientras andaba deprimido había visto una película de una heroína vestida de gata que hacía malabares, imaginando como le quedaría a Danielita ese traje tan provocador.

—Pues, un juego de roles con mi pareja vestida de gata —respondí, Daniela miró al techo mordiendo una de sus uñas.

—Mmm veremos qué podemos hacer… enana tienes que conseguir un disfraz en el que entres —bromeó Angy, que ya tenía las mejillas enrojecidas, recibiendo como respuesta una sacada de lengua por parte de Daniela.

Seguimos jugando y tomando, las preguntas iban y venían, ellas

hablaban con soltura de sus cosas, ni bien pudo Angy, en venganza creo yo, retó a Daniela para que me hiciera un baile sensual. Angy puso en su celular un jazz sexy que nos incitó a todos. Daniela no lo pensó demasiado, caminó un poco al centro de la sala y se lució.

Empezó a balancear su cuerpo al ritmo de la canción. Con lentitud iba acercándose a mí, cruzando las piernas a cada paso, mientras rozaba su cuerpo con sus manos, simulando como si alguien la estuviese tocando. Masajeando sus pechos, lamiendo uno de sus dedos en tanto su otra mano la llevaba a la entrepierna, volteándose y agachándose para acercarse de espaldas, dándome una invitación a hacerla suya. Yo no reía, solo pasaba saliva y disfrutaba del espectáculo que me brindaba. Ella volteó nuevamente, cerró la distancia que aún nos separaba, levantando su pierna y haciendo saltar el cojín que tenía en el regazo, dejando a la vista tremenda erección, solo contenida por la tela de mi short. Ambas se detuvieron al ver la carpa que formaba con mi falo. Angy estalló en una carcajada.

—¡Profe es un mañoso! —dijo riendo Angy— ¡ay no puedo más! voy al baño —comentó, alejándose rumbo a los servicios.

Daniela, que aún seguía parada frente a mí, tampoco reía. Muy seria levantó un poco más su pie y lo puso sobre mi virilidad. Tenía entreabierta la boca, lamiéndose los labios en tanto que, con los dedos de su pie, intentaba sentir al máximo lo que escondía la tela.

No pude más. Había sido una semana de verla ir y venir, soportando su indiferencia sin apenas obtener el contacto que tanto ansiaba.

Me paré y levantándole el mentón la besé con pasión, ella recibió mi beso y nuestras bocas se unieron por completo. El tiempo era corto, y ella empezó a frotarme el bulto con sus manos. Por mi parte, agobiado por

haberme contenido tanto tiempo, tiré del elástico y bajé un poco mi prenda, liberando mi verga. Ella la tomó en sus manos, extasiada la empezó a mover con frenetismo. Como mi bombón seguía con su ropa deportiva, la acaricié sobre la tela cuanto pude, pero se me escapo de las manos y se puso de cuclillas, casi de inmediato abrió grande la boca y se metió cuanto pudo, mientras movía las manos con fuerza, con cuidado se la saque y le levanté el tronco, ella entendiéndome me lamió de abajo hacia arriba como si de un helado se tratase, para luego volver a la cabeza y continuar introduciéndola en la boca. Quería desnudarla y poseerla ahí mismo. Al estar agachada, sus piernas daban la sensación de ser aún más gruesas, con su cola sobresaliendo, haciéndome pasar saliva de la sola vista que otorgaba.

Pero escuchamos el sonido del agua pasar y el caño del lavamanos cerrándose. Tuve que sacarle el juguete de la boca para volverme a acomodar el elástico. Me senté y tapé mi prominencia con el cojín. Ella se sentó a mi lado, con las mejillas encendidas, dándome un doloroso pellizco el muslo, en reclamo por quitarle la mamadera.

—Siento la demora, ya volví —dijo Angy, caminando hacia nosotros mientras agitaba sus manos aún húmedas, sin llegar a percibir lo que había ocurrido momentos antes.

La siguiente lanzada de dados me salió favorable, pensé en qué maldad podría hacer, y fui iluminado por una gran idea. Reté a Angy a que le diera un beso a Daniela, en la boca. Daniela abrió mucho los ojos, pues aún retenía cierto sabor en la boquita.

Angy sin saber de mi trampa se echó a reír y me dijo:

—Un beso es algo fácil, peores cosas hemos hecho —levantándose, bordeándome para acercarse a Daniela, que seguía sin saber cómo advertir a

su amiga, manteniendo los ojos muy abiertos. Angy se aproximó dándole no solo un beso rápido, sino que le dio uno sensual, al que Daniela de pronto correspondió, pues ya estaba excitada, brindándome otro espectáculo para mi deleite. Cuando Angy se separó de ella la miró a los ojos, ya que algo le resultaba extraño, luego me miró a mí y moviendo la cabeza como si entendiese por fin nuestra travesura y lo que acabada de ocurrir regresó a su lugar entrecerrando los ojos.

Con las siguientes tiradas todos tomamos, y por fin le tocó a Angy ordenar un reto, y me eligió a mí.

—Profe le toca, háganos un baile sensual ¿sí? Y procure que sea bueno—ordenó con picardía, poniendo algo de música con su celular.

Si bien es cierto que no era un buen bailarín, entre el alcohol y la excitación que sentía logré deshacerme de la poca vergüenza que me quedaba. Hice a un lado el cojín con el que me venía cubriendo, me paré frente a ellas acomodando mi miembro hacia arriba, aprovechando la erección para llamar su atención empezando mi acto. Hice lo posible para simular a un estríper, al ritmo del jazz me quité el polo, le di un par de vueltas en el aire señalándolas, ambas me festejaban la actuación, le arrojé el polo a Angy, que lo atrapó en el aire dando un salto en el sillón mientras alzaba los puños, como si hubiese obtenido un objeto de colección. Mi pequeña Daniela me estiró las manos, expectante. Solo me quedaba una prenda, el short, así que ¡AL DEMONIO!

Continuando el baile sensual me lo bajé, desnudándome por completo, lanzando el short hacia Danielita. Ella a su vez dio un grito de fanática, atrapándolo y haciendo que la prenda de giros en el aire mientras me animaba a seguir con el show. Moviendo la cadera a los lados empecé a bambolear mi tronco frente a ellas. Daniela extendía la mano intentando agarrármelo, y yo se lo ponía difícil. Angy por su parte había dejado de reír y

ahora parecía hipnotizada mirándome el pedazo.

Daniela logró agarrarme, y dándome un tirón se lo llevó directo a la boca, como desesperada por haberle negado ese bocado hace un rato. Angy seguía estupefacta, mirando como su amiga mamaba sin control. Y decidí que, si eran tan buenas amigas, tal vez no les molestase compartir. Arriesgándome a ser rechazado tomé de la orejita a Angy, que se dejó conducir. La hice pararse y la acerqué a mí para que me besara, ella me envolvió el cuello y empezó a besarme, venciéndose a la lujuria. Para mi sorpresa nuestro beso no duró mucho, por lo contrario, tomó la iniciativa y bajó a mi cuello, besando y lamiendo, luego a mis pectorales, deslizando su lengua por mi vientre, finalmente se posicionó junto a Daniela, que no parecía dispuesta a compartir. Pero Angy en vez de interrumpir a Daniela se acercó a ella y le empezó a lamer la oreja, a besársela y succionar su pabellón, eso pareció encantarle, soltando mi verga para besarse entre ellas.

Pensé que sería olvidado, así que calculé el momento adecuado e introduje la cabeza de mi polla entre ambas bocas, recibiéndome gustosas, ambas se pusieron a lamer y mamar para mi deleite. Subían y bajaban por mi verga, mientras una se metía la cabeza a la boca la otra lamía el tronco, luego paraban y se volvía a besar. Apenas podía creer mi suerte. Angy tenía labios finos, con una manera peculiar de dar placer, cuando se llenaba la boquita succionaba con fuerza, lo que me atormentaba el cerebro ya que en cualquier momento llegaría al clímax. Definitivamente Angy era más experimentada que Daniela. Mientras ella succionaba, Daniela se entretenía lamiendo por donde podía. La cogí con delicadeza del cuello y la hice pararse a mi lado, le acaricié la mejilla, y con cuidado le levanté el top deportivo, liberando sus pechos, empezando a lamerlos de inmediato, hice succión en sus pezones justo como Angy me venía haciendo abajo, le lamí las tetas en toda su circunferencia. La tomé de la cintura, con cuidado le bajé un poco el elástico

de la licra que tenía puesta, al no poderme mover mucho ella se la bajó dejando expuesto ese cuerpo perfecto de glandes glúteos y bellas piernas, le empecé a tocar el sexo, acariciándoselo, todo ello mientas seguía recibiendo caricias en mi falo, y yo le comía los pechos. Era una escena digna de un cuadro.

En una fuerte succionada de Angy sentí que no podía más, me venía. Daniela sintió mi urgencia y se puso junto a Angy, casi haciéndola tropezar. Ella tomó el tronco y lo sacó de la boca de su amiga, haciendo que me viniera sobre su cara; Angy por su parte hizo que apunte hacia ella y el siguiente chorro de leche le cayó sobre los cachetes, luego vinieron un par más que bañaron a ambas por igual. Se mantenían juntas así que usé mi pinga para darles los golpecitos en la cara, expandiendo aún más el tratamiento facial por sus mejillas. Ambas jovencitas se miraron y, lejos de sentirse asqueadas, se pusieron a besarse, lamiendo cuanto tenían al alcance.

—¡Ahora sí que somos hermanas de leche! —Bromeó Daniela muy alegre.

Angy, se mantenía seria, su carita estaba roja y parecía agitada, no perdió tiempo y me volvió a dar una mamada con sus características sorbidas, haciéndome ver estrellas por las múltiples sensaciones que me brindaba. Daniela ladeó la cabeza, empezando a desnudar a Angy, que hasta ese momento seguía con su ropa deportiva, facilitándole el trabajo quitándose sus prendas. Al quedar descubierta su piel pude disfrutar por completo del panorama. Ella tenía una piel muy bella y bien cuidada, que contrastaba con la piel morocha de mi pequeña Daniela, sus pechos eran del tamaño de dos naranjas, más grandes que los de Daniela, con una caída muy llamativa, sus pezones eran grandes y oscuros con una punta pronunciada, su vientre plano invitaba a explorar su sexo, apenas visible desde donde me encontraba, sus

nalgas eran la continuación de sus muslos, solo un poco más pronunciadas y alargadas, pero bellas en conjunto con el resto del cuerpo fino que tenía. Angy estaba encendida, cogió del cuello a Daniela y la hizo acercarse para que la besara, la hizo descender, primero a sus pechos, luego a su vientre. Todo ello mientras se tendía en el sillón abriendo sus piernas, llevando la cabeza de Daniela entre ellas, empezando a gemir por los besos y caricias que recibía de mi pequeña, que se dedicaba de lleno al trabajo.

Esa posición obligó a Daniela a agacharse y arrodillarse en el sillón, dándome la vista más privilegiada que se pudiese pedir de su culito, estaba prácticamente en cuatro frente a mí. Le froté ambos cachetes, esplendorosos y magníficos. Llevé mis palmas a sus glúteos y le di una ligera nalgada, ella gimió y alzó un poco más la cola, invitándome a poseerla, pero quería jugar un poco más, dándome tiempo a recuperar algo de energía. Me agache tras ella y aprecié su fino afeitado, que me permitía mirar todo cuanto quisiera, tenía los labios muy bellos, separados y homogéneos, su vagina estaba humedecida y parecía palpitar, le introduje un dedo empezando a masajear su cálido interior, ella agradecía la atención con ligeras contorciones. Le besé una nalga y la lamí ebrio de su perfección, continué lamiendo, llegando a la unión, encontrando su pequeña colita. Era un asterisco impecable, completamente bien definido y hasta donde pude ver aún virgen, tome nota mental, pues si la vida me daba la oportunidad se lo estrenaría hasta hacerlo rebalsar de leche con mi verga adentro. Descendí y llegué a su vulva, la acaricié con mimo y humedecí aún más con mi saliva. Ya me sentía listo, me levanté y le puse la cabeza de mi mazo en su vagina, ella detuvo las caricias a Angy un momento, volteando lo suficiente para mirarme. Lo siguiente fue brutal, la penetré de una sola vez jalando sus caderas, ella gritó de placer, superando rápidamente el dolor, reemplazándolo por placer. Se empezó a contorsionar quebrando más su cinturita, moviendo a los lados su cadera, yo

desesperado la empecé a bombear con una tanda de metidas y sacadas bestiales, nalgueándola y abriendo camino con mi carne, dándole todo a sabiendas que ella lo podía soportar.

—¡Si Profe! —gemía, incitándome a ir más rápido.

Pronto la sentí acalambrarse y encogerse mientras cruzaba sus piernitas formando una x, llegando jubilosa al clímax. Al tenerme aun dentro de ella tensó sus glúteos y me atrapó, obligándome a detenerme. Daniela, respirando agitada, se dejó caer en el sillón. Al ver esto Angy se levantó, besándome con ternura mientras me agarraba la verga. Girándose se subió al sillón para ocupar el lugar de Daniela, poniéndose también en perrito.

—Aún no se canse profe, toca cambio de plato —me dijo volteando la cabeza a un lado para poderme ver, sin perder su encanto.

—Me gusta la comida oriental —le dije agitado a modo de broma. Tomando aire me agarré el pedazo, acercándome a su cintura. Antes de penetrarla le di una mirada a su colita. Al igual que sus pezones su zona íntima era más oscura, pero me llamó la atención su ojete, pues tenía un tamaño más grande de lo habitual, indicio de que ya había recibido visitas, tal y como nos había confesado en el juego.

Aunque estuviésemos teniendo una gran sesión de sexo aun no podía permitirme darle por ese camino, así que nuevamente me acomodé en la entrada de su vagina, que se me antojó más estrecha, tal vez por ser ella más delgada, y con las caderas más pequeñas después de todo, y al igual que hice con Danielita la cogí de la cintura y se la metí de un tirón.

Ella no me conocía en esa faceta, y no estaba preparada, casi la levanté en el aire por la fuerza que le transmití. Lanzó un grito de dolor mientras que con las uñas de una de sus manos me agarró el muslo,

apretándome. Me detuve de inmediato, y Daniela se levantó preocupada. Agachándose la empezó a besar y a susurrarle que todo estaba bien. Poco a poco la tensión se fue perdiendo, ambas se dieron ligeros besos y Angy empezó a hacer movimientos con la cadera, casi imperceptibles al inicio, aumentando el ritmo después, invitándome a continuar. Me reproché mi actitud, moviéndome con mayor calma, procurando ser más amable con ella. Le acaricié la espalda, fina, como como una gacela, y resultó ser muy receptiva a las caricias. Cuando entraba por completo en ella, movía mis caderas a los lados y en círculo para darle mayor placer, haciéndola gozar. Ya entre suspiros y gemidos fuimos cambiando de posición, primero de costado, alzando una de sus piernas, dedicándome a besar su delicada pantorrilla, y luego boca arriba, recibiéndome mientras separaba sus muslos. Mirándonos nos dedicamos a disfrutar el momento. Daniela ahora tenía más fácil besarla y acariciarla, así que pronto ella también se dejó llevar y tuvo su orgasmo, abrazando mi cintura con sus piernas. Le di una nalgada cariñosa a Daniela, saliendo de Angy para permitirme llegar al clímax, liberando mi esencia sobre su piel. Ambas permanecieron besándose, jugando con mi leche, en tanto que se acariciaban y volvían en sí. Con cuidado me paré, intentando no interrumpir su momento, pero Daniela se acercó a mí poniéndose de cuclillas pidió que le diera cachetadas con mi tronco. Ese ritual parecía gustarle.

Luego de eso nos sentamos juntos para poder tomar aire y calmar nuestros sudorosos cuerpos.

—Profe, es un poquito tosco ¿no cree? —me dijo Angy, jugando con mi falo que, segundo a segundo, iba decayendo.

—Eso a mí me gusta —dijo Daniela, quitándole el miembro a Angy, para ponerse a jugar ella con él.

—¡Diablos señoritas! son unas traviesas —les dije, agitado y agotado,

ambas rieron.

—Profe… nosotras no solo vivimos de leche…—me dijo Daniela, con voz de inocencia. Yo no llegué a entenderla, ya que de eso bastante les había dado, por lo que intervino Angy.

—La Enana se refiere a si vamos a pedir algo de comer, comida normal —haciéndome entender que tenían hambre.

—¡Claro! Pediré algo —dije levantándome a buscar el móvil, reprochando mi descuido—, ¿les parece bien si pido un pollo a la brasa? —pregunté, buscando una solución simple, sabrosa y rápida.

Ambas coincidieron que estaba bien así que hice la llamada a un restaurante cercano, indicándome el trabajador de local que demoraría un poco, pues como era sábado tenían cierta carga de pedidos: accedí pues aún teníamos que limpiar. Mientras tanto ambas se habían puesto a jugar con sus pegajosos cuerpos, descansando de nuestra reciente sesión tendidas en el sillón. Me imaginé recibiendo así al repartidor de comida, seguramente el tipo me envidiaría. Acordamos turnarnos para darnos un duchazo, pues el baño de la sala no tenía ducha, y el mío no era especialmente grande, aunque me hubiese encantado bañarme junto a ellas. Sorteamos los turnos con un juego de piedra papel o tijera, y yo gané, las chicas me abuchearon, pero al final se quedaron charlando alegremente en la sala mientras que yo me duchaba con agua tibia. Me froté y enjaboné todo el cuerpo, porque en el encuentro parte de mis fluidos habían salpicado por todo lado. El sillón se había llevado la peor parte, pero como era de cuero ya lo limpiaría a detalle más tarde.

Salí muy animoso, invitándolas a entrar, ellas riendo, caminando desnudas se enrumbaron a la ducha.

—¡Profe no nos mire! ¡nos da vergüenza! —me dijo Angy, a quien la

lujuria se le iba pasando, pese a que ya les había visto hasta el alma. Como respuesta las perseguí como si fuese a atraparlas, ambas rieron aún más y se metieron al baño corriendo.

Les presté un par de toallas, me cambié con ropa limpia, Otro short deportivo y un polo holgado. Empecé a recoger las botellas y copas de la sala. Era un desastre, durante nuestra acción habíamos desperdigado todo, hecho caer el whisky y arrojado los piqueos que apenas habían probado. Aparté las botellas, barrí los piqueos y recogí la mayoría de cosas, les llevé sus prendas al baño y pasé un paño húmedo al sillón, limpiando las manchas blancuzcas que encontré, pues en efecto estaba salpicado por doquier. Empeñado en esa labor me encontraba cuando sonó el timbre, me acerqué a la puerta alistando mi billetera para pagar la comida, abrí y me topé cara a cara con mi exesposa allí parada.

CAPÍTULO III
¡SEIS!

Recién duchado, con el semblante alegre y vestido con ropa muy ligera, así me encontré cara a cara con mi exesposa.

Siempre elegante, siempre perfecta, siempre inhumana. Era una persona que para el mundo podía actuar de una manera, pero para su pareja era un ser totalmente distinto. ¿Cómo me enamoré de ella? Pues definitivamente fue por admiración. Me asombraba su intelecto y fácil forma de resolver todo cuanto se le presentase, cuidando cada detalle. Sus modales y buena educación hicieron que me sintiese atraído hacia ella desde el primer momento. Yo en cambio, al ser un tipo con tantos defectos, por azares del destino le terminé gustando. Desde que empezamos a trabajar juntos se interesó en mí, procuraba aconsejarme que mejorase en varios aspectos, intentaba censurar detalles de mi forma de ser que ella no creía adecuados. Pensé que hacía todo eso por amor; con el tiempo entendí que yo me había convertido en su proyecto personal, luego en su desafío y finalmente en su más grande error. Al no tolerar una falla en su vida se enfocó en despreciarme, con comentarios, con indirectas. Detalles que a cualquiera le

parecerían vaguedades a mí me terminaron llevando al alcohol.

Aunque iniciamos un estudio de abogados juntos, nuestras metas, tan opuestas, fueron el detonante para que buscase la sinrazón para alejarme de su vida, no sin antes hacerme todo el daño posible. Resulta que ella ganaba mucho más que yo, y eso en vez de incomodarme, le incomodaba a ella, considerándome alguien inferior. Además, quería entrometerse en la política, ocupando un cargo público, desviviéndose por hacer contactos y buscar la grandeza a cualquier costo. Yo, por lo contrario, ansiaba una vida sencilla, enseñar me agradaba y quería seguirlo haciendo, y sobre todo deseaba evitar llamar la atención, pues en la historia del imperio romano (como varias veces le había explicado) quien rechazaba ser emperador solía vivir más tiempo que quién lo aceptaba. Igualmente, de nada valieron mis palabras. Sin darnos cuenta empezamos a tratarnos mal, primero con indiferencia, luego con desprecio.

Ya con la relación cuesta abajo, lejos de limitarse a divorciarse de mí, ella había intentado por todos los medios arruinar mi vida. Y tan bien que lo iba haciendo, hasta que conocí a mi diabólico angelito.

Volviendo al momento actual, mi ex esposa allí parada me barrió con la mirada, le incomodó mi sonrisa, pues abrí la puerta estando alegre, y ¿quién no lo estaría después de tan excepcional experiencia? Claro que ella no sabía que al interior del departamento también estaban bañándose juntas un par de mujeres más jóvenes y sumamente atractivas. Y no tenía por qué enterarse.

Así pues, mantuvo su cara inexpresiva y me habló:

—Hola Carlos, necesito recoger un poco de ropa de verano para Durance, dejamos aquí unas prendas embolsadas que mi madre le compró algo grandes. Voy a pasar a recogerlas.

—No, no pasarás. Buenas tardes, Mercedes, te recuerdo que debes llamar antes de acercarte a esta propiedad, nuestras normas de conducta así lo estipulan, ni siquiera debemos mantener comunicación.

—¿Crees que no lo sé? tampoco tengo interés en acercarme o comunicarme contigo, solo quiero esa ropa y me marcharé —dijo haciendo una expresión de asco, una cara que ya conocía de memoria.

Me ardía el estómago, la única persona en el mundo que podía sacar lo peor de mí estaba presente y su influencia ya me afectaba. Por su parte ella ya había puesto ese semblante de desprecio que tantas veces le había visto y que me incomodaba hasta lo inexplicable. Si alguien en este mundo me consideraba menos valioso que una cucaracha era ella. Quería cerrar la puerta y dar por concluido el asunto, pero preferí mantenerme como alguien racional, aunque ella no se lo mereciese.

—Bien, sé dónde están esas prendas, aguarda aquí y te las traeré —le contesté, juntando la puerta y dirigiéndome a mi dormitorio, ingresando al baño, encontrándome a las dos hermanitas de leche enjabonándose la una a la otra mientras que se susurraban algún chisme.

—Hasta que les avise no salgan del baño por favor, tenemos visita —dije en voz baja, sonriendo y pegando mis manos en forma de plegaria. Ambas se llevaron los dedos a la boca para hacer la típica señal de silencio, solo que luego de soplar se chuparon la punta del dedo de forma sensual. ¡Cielos! con solo eso sentí mi falo volverse a despertar en una extraña mezcla de sentimientos.

Cerré la puerta del baño, juntando también la puerta de mi cuarto para amortiguar el sonido del agua en la ducha. Sin embargo, al salir vi a mi

exesposa en la sala, sentada cómodamente en el sillón mientras manipulaba la botella de Whisky a medio vaciar que aún permanecía en el lugar.

—¿Con que ya estás en tus andadas no? —dijo, levantando la botella para que pudiese ver mejor su hallazgo.

—Te pedí claramente que no ingresaras —le contesté con sequedad— ¡Y deja eso donde lo encontrarse! —mi corazón latía con fuerza, empecé a sentir que mis oídos piteaban, pues manejaba muy mal mis emociones al tenerla cerca.

Me miró con ojos glaciales en tanto que, muy lentamente, bajaba la botella al piso, para luego levantar ambas manos vacías, como indicando que ya no tenía nada en ellas. Ingresé rápidamente al que alguna vez fue el cuarto de mi hija, encontré algunas prendas de Angy sobre la cama, ropa interior con encajes, bellos detalles, pero que de momento no eran de mi interés. Me dirigí al armario y tomé la ropa que aún conservaba de ella, y las prendas por las que me estaban visitando, las embolsé rápidamente para regresar de inmediato, pues quería que su presencia se esfumase, cuanto antes mejor.

Al volver logré ver que ella tenía su móvil en la mano, y por el brillo del flash entendí que acababa de tomar una foto a la botella tumbada en el piso, y junto a la botella estaba extendida una tanga tipo hilo dental color negro, parte de la ropa de Daniela que, de seguro, pasé por alto en mi limpieza.

—¿¡Qué demonios se supone que haces¡? —dije casi gritando.

—¿Te vas a poner violento? —me dijo amenazante— ¿Has bebido no? —continuó— ¡Atrévete a hacer algo para terminar de enterrarte! Te dejaré en la calle, sin trabajo, sin familia y sin ganas de vivir ¡No podrás ni siquiera contratar más zorras!

Así era ella, distorsionaba hechos, aprovechaba cada momento, malinterpretaba lo que sea con tal de crear una historia perversa en la que yo fuese el villano, y esta vez esa foto terminaría en manos de quien sea que aún pudiese tenerme amistad, para hacerle ver que era un caso perdido de alcohol y mujeres.

Estaba contra las cuerdas, el carácter explosivo de ella era algo a lo que yo reaccionaba muy mal. Aunque mi ex no tenía por qué acercarse a mí, siempre había logrado trastocar la historia para ponerla en mi contra. No me atreví a moverme, solo estaba allí parado con la bolsa en la mano sin saber qué hacer.

Ella se paró, sonriendo, pues si me acercaba gritaría, en tanto yo no encontraba forma de hacer que se marchase de mi hogar. Quedamos separados por el sillón mientras nos mirábamos. Con enorme frialdad levantó la palma de su mano como apuntando al cielo y se dio a sí misma una tremenda bofetada, lanzando un grito de dolor. Horrorizado me di cuenta lo que estaba haciendo ¡Se estaba autolesionando! Y lo siguiente sería que me acusaría de violencia doméstica. No sabía cómo reaccionar, si me acercaba tal vez empeoraría todo, mientras tanto ella levantó la otra mano para volver a golpearse, pero algo la frenó, en ese instante dejó de prestarme atención a mí, por lo contrario, su vista iba más allá de donde me encontraba.

—Que esta vez sea más fuerte —dijo Angy desde mi espalda, acercándose hasta quedar junto a mí, allí pude ver que estaba grabando con su celular la escena que estaba montando mi ex— ¡Vamos! ¿No pensaba volver a abofetearse? —la retó, el momento era muy tenso.

Mi exesposa se quedó paralizada, no esperaba ese desenlace, su

mente pareció ponerse en blanco. Me acerqué procurando quedar en la toma de la cámara y dejé las bolsas en medio de la sala.

—Toma la ropa y márchate por favor.

Ella no despegaba la vista de Angy, su boca se volvió una fina línea, caminó un poco, tomó las bolsas y se dirigió a la puerta, abrió y salió. Esperé a escuchar el sonido de los pasos en los escalones alejarse para poder cerrar la puerta. Angy pausó la grabación, nos miramos y pudimos respirar tranquilos.

—¿Cómo pudo haberse casado con esa mujer? ¡es una enferma! —dijo Daniela saliendo del cuarto y acercándose a nosotros.

—Angy salvaste el día, muchas gracias —le dije sintiendo un enorme cansancio. Experimentando una desagradable sed, pues tenía la garganta seca, muy seca.

—No se preocupe Profe, guardaré el video por si lo necesita, ¿nos hemos ganado un premio? —me dijo coqueta, como para hacerme olvidar el mal momento vivido.

—Claro que si mis primores— contesté, agachándome y cogiendo la tanguita de Daniela para entregársela, ella ya vestía su malla deportiva, caí en la cuenta q dentro no llevaba nada puesto, por lo que le di una nalgada.

Sus risas resultaron muy terapéuticas, pero aún mi cara debía dejar traslucir pena, así que una me masajeó los hombros mientras me animaba y la otra me abrazó con ternura.

El pedido de comida llegó al poco tiempo de haberse marchado mi exesposa. Como me imaginé el repartidor me lanzó una mirada de envidia mientras entregaba el pedido, le agregué propina a su pago para que no me

contagiase mal karma. Juntos servimos los platos con abundantes porciones. Almorzamos charlando y riendo, ellas se esforzaron en distraerme. Durante el resto de la tarde no se volvió a tocar el tema, incluso me ayudaron a limpiar y ordenar lo que faltaba.

Fresca como una lechuga mi bombón me dijo que tenía que irse, esta vez no podía quedarse y no quería levantar sospechas. La dejé charlar un rato a solas con Angy, luego ambas cogieron sus cosas y, cambiadas con su ropa deportiva, se turnaron para abrazarme y despedirse.

—No se nos vaya a poner triste ¿sí? —me dijo Angy, con mucho mimo.

—Profe tal vez necesite clases de recuperación durante la semana —se despidió Daniela, con un beso tipo pico, juguetona.

Las acompañé hasta el primer nivel, sin llegar a salir. Quería mantenerlas cerca, pero su partida era inevitable. Además de estar enamorado, le tenía miedo a la perspectiva de volverme a quedar solo, pero sin transmitirles mi tormento las dejé ir, aún con una sonrisa en la cara, para que no se sintiesen culpables por dejarme.

Y el silencio volvió a reinar en mi vida.

La perspectiva de lo vivido me generaba un enorme torrente de emociones, por una parte, tuve sexo loco con dos jovencitas, por otra, un innecesario y muy dañino encuentro con mi exmujer que por poco y me termina generando más problemas. Admiraba la forma en que Angy pensó rápido en una salida al problema, y a su vez me otorgó un escudo en caso de un nuevo ataque gracias a ese video.

Ya no había nada que arreglar, todo estaba limpio, como si ellas

nunca hubiesen estado aquí. Ingresé al cuarto de invitados, en la cama aún se conservaba el perfume de Angy, me tendí de lado y abracé la almohada. Quien diga que un hombre no tiene sentimientos, solo por no expresarlos a cada instante, está muy equivocado.

«¿Qué hago?» y «¿Qué quiero hacer?» eran dos preguntas rondando mi cabeza, tumbado en la cama mientras oscurecía me puse a pensar en cosas que había hecho en el transcurso de mi vida. Profesionalmente era muy apto, en lo físico me prometí cuidarme un poco más, y en lo sexual quería compartir un vínculo especial. No tenía que ser necesariamente amoroso, aún esa idea me causaba cierto temor. Quería compartir algo especial con Daniela, para que ella pudiese recordarme y decir «él me lo hizo». Entonces como revelación divina recordé a Angy en la pose de perrito, y en la confesión de Daniela de no haber tenido sexo anal hasta ahora. Abrí mucho los ojos y me puse de pie, levantando un puño hacia el cielo me propuse como escalón en mi vida inaugurar ese ojete, ese sería mi objetivo para seguir adelante. Si no lo había hecho aún con el noviecito era porque algo les faltaba, o simplemente lo rechazaba o no confiaba en él, por lo que ese ojete seguía sin haber sido estrenado.

El abrirle la colita a una mujer no era cosa de juego, si se quería hacer, y hacerlo bien (o sea generando placer) se debía de tener paciencia y los instrumentos necesarios, además de confianza, y mucha comunicación.

Recordé mi primera experiencia por ese camino, hacía muchos años en verano con una amiga de la infancia. Una bella joven que puso su confianza en mí. Recordaba que tenía las nalgas más redonditas y paraditas (con excepción de Daniela) que yo hubiera visto. A ella le gustaba mi forma de tratarla, de complacerla y consentirla. Al ser una relación caprichosa y candente, típico de esa edad, nos pusimos a experimentar todo aquello que

veíamos en cintas porno. Por ello en una de nuestras salidas se ofreció a darme un regalo especial: me dijo que le abriera la colita. Yo muy emocionado lo intenté, pero con nuestra poca experiencia, aún con su interés y predisposición, pese a nuestro trabajo en equipo, de llegar a meterle la cabeza no pasábamos. Solía ocurrir que ella se ponía tensa y yo me desesperaba por empujar, pues ver su colita estirarse al ser presionada por mi miembro me incentivaba como no se imaginan. Incluso hicimos búsquedas y pedimos consejos al infaltable internet. Junto a ella descubrí los sex-shop y sus juguetes del placer, logrando en cierta medida nuestro cometido. Lamentablemente todo ello ocurrió tarde, y por cosas de la vida cada uno tuvo que seguir su camino. Aún pasados los años la recordaba con cariño.

Con nuevas ideas y metas por cumplir me levanté de mi cama, estiré la espalda y me cambié con un buzo deportivo completo, para poder ir, después de casi diez años, a un sex-shop.

Es increíble como el tener un objetivo en mente puede incentivarte y darte un impulso tan grande. Sin duda en otras circunstancias, carente de algo por lo que ponerme en movimiento, me habría dedicado a compadecerme, bebiendo y lamentando mis malas decisiones.

Tomé mis llaves y billetera, salí al balcón y un ligero aire frío me llenó de energía, permitiéndome hacer unos estiramientos, apreciando como las luces de las calles se iban encendiendo ante la llegada de la oscuridad. Como aún estaba alcoholizado decidí evitar utilizar mi vehículo. La noche era relativamente fresca, así que salí del departamento caminando y tomé un bus rumbo al centro de la ciudad. Hacía tiempo que no utilizaba transporte público, y para mi sorpresa no estaba atestado de gente, pero me resultó curioso el sentarme junto a una señora que miraba videos aleatorios a alto volumen, sin importarle los demás.

La sensación era extraña, no podía esperar a ver qué novedades ofrecían las tiendas, imaginando muchos objetos lujuriosos, entre ellos juguetes que me permitiesen incentivar a Daniela a utilizarlos. Pero ¿y si se negaba a ese tipo de experiencias? ¿si no era su estilo? Eso me dejó pensando. Mi pequeña era definitivamente una mujer de mente abierta, traviesa y muy golosa, pero tampoco era que la conociese por completo. Sin embargo, el solo hecho de salir me daba la justificación para entretenerme, por lo que haría el intento de introducirla a este mundo. Como me propuse, abriría ese pequeño ojete, y haría que ella disfrutara el proceso. Quería que por sí sola desease ser taladrada, que lo gozase, que me lo pidiese. Ese era mi objetivo.

Pronto los centros comerciales y tiendas diversas se hicieron comunes, la zona estaba aún plagada de visitantes, descendí del bus en un paradero y caminé hacia una calle cercana. Tuve que apartarme un poco de la zona más concurrida y alzar la vista de calle en calle, hasta que me encontré con diversos letreros, algunos de neón, con el clásico SEX SHOP, junto a tatuajes y piercings. Estas tiendas no estaban simplemente a la vista, sino que se tenía que subir a los niveles superiores de los edificios para poder acceder a ellas. Y es que aún muchas personas las consideraban de mal gusto.

Escogí una y subí, el portón estaba descascarado. Una joven con varios piercings se encontraba repartiendo afiches en la entrada, promocionaba tatuajes, así como colocación y venta de piercings.

—Disculpe ¿cómo puedo entrar al Sex-Shop?

—Subiendo a la izquierda, y tome, por si se anima.

Me entregó uno de sus afiches y me dejó pasar. Pese a todo volví a sentir que acceder ahí estaba mal, un pensamiento tonto de no querer que a uno lo vean ingresando a ese tipo de lugares. Descarté esas ideas absurdas.

Era un adulto, un adulto fornicador y deseoso de adquirir juguetes para un oscuro y muy prieto propósito.

—¡Bienvenido! — me dijo una chica casi gritando, era quien atendía el local, que por cierto estaba vacío, lo curioso es que ella vestía un disfraz de enfermera sexy, que para su delgado cuerpo le caía muy bien.

—Buenas noches señorita, quisiera… —pero no me dejó terminar la frase, me hizo pasar tomándome de la mano y señalando sus vitrinas.

—¡Tenemos de todo señor! ¡lubricantes! ¡dildos! ¡juguetes de todo tipo! —continuaba, muy emocionada, hasta cierto punto me causaba gracia.

—No, verá estoy buscando un dilatador anal.

—Entiendo, tenemos variedades en diseño y tamaño ¡ya verá! —dicho esto ingresó un poco y me llevó a otra vitrina. Mientras me conducía pude fijarme en que su falda apenas le cubría las nalguitas. Podría ser delgada pero la chavala tenía lo suyo.

—¿Es para un recién iniciado o alguien ya experimentado?

—Para una amiga a la que quiero abrir, o sea iniciar.

—Tengo este modelo de bolas anales, estas más redonditas o estas, tipo píldora…

Me sentía en una pastelería, cada objeto que me mostraba la vendedora era transportado en mi mente a un escenario, imaginando como sería utilizarlo con Daniela. Hubo un modelo especial que me llamó la atención, unas esferas en degradé que estaban hechas de plástico liso, unidas por una tira de silicona, pero la bola más grande, la final tenía un grosor

similar al de mi falo, con un tope para que no se atore, y una anilla para poderlo retirar, finalmente rematado en una tira de pelos, imitando a una cola de zorro. No necesité más para comprender que ese era el juguete indicado.

Me dejé llevar, vi otros tantos artículos, revisé disfraces, separando uno de gata que me gustó mucho. Charlé brevemente con la vendedora, quien confesó que las ventas no iban bien, pero que la calidad de los productos era muy buena, convenciéndome de que tenía que probarlos. Me tentó seguir charlando y tal vez generar amistad o algo más con ella, pero me frené pensando en Danielita.

Compre diversas cosas adicionales, una licra sensual con orificios para poder penetrar sin tener que sacar la ropa. Un traje de diabla, de rojo fuego que me encantó, un buen pote de lubricante, un pequeño dedo de goma con su correa para ser fijado todo el día. Vamos, llevé un arsenal.

La vendedora agradeció las compras, embolsó todo rápido y me entregó mis nuevos juguetes. Me cayó muy bien por su destreza, además de tener carita de traviesa y muy buena actitud para el trabajo, al final entre bromas me pidió que regresara a contarle que tan bien me habían servido sus productos.

Salí aún imaginando las travesuras que haría, mientras caminaba rumbo a tomar el bus de regreso a mi casa me percaté que diversas personas volteaban y me seguían con la mirada mientras caminaba, no le di mayor importancia hasta que una voz femenina me hizo detenerme.

—Hola campeón —me acababa de saludar Fiorella, mi colega que salía de una pizzería con una caja de pizza en la mano.

—Hola Fiorella, que gusto verte, hoy cenarás pizza por lo que veo —le dije radiante, ella también vestía buzo, uno bastante suelto, al parecer

para disimular sus prominentes pechos. Ella quiso contestarme algo, pero se quedó helada.

—¡Oh por dios! —dijo, quedándose parada mirando mis compras. Tomando consciencia de que la bolsa que portaba era semitransparente, y los juguetes sexuales estaban a plena vista de los transeúntes, sobre todo los dilatadores anales.

Sacó la bolsa que protegía la caja de pizza y me la entregó, yo rápidamente acomodé mis compras, escondiéndolas de la vista, sintiendo como mis mejillas se incendiaban por la vergüenza.

—Lo siento, es que… —intenté explicarle.

—Tranquilo, no necesitas explicar nada, nos vemos luego— Respondió seria, acomodando su caja de pizza.

—Es que, bueno si son eso que crees que es, pero...

—No te preocupes, no tengo nada contra la gente gay, es solo que no me lo esperaba Carlos. Nos vemos en la universidad amigo —me dijo apretando mi hombro, y se marchó.

No me dio tiempo de decir nada más, ella caminaba rápido, me había comentado alguna vez que vivía por el centro, aunque las cosas se habían prestado para un terrible malentendido, y ella pensaba que los juguetes eran para otro fin. Por último, me reí de la situación y seguí mi camino, ya luego buscaría la oportunidad de explicarle lo ocurrido.

El regreso fue tranquilo, aunque estuve tentado de ir viendo las características de mis nuevos juguetes, fui cuidadoso y evité sacar las compras para no llamar la atención en el bus. Bajé en el paradero y caminé sin prisas a casa. Aunque la noche solía tener bajones de temperatura se me antojó comer

un poco de helado, al que le agregaría galletitas y chocolate picado. No me detuve en la tienta debido a que en las compras que había hecho para la reunión ya tenía un litro de helado de varios sabores esperándome en la nevera. En esas cavilaciones estaba entretenido cuando llegué a mi condominio.

Subí un par de gradas y en las escaleras de ingreso encontré a Angy sentada, con la cabeza entre los brazos apoyada sobre su pequeño maletín. Parecía llevar buen rato esperándome.

—Chinita ¿qué pasó? —le pregunté.

—Hola profe, me cancelaron mi viaje, no pude llamarlo porque nunca me dio su número, y pedírselo a Daniela podría haberle despertado celos.

—Pero son amigas ¿no?

—Si, pero ahora parece más enamorada que nunca. En fin, busco hotel por hoy.

Tomé nota mental de aquel comentario, Danielita estaba enamorada de mí, además de que de alguna forma también era celosa. No las llegaba a comprender por completo, pero alojar a Angy no me pareció mala idea.

—Ya veo, conozco un hotel cercano, pero creo que cobran muy caro —bromeé con ella.

—No tengo dinero… pero creo que podría pagar de otra forma —entró ella en la broma, dándole segundo sentido a sus palabras.

—El casero es muy exigente, duro y firme —le dije— te hará trabajar y sudar como no te imaginas, es probable que hasta salgas cojeando del hotel.

—Me las ingeniaré para aguantar bien a ese casero, puede que hasta le saque el jugo… al asunto —con eso ya me había terminado de excitar.

Me agaché y con amabilidad le di un beso en la mejilla, la tomé de la mano e hice levantarse. Ella se palmeó los glúteos para sacudir el polvo en tanto yo cogía de las asas su maleta para cargarla como cortesía. Ella se ofreció a llevar la bolsa de pizza que cargaba sin sospechar su contenido, bridándosela con una sonrisa. Subimos hacia el departamento bromeando y riendo.

—¿Quién va de compras con una bolsa de pizza? —me dijo divertida, haciéndola rebotar, aún sin adivinar el contenido de la bolsa.

—Solo alguien bien loco —le contesté con la sonrisa más pícara que pude realizar.

Ingresamos y nos acomodamos en la mesa tipo isla, le ofrecí una bebida y algo de comer, tomamos algo de gaseosa y comimos los piqueos que aún quedaban. Charlamos buen rato, además de tenerle confianza, nunca dejaría de sentirme agradecido con ella por salvarme con su celular.

Un secreto si quieres caerle bien a una dama es ser un buen oyente, y yo lo era. Y ella parecía estar dispuesta a hablarme de su vida, así que le dediqué la atención que se merecía en tanto servía helado con galletas, chispitas y una cereza como adorno.

Me enteré de que ella era enfermera, llevaba un tiempo trabajando para el estado en un distrito rural a varias horas de viaje, que era un requisito luego de graduarse. Por ello cada cierta cantidad de días le permitían viajar a la ciudad, eso llevaba a que no fuera común que visitara a Daniela. Me contó cosas de su familia, de ciertos problemas económicos, pues aún tenía que apoyar a sus hermanos; además de tener males de amores, una ruptura de

relación gracias a la distancia, y la posibilidad de iniciar una relación con un docente que laboraba por su zona, solo que aún se sentía confusa, y no quería apresurarse.

Pronto volvimos a servirnos whisky, ella hablaba porque necesitaba desahogarse, y a mí me estaba gustando conocer más de ella.

—Profe, cuénteme de su exesposa, porqué le hizo eso.

—Es una larga historia—dije suspirando, por mi parte no quería ahondar en el tema—. En resumen, ella me consideró poco hombre para sus planes y aspiraciones, yo no quise entrar en su juego de poder y terminé siendo descartado.

—¿Usted poco hombre? Esa mujer sí que está loca.

—Gracias por el cumplido.

Me hizo más preguntas, yo también le hice mis consultas, dándole mayor espacio a sus historias. Entre palabra y palabra la jovencita me tomó de la mano, jugando con ella.

—Sabe profe, ayer, cuando me fui a dormir, lo esperé despierta por casi una hora, sé que le dije que no podía pasar nada entre nosotros, pero deseaba que entrase al cuarto, que tomara la iniciativa.

—Lo pensé, pero no quería malograr nuestra amistad.

—Usted me gusta profe, enserio —dijo, cruzando sus dedos con los míos.

—Vaya, me siento muy halagado, tú eres una belleza, pero…

—No me diga nada aún, solo quería que supiera lo que siento, pero

entiendo que con Daniela es algo especial, aun así, si se da la oportunidad, podría ocurrir algo ¿no cree?

—Si, podría ocurrir ¿quién sabe? tal vez más pronto de lo que imaginas.

Nos miramos, sus ojitos brillaban tras sus largas pestañas, era un momento mágico, el deseo se hizo presente. En mi interior había algo que quería, una idea que no me podía sacar de la cabeza, aunque dudaba si ella aceptaría.

—Te puedo confesar algo —le dije.

—Claro, lo que quiera profe —me respondió susurrando, mientras sonreía.

—Es difícil decirlo, no quiero asustarte, pero de igual forma quisiera hacerte una propuesta indecente.

—De usted lo que sea —contestó mordiéndose su labio inferior.

—Desde que vi tu colita, me tiene intrigado si podrías aguantarme.

—Casi me parte a la mitad hace unas horas —se puso cautelosa, aunque la chispa de la lujuria y el deseo se avivó en su interior.

—Vamos… creo que con algo de cuidado podría ponerte una buena inyección.

—No lo sé… podríamos intentar…

—Imagíname, tendido en tu espalda, mordiéndote el cuello mientras te hago mía y te lleno con mi carne.

Saltó hacia mí y me besó. Su pequeña boquita era una delicia, estaba algo helada por la bebida, pero pronto tomó temperatura y se volvió muy receptiva jugando con mi lengua. Le dediqué tiempo a acariciarla, a rozar con ligereza su cuerpo, aún vestía la ropa deportiva con la que se había marchado durante la tarde. Quise tomarla por la cintura, pero ella me bajó las manos a la altura de sus nalguitas, dándome a entender lo que quería.

—Hazme tuya —me susurró.

La volteé y puse sus manos contra la mesa, le hice a un lado el cabello y le mordí el cuello, subiendo hasta la oreja para luego bajar hasta donde empezaban sus hombros. Mientras tanto me había bajado lo suficiente la ropa para sacar mi pedazo, que puse sobre su licra, hundiéndosela entre las nalgas, para que sintiera lo que le daría. Llevé mis manos a partes opuestas, una jugueteaba con sus pechos, mientras que la otra se metía entre sus piernas. Ella estaba excitadísima. Pegaba su culito hacia mí, para sentirme más, movía la cola a los lados y soltaba pequeños gemidos.

—Señorita enfermera, creo que le voy a poner una gran inyección.

—¿Me dolerá Doc.?

—Te haré gozar bebé.

Se volteó y volvió a besarme, me quitó el polo en tanto yo me deshacía de mi pantalón y ropa interior, quedando desnudo. No perdió tiempo, agarró mi verga y poniéndose de cuclillas me la empezó a ensalivar. Era una golosa, no parecía que esa boquita pudiese abrirse tanto, esperaba que su orificio de atrás también fuese así de elástico.

—Te voy a dar un poco de anestesia —le dije, tomando la botella de whisky y vertiendo ligeros chorros en la base de mi verga, ella gustosa empezó

a beber del tronco y de la cabeza. Sin darme cuenta le di más de lo que pensaba, pero ella encantada seguía mamando.

Al estar ella entretenida moví lo que había en la mesa y decidí premiarla. La tomé de los brazos y la senté en la mesa, le quité el pantalón casi de un tirón, la tendí de costado y le tomé una de sus esbeltas piernas. La empecé a besar, con estudiada paciencia acaricié con mi boca su delicada piel, desde la pantorrilla fui avanzando, jugando con mi lengua, pase a sus muslos, tersos, firmes y lisos, le dediqué tiempo a acercarme al centro, pero justo cuando parecía que llegaría al medio, me alejaba rumbo al otro muslo, ella gemía entre excitada y desesperada, pues aún no hacía contacto donde ella deseaba. Finalmente llegué al centro, le empecé a lamer los labios, los separé y jugué con su interior, cada caricia era acompañada por sus movimientos de cadera y gemidos de placer. Mis manos la exploraban con pericia, todo al mismo tiempo. Ella se dejó llevar, apretó mi cabeza entre sus piernas y tuvo un orgasmo exquisito.

Permaneció echada en la mesa, respirando con dificultad. Subí con pequeños besos hacia su ombligo. Su vientre era plano, muy bello. Fui levantando su polo hasta descubrirle los pechos, hinchados con sus grandes pezones oscuros. Tomé uno con la mano y succioné su carne, dándole un pequeño mordisco a modo de despedida, continuando mis caricias con el otro. Luego volví al cuello, terminando en un beso fundiendo nuestros cuerpos. La abracé, tirando de ella hacia atrás con cuidado para pararla.

—No te rindas, ahora viene lo bueno —le dije.

—Como usted diga profe.

—Prometes ser obediente.

—Si, lo prometo —contestó, con las mejillas enrojecidas y el cabello

alborotado.

Me miró entre excitada y asustada, la dejé parada y me alejé a coger la misteriosa bolsa de pizza. Volví con ella andando con paciencia, abrí la bolsa de juguetes y saqué un antifaz con los ojos tapados, ella lo miró con un leve movimiento aceptó que se lo colocase. Se lo puse y la dejé sin poder ver. Amplificando sus demás sentidos, angustiada, saber qué más planeaba para ella, tomándola de la mano, conduciéndola hacia el centro de la sala.

—¿Vas a ser una nena buena? —susurré sorpresivamente en uno de sus oídos.

—Si —respondió sobresaltada.

—¿Si qué?

—Si profe —dijo, pasando saliva.

Estaba a mi merced, tenerla sin poder ver me excitaba muchísimo, y ella parecía también disfrutarlo. Aumentaba en Angy cada sensación que pudiese causarle. Probé apretándole un pezón y ella dio un salto con un pequeño gritito de placer. Le rocé el cuerpo en varias partes y finalmente la tomé de una orejita para conducirla a nuestro sillón favorito. Tomándola de la cintura la hice arrodillarse en el asiento y apoyé su cabeza contra el respaldar, con lo que su colita quedó expuesta.

Ajusté la luz de la sala a lo necesario para poder disfrutar la vista, ella estaba muy mojada, se notaba que disfrutaba ser sometida. Tomé mi bolsa de regalos, hice sonar el plástico cerca de su oído para aumentar la expectación. Saqué el pote de lubricante, lo destapé y con precisión le hice caer una gota en el culito, ella instintivamente cerró las nalgas, pero de una nalgada, no muy fuerte, pero si sonora la hice volver a aflojar, ella gimió, y movió la colita a

los lados, pues le estaba gustando el juego.

—Profe… ¿me va a castigar?

—Todo lo contrario, bebé, te voy a premiar.

Tomé sus glúteos con mis manos y se los masajeé, esparciendo el gel, con mi pulgar hinque su culito, le unté más lubricante y para mi asombro se comió con facilidad el dedo entero. Se lo metí y saqué, ella gustosa se agachó más. Le metí el dedo del medio y también ingresó con facilidad. Le coloqué más gel mientras jugaba con su colita.

—Hasta ahora estás aprobada.

—Gracias Profe —me dijo con voz entrecortada, esbozando una sonrisa de satisfacción.

Alcé la bolsa, con dramatismo, pese a que ella no podía verme, como si de un ritual se tratase, saqué las bolas, una a una las lubriqué y coloqué la más pequeña justo en la entrada de su anito.

—¿Mi alumnita sabe contar?

—Si Profe.

—Entonces cuenta —le dije, mientras introducía la pequeña, del tamaño de mi pulgar.

—Uno —dijo, tomé la siguiente, un poco más grande, presioné e ingresó.

—Dos…—la siguiente necesitó más presión, pero finalmente entró en ella— tres… aaah… —parecía que ya había cierta resistencia, pero le habían entrado tres de las seis.

Le acaricié la espalda desde el cuello hasta la cintura, acomodé mi verga en medio de sus muslos, y se la froté con delicadeza por su lado interno, ella sabía qué le estaba restregando, y por un momento olvidó su culito, por lo que le metí la siguiente.

—Cuatro… ohhhh… dios…

Ahora solo quedaban las dos más grandes, así que le lamí toda la espalda de abajo hacia arriba, dándole pequeños mordiscos algo dolorosos, bajé nuevamente y le besé las nalgas, presionando en todo momento introduje una esfera más.

—Cinco… ¡Oh! ¡Santo cielooo!…

Había arqueado un poco la espalda, signo de dolor. Su colita se veía muy extendida. Necesitaba mantenerla excitada, así que bordeé el sillón y le acerqué mi pinga en la cara, ella, sintiendo lo que le ofrecía como una posesa empezó a mamarla, succionando.

—¡Deme mi leche Profe! ¡Ande no sea malo ya métamela! —me dijo suplicante.

—No… no bebé, aún no —Le dije quitándosela de la boca— ¡ábrete las nalgas! —le ordené, y ella obedeció, empujándole la última esfera, que terminaba en una cola de zorra.

—¡Seis! —dijo extasiada, casi gritando.

Me puse tras ella, de di varias nalgadas.

—Ahora viene tu premio —le dije.

Acomodando mi falo se lo metí en la vagina. Ella dio un sobresalto

y se dejó penetrar, y disfrutó cada pedazo que le metí. Temblaba y apretaba los puños, estaba fuera de sí. En su interior sentía presión, por estar llena por su otro huequito.

La cogí de la cola de zorra y le di pequeños tirones y empujones mientras metía y sacaba mi verga. La bombeaba, forzando a su anito a tener sensaciones de todo tipo. Ella juntó sus piernas y las cruzó, me apretó fuerte la verga con sus nalgas, teniendo un tremendo orgasmo repleto de espasmos, lanzando un fuerte grito.

Quedó tendida en el espaldar del sillón. Con sumo cuidado salí de ella. Tomé de mi bolsita mágica y saqué un frasquito pequeño. Vertí el líquido en mis palmas, se trataba de aceite para el cuerpo, de agradable fragancia, le froté la espalda con delicadeza, la masajeé y pegándome a ella la besé, con mimo y dedicación. Ella seguía ofreciendo la cola, le froté las nalguitas y las piernas con el aceite, haciendo presión cada tanto. Ella quedó brillando, ante la tenue luz se veía fantástica, casi irreal.

—Ahora te toca gozar chinita.

—¿Aún más? —me dijo, con la cabeza apoyada en el espaldar. Sus mejillas seguían encendidas, y al escucharme esbozó una leve sonrisa con picardía, sin imaginar lo que venía.

Saqué una por una las bolas, y su ojete quedó abierto, expuesto, vulnerable. Me lubriqué la poronga y le acomodé la cabeza en su anito. Empujé y le metí la cabeza entera. Ella arqueó más la espalda, para facilitar mi entrada. La tomé de las caderas y le empujé un poco más de verga, le entró casi hasta la mitad, pero ella ya se había puesto tensa, le seguí dando masajes en la espalda y concluí con un par de nalgadas, poco a poco pareció acostumbrarse y volvió a aflojar su traserito.

—¿Te gusta la inyección?

—Si… Si profe…

Moví las caderas y le metí otro tanto más, ella me apretaba fuerte, mi pedazo palpitaba en su interior, lubriqué cuanto pude por los costados.

—La sientes.

—Si, la siento, toda—me contestó con la voz entrecortada.

Haciendo presión se la terminé de meter, hasta la base, ella lanzó un pequeño gritito, pero no se opuso.

—Ahora sí la tienes toda ¿¡Te gusta!? —le dije, con mi mente volando, por las múltiples sensaciones, la presión y la idea de estar dentro de ella.

—Siii… —contestó, con voz apenas audible.

Solo gemía, si me movía un poco ella gemía más, hice ligeras metidas y sacadas, rociando lubricante alrededor de mi pedazo, temiendo hacerle daño. De pronto ella comenzó a acompasar mis metidas y sacadas con sus propios movimientos.

—Si que te gusta ¿no? —le dije— confiésalo.

—Siiii… ahhh…

Ahora se movía más y más, ya se había adaptado a mi verga y se estaba taladrando solita. El placer la había cegado y se entregó por completo a mí. Aumenté la cantidad que sacaba, solo para volverla a clavar, ella aguantaba las embestidas y hacía soniditos de dolor y placer muy estimulantes.

—¡Te gusta duro! ¡duro por el culo!

—¡SI! ¡AHH!

—¿¡CÓMO TE GUSTA!?

—¡DURO POR EL CULO! —Gritó.

Estaba casi en mi límite, excitadísimo con el que probablemente era mejor sexo anal de mi vida. Me agaché y, tomándola por las piernas, la levanté en el aire, con su espalda chocando con mi pecho, y ella principalmente apoyada en mi verga bien introducida en su culito. La hice saltar unas cuantas veces más. Dejé que cayese, introduciéndole mi falo hasta el tope soltando un grito de placer. Tensé los músculos, dejando salir toda mi leche en su interior. Mi pedazo se hinchaba con cada nuevo chorro que le soltaba en lo profundo de su ser. Fue una corrida tremenda, pues me había contenido bastante. Pese a haberla tenido clavada hasta el fondo un poco de leche rebalsó y salió de ella, goteando en el piso.

Aun cargándola, sin sacársela, volteé y me senté en el sillón. Ella seguía bien clavada, muy quieta, sentada sobre mí, con su espalda apoyada en mi pecho, respirando agitada mientras yo la abrazaba, compartiendo latidos de corazón. Y por un momento nada más importo, pues fuimos un solo ser en el universo.

Me mantuve así, abrazándola, acariciándola y susurrando lo bella que era.

Le quité el antifaz, ella volteó y con algunas lágrimas en los ojos me dio un beso, largo y lento, un beso de novela.

Así nos quedamos hasta que nuestros cuerpos controlaron su agitación. La dejé descansar un poco más y le propuse ir a darnos un duchazo.

—Esa inyección me dolió —me dijo bromeando, haciendo un puchero.

—Ya te acostumbrarás —le contesté sonriendo.

—¿Me porté bien?

—Lo hiciste de maravilla, toma tu estrellita —le dije, simulando que le ponía algo en la frente, ella sonrió encantada.

Nos duchamos juntos, con agua tibia mientras una vela aromática iluminaba el ambiente. Nadie nos apuraba. La enjaboné con ternura, ella me consintió con caricias. Nos secamos y, lejos de dormir de inmediato, permanecimos charlando, cada uno contando sus planes futuros. Cayendo en la cuenta que nuestra aventura tal vez no podría prosperar mucho. Ella aún tenía asuntos que atender, y yo tenía a Danielita.

Pasé el resto de la noche con ella, dialogamos hasta que, abrazándonos, nos quedamos dormimos profundamente. El domingo me despertó con un beso y algunas cosquillas. Le preparé un rico desayuno. Durante la noche descubrí que roncaba y bromeamos con ello, resulta que por eso se había operado la naricita. La consentí cuanto pude, pues viajaba temprano y su trabajo la esperaba.

Decidí acompañarla al terminal de donde salían los buses. Observé que el vehículo en el que se subiría se veía maltrecho, pero era el único que se dirigía a la zona rural en la que trabajaba, así que no había opción.

—Cuídese profe, y no haga llorar a mi amiga.

—Prometo cuidarla, pero te aseguro que te extrañaré.

—Lo llamaré de vez en cuando ¿sí?

—Cuando quieras, las veces que quieras chinita de mi corazón.

—¿Ahora somos mejores amigos?

—Eso y más.

La abracé y le deseé suerte. Vi partir el bus, permaneciendo por buen tiempo allí parado, preguntándome si las cosas irían a mejor en mi vida. Hasta ahora todo indicaba que aún me esperaba un futuro prometedor, pero cierta sensación de tristeza permanecía en el ambiente.

Cuando retorné a mi departamento me sentí desganado. Hice mis deberes y cosas rutinarias. Al día siguiente me encaminé temprano a la universidad, con buen ánimo ante la perspectiva de ver a Daniela, sin tener idea del enorme problema que estaba por venir.

CAPÍTULO IV
EXTRAÑO DOLOR

La semana que continuó fue espectacular, si bien es cierto, Daniela intentaba ignorarme en clases, de vez en cuando la encontraba mirándome, con una media sonrisa en la cara, que cualquiera pasaría por alto, pero cuyo significado yo entendía a la perfección. Mi ánimo en general, mi desempeño y calidad de vida había mejorado mucho gracias a ella, a su influencia, a su amor.

¿Era eso amor? Aún, pese a todo, reservaba ciertas dudas. La realidad es que yo era su "otra pareja", y no me atrevía a abordar el tema con mi pequeño bombón por temor a malograr lo que hasta ese entonces teníamos.

El primer anuncio de su próxima visita lo recibí en una nota adjunta a un examen que me devolvió. Fue difícil notarlo debido a que, cuando me entregó el examen con el recado oculto, Daniela había mantenido su inexpresiva forma de ser conmigo, no llegando a brindarme pista alguna. Por lo que recién me percaté del pequeño papel asegurado con un clip días después mientras trabajaba en la sala de docentes. La pequeña hojita decía:

"El jueves por la noche". ¡Eso era mañana! Salté de la alegría, recibiendo algunas miradas curiosas de mis colegas presentes. Por mucho que nos ignorásemos en clase, sabía que en secreto ansiábamos el momento adecuado para volver a estar juntos.

Pensé en preparar algo especial, sin lograr decidirme por un plan en específico. No sabía si Daniela pensaba quedarse todo el fin de semana o si solo me visitaría por un breve periodo de tiempo. Tampoco conocía mucho de sus gustos, aparte de lo ya experimentado.

Estuve descansando en una banca del campo deportivo, mientras comía con suma paciencia una empanada y veía el entrenamiento de atletismo (en especial a cierta jovencita), meditando mis pasos a seguir, proponiéndome que arreglaría todo para una larga velada con una cena romántica y algunas velitas. Incluso compraría pétalos de rosa, para ir mandando un mensaje a mi bombón, sintiéndome más motivado que nunca.

Ese positivismo me hizo recorrer los mercados y tiendas especializadas, lugares que desde hace buen tiempo no visitaba, para aprovisionarme de lo necesario con la finalidad de ofrecerle a mi primor una noche inolvidable.

Retorné a casa con grandes bolsas de mercado, desempaqué la comida, puse a marinar la carne, refrigerándola; sonriendo satisfecho al ver que el plan que tenía en mente iba tomando forma.

Al día siguiente fui a dictar mis clases con total normalidad, viendo como Daniela seguía actuando como si yo no existiese. Al estilo de una pequeña y golosa mosca froté mis manos imaginando lo mucho que gozaría de la miel que ella representaba.

Salí antes de la hora, arriesgándome a ser pillado por la rectora,

sintiéndome un niño travieso que escapa del colegio por cumplir un capricho de amor, abandonando rápidamente el campus universitario, recordando que en casa aún tenía mucho por hacer.

Ya en el departamento puse manos a la obra. Saqué de la nevera la carne marinada. Era un corte alto de panceta muy agradable a la vista, con pequeños huesos cartilaginosos. Doré en un sartén caliente la parte exterior, embadurnándola con hierbas en tanto la acomodaba junto a unas pequeñas patatas en una asadera, cubriéndola con papel aluminio, introduciendo todo en el horno para que terminase de cocerse en sus propios jugos. Con tan solo el olor se me abrió el apetito, sonriendo complacido. Por otra parte, hice hervir brócoli, lo necesario para suavizarlo, salpimentándolo en un bol de vidrio, agregándole mango picado, con el toque justo de mayonesa.

Reproduje música blues a bajo volumen, en tanto disponía las velas en forma circular en el tablero de la mesa. Repartí pétalos de rosa de forma armoniosa, echando unos cuantos también sobre la cama. Mi verga estaba palpitando bajo mi pantalón. Ansiaba la llegada de Danielita, deseaba ver su cara sorprendida, y que todo mi esfuerzo fuese de su agrado.

Finalmente descorché un vino dulce a fin de airearlo. Me había costado un buen dinerito, pero consentir a mi pareja lo valía. En eso me encontraba cuando sonó el timbre.

—¿Sí? —pregunté por el intercomunicador.

—Soy yo —respondió Daniela.

—¿Quién es yo? —pregunté sonriendo.

—¡Su estudiante favorita! ¡A la que no deja de observar! —dijo casi gritando. Abrí la puerta de inmediato. Ella subió las escaleras casi corriendo

y llegó al departamento en un instante.

Abrí poco la puerta con la intención de hacerla pasar a ciegas, pero ella la empujó y de inmediato me besó.

Mentiría si dijese que quise resistirme. Nos fundimos en un apasionado beso, jugando y danzando lengua con lengua, en tanto nuestras inquietas manos exploraban el cuerpo del otro. Ella llevaba puesta una falda de jean, ceñida al cuerpo, junto a un polo rosado con el dibujo de un unicornio de caricatura. Yo, al estar preparando la cena romántica me había remangado la camisa, también llevaba un pantalón de vestir de color oscuro y unos zapatos formales. Pero eso ya no importaba.

Daniela me abrió la camisa y besó mi pecho, yo tiré de los botones de su falda, soltándolos uno a uno, liberando sus poderosas piernas, acariciando con las palmas sus glúteos, percatándome que vestía una tanga diminuta que se le ocultaba entre las nalgas.

Sentí como me mordía el pecho mientras que desabrochaba mi correa y abría mi pantalón, tomando entre sus manos mi verga, apretándola con todas sus fuerzas.

—¿Me extrañaste? —preguntó ella, mostrándome los dientes, mientras intentaba estrujar mi pito con sus manitos.

—Cada instante —le contesté—, ¿y tú?

—Los extrañé a los dos —dijo, mientras me miraba y luego enfocaba su vista en mi falo, agachándose y empezando a mamarlo.

Lo hacía con rudeza, apurada, ensalivando e introduciéndose mi pinga mientras movía con frentismo la piel. Por mi parte le masajeaba la cabeza. Retrocedí un paso para que inclinase la espalda y pudiese ver la

perfecta forma de un corazón formado por sus nalgas, partido por la tanga de encaje negro que vestía. Sentí que me mordía, contagiándome de su rudeza. La tomé del cabello para forzar su boquita a recibirme hasta sus límites, dándole un mete y saca que la dejó sin respiración, quitándosela cuando vi que empezaba a lagrimear. Ella tomó mi verga con ambas manos, dándose golpes en la cara.

—Hazme tuya—me ordenó, y no necesité más.

La tomé del brazo e hice pararse, giré su cuerpo, conduciéndola hacia la pared, donde obediente apoyó sus manos e inclinó la colita. Cogí su cintura, le hice a un costado la tanga y encajé la cabeza de mi verga en la entrada de su vagina. Todo ello mientras yo vestía mi camisa abierta y mi pantalón a medio bajar, y ella se mantenía con su polo y tanga puestos. Así, manteniéndola contra la pared, hundí mi falo entre sus nalgas penetrándola.

Fue glorioso. Sentí como le introduje centímetro a centímetro mi verga hasta que sus nalgas chocaron con mi cadera, dejándola parada de puntitas. Sus manos se contrajeron, como si arañase la pared, en tanto abría la boca extasiada, logrando ver sus expresiones a detalle por tener ella la cabeza girada hacia un costado.

Flexioné mis piernas y salí lo necesario para volvérsela a meter, penetrándola con fuerza, haciendo que sus glúteos se alzasen, quedando presionada contra la pared, apoyándose apenas en los dedos de sus pies.

Repetí el proceso, cogiéndola de la cintura, embistiendo con fuerza, sintiendo la humedad de su interior, subiendo mis manos a su vientre, que se marcaba duro y tenso, pese a estar estirado, forzándose a sentir cada caricia que le brindaba. Alcé su polo para llegar a sus pechos, apartando el brasier, masajeando su ligera redondez tirando de sus pezones hasta hacerla gritar.

Todo ello en tanto seguía aplaudiendo mi cadera con sus prominentes nalgas.

—¡Si! ¡Vamos! —me incitaba a penetrarla más duro.

Ella dispuso más su cintura, ofreciéndome su bello trasero, aumenté el ritmo, haciendo que en ocasiones perdiese el equilibrio y quedase suspendida en el aire, en unos embates brutales que la llevaban a salivar de locura y excitación. Así, mientras mi bombón no tocaba el piso, solo apoyada por mi falo introducido en lo profundo de su cuerpo, se retorció, cruzó las piernas e hizo fuerza con cada músculo, llegando a la cúspide de las sensaciones con el orgasmo. Sin liberarme, pues sus nalgas atraparon mi verga dentro de ella, que movió la cintura, contorsionándose por la electricidad que recorría su cuerpo, haciendo que de forma inevitable me corriese como un semental, dándole un último arrimón con todo mi vigor contra la pared, dejándola sin aire en el proceso, en tanto mi falo se hinchaba, liberando chorros de leche caliente para el placer de mi pequeña traviesa.

—¡Oh si! ¡Uf! Necesitaba sentirme así de bien profe —dijo, controlando paulatinamente su respiración, en tanto yo la hacía bajar hasta que volvió a quedar de pie. Estuvimos abrazados por un breve periodo de tiempo, con ella aun mirando la pared, mientras que yo le acariciaba la espalda, sin haber salido de ella.

—Profe présteme su baño —Dijo Daniela, volteando para darme un beso, sacando mi falo de su interior.

—Claro —le dije—, vamos juntos.

Caminamos al baño, entrando a la ducha donde nos bañamos juntos, comentando cosas sin sentido. Ella no había notado los preparativos para la velada, así que aún podía sorprenderla. Atribuí el efusivo saludo y posterior encuentro íntimo a que no habíamos tenido la oportunidad de estar solos.

Cuando la sequé, pues me ofrecí a consentirla, ella salió de la ducha vistiéndose con rapidez.

—Bueno lo veré la próxima semana, o tal vez antes —me dijo, guiñando su ojo.

—Espera, te quiero dar una sorpresa.

—Oh, que tierno, pero lo siento profe, estoy apurada, quedé con una amiga y aproveché el vacío para visitarlo, lamentablemente no puedo demorar más, o sería sospechoso.

—Pero… por lo menos quédate a cenar —sugerí, sonando algo desesperado, viendo como ella terminaba de arreglar su cabello y se aproximaba a la puerta. Lo que me hizo acomodar la toalla en la cintura y salir tras ella.

—Recuerde "guardar las apariencias" —sugirió, dándome un beso que me dejó en silencio.

—Pero falta… —no pude terminar la frase pues me interrumpió.

—¡Verdad! —dijo agachándose frente a mí, abriendo la toalla y besándome la verga, dándose un par de golpecitos cariñosos con ella en cada mejilla—. Casi olvidaba nuestro ritual secreto. ¡Cuídese! —abrió la puerta riendo y sin más se marchó, dejándome viendo su sombra alejarse por los escalones. Quedándome solo, semidesnudo y con la verga nuevamente erecta.

Cerré la puerta, sin terminar de asimilar el desenlace de nuestro encuentro. Había sido rápido, salvaje, sexual. Pero no se terminó desarrollando como me hubiese gustado que fuese. No charlamos, ni compartimos experiencias, ni conocimos más el uno del otro. Tan solo

intercambiamos fluidos y pasión.

Cabizbajo me senté en el sillón de la sala. Continuaba vistiendo únicamente la toalla húmeda, pero no me importaba. Una extraña sensación de derrota se había apoderado de mi ser.

—¡El puerco! —grité, saltando y corriendo a apagar el horno, que ya desprendía cierto olor a quemado. Entre los besos y las caricias había olvidado que seguía preparando la cena. Por suerte la panceta solo se quemó de forma superficial. Cuanto menos aquel fin de semana tendría comida de sobra.

De esa forma ocurrían nuestros encuentros, Daniela llegaba derrochando sensualidad y pasión, dejándose llevar por la lujuria, para inmediatamente marcharse, acrecentando el vacío que asolaba mi alma.

Un día entre semana anunció que me visitaría. Se apareció al amparo de la oscuridad, vestida de negro, como una ninja, y una muy sensual, por cierto. Al recibir el mensaje me emocioné ante la idea de poder dedicarle tiempo a solas. Preparé una nueva cena romántica, reutilizando las velitas y abriendo otra botella de buen vino, pensando que esta vez sí podría charlar con ella, buscando conocerla mejor. Pero la escena se repitió, me besó y olvidé todo el asunto de alimentarla, por lo menos de alimentarla con comida normal.

Era innegable la química que había entre nosotros. Los encuentros eran muy apasionados, en lo físico me sentía genial. Ella me sacaba el jugo, bromeaba conmigo y cuando quería ahondar en su vida se marchaba, sin darme tiempo para ir más allá. Quedándome solo, con deseos de conocerla mejor, de saber más de ella.

La escena se repitió en más ocasiones. Recibía su visita, ella iba

directo a lo que quería, yo correspondía con fuerza y pasión, disfrutaba con su llegada tanto como sufría con su partida, sin decidirme entre si estaba siendo utilizado, o bendecido.

Tampoco pude explorar su colita, ni bien la tocaba con mi pulgar ella cerraba sus nalguitas con bastante fuerza. En un encuentro, mientras la montaba duro, le pregunté si se animaría a hacerlo por ahí, me contestó mientras gemía:

—Eso será para alguien especial —dándome a entender de que yo no lo era. Por mi parte me limité a nalguearla y seguirla montando.

Mi lado macho me decía: «¡Follar sin compromiso es lo mejor!», y me lo repetía, a sabiendas que disfrutaba esos encuentros lujuriosos, intentando negar el vacío que alimentaba el sentir que no la enamoraba.

Una noche se apareció de la nada, me llamó y la hice entrar. Vestía de forma normal, un jean ajustado y un polo con dibujos, pero se veía triste.

—Hola profe.

—Hola bebé ¿y esa carita? ¿qué pasó?

—Nada, pasaba por aquí y pensé en molestarlo.

—Sabes que no me molestas.

—Es un decir, bueno mejor ya me voy.

—Quédate un rato —le dije— ¿Podemos cenar algo?

La vi dudando, ella no había llegado por casualidad, y tampoco parecía estar deseosa de intimidad, pero no confiaba en mí para compartir sus ideas. Que a esas alturas no abriese sus sentimientos conmigo me

frustraba. Pensando en la mejor manera de abordar la conversación recordé una enseñanza:

"Un problema puedes contar, si una conversación quieres montar"

Lo puse en práctica sin llegar a recordar dónde la había escuchado, aunque la recreé en mi mente con la voz de cierto enanito verde muy sabio.

—Pues ya que estás aquí me gustaría que escuches un problema que tengo, a ver si me recomiendas alguna solución —le dije, y el cambio de rumbo de la conversación apreció agradarle.

—Claro profe, dígame.

—Llevo bastante tiempo pensando. Extraño el mar y la tranquilidad de un lugar menos poblado que esta ciudad. Mis abuelos me criaron en una ciudad costera en la que heredé una casita que hace mucho no visito ¿Crees que debería dejar todo, renunciar y mudarme? —pregunté. Ella abrió mucho los ojos, y pareció dolida. Por su reacción entendí que al final algún sentimiento debía de sentir por mí.

—¿Sus abuelos lo criaron? ¿Y sus padres? —desvió el tema de la mudanza.

—Mis padres tuvieron sus diferencias, cada uno hizo su vida y me terminaron dejando con mis abuelos, cosa que en realidad agradezco, pues ellos me dieron lo mejor que podían permitirse, me educaron, me brindaron sustento y sobre todo su amor —Danielita me miraba atenta, dejando translucir la tristeza que crecía en su interior, por lo que continué hablándole—. Como verás todos hemos tenido problemas alguna vez, pero mis abuelitos me criaron bien, aprendí a cocinar y a leer pronto para ayudarlos; me transmitieron sus costumbres, el respeto con el que trato a los

demás, también a procurar una vida tranquila, aunque en eso fallaron un poquito —le dije a modo de broma, eso la hizo sonreír, pues tampoco yo era un santo.

—¿Su abuelita es la que le hacía esas albóndigas que comentó? —me preguntó, haciéndome recordar que les conté ese detalle en el juego de TODITO.

—Si, ella me cocinaba eso. Cuando pruebo ese plato siento que mi corazón se llena de alegría, aunque no es muy común en los restaurantes.

—Ya veo ¿Y quiere irse a vivir con ellos?

—No tienes idea de lo mucho que me gustaría poder hacer eso, pero hace varios años que fallecieron.

—Lo siento —dijo, llevándose las manos a la cara.

—Tranquila, la vida te lleva por rumbos inesperados, y yo soy el que quería contártelo —le puse las manos en los hombros, acercándola más hacia mí, acariciándole la espalda.

—Si eso quiere, a mudarse me refiero, debería hacerlo ¿todos merecemos ser felices no? —me contestó, bajando la mirada.

—Lo que dices es cierto, y te confieso que este departamento me trae muchos recuerdos, algunos muy malos, tiene cierta carga emocional de la que quisiera deshacerme.

Ante mi respuesta levantó la vista. Me miraba con sus grandes ojos oscuros, humedecidos, supe que en cualquier momento se pondría a llorar. Ahora dudaba de mi estrategia de hablar sobre mi probable mudanza, esperando que ella correspondiese confesando sus sentimientos; pero caí en

la cuenta que podría estarla sobrecargando emocionalmente, pues había venido a verme ya con sus problemas, y con mi supuesta partida solo agrandaba su tristeza.

La sensación de que había escogido mal el tema de conversación me puso nervioso. Había algo que quería decirle, y pensé que si no lo hacía en ese momento donde afloraban los sentimientos, podría no tener otra oportunidad para abordar el tema.

—Ya veo, debe recordar muchas cosas, claro por lo de su familia —continuó hablando Danielita.

—Aun así, me resulta difícil mudarme.

—¿Por su trabajo? —dijo, intentando entenderme.

—No, aunque quisiera no podría marcharme. No deseo alejarme de ti, porque estoy enamorado, porque te amo.

—No diga esas cosas —respondió angustiada.

—Escapemos a aquella casita, vivamos nuestros sueños sin que tengas que ocultarte en la noche para verme. Podemos rehacer nuestras vidas. Deja a tu enamorado, él no nos seguirá, no puede ser tan malo.

—Usted no sabe —me dijo— no me puede ayudar — continuó, reflejando una mueca de dolor, alejándose de mi abrazo.

—Pero cuéntame, a lo que sea que te esté ocurriendo le encontraré una solución.

Mejor dejémoslo ahí profe —dijo avanzando hacia la puerta.

—No te vayas.

Vi unas cuantas lágrimas cayendo, quise detenerla, pero se alejó y salió. Escuché como descendía por las escaleras, ya habiéndose perdido de mi vista. No esperaba que reaccionase así, por lo que ingresé al departamento, tomé mis llaves y bajé tras ella, pero gracias a su perfecto estado físico se esfumó corriendo por la calle sin que pudiera yo ubicarla.

Me sentí muy estúpido, definitivamente hay ocasiones en las que, aunque nos esforcemos en mejorar las cosas, solo las terminamos empeorando.

Cuestioné mucho la manera en la que afronté su visita, en mi desesperación por decirle mis sentimientos la presioné demasiado y no pude saber el motivo de su tristeza ni lograr una respuesta a mi declaración de amor.

Perturbado deambulé por la cercanía, con la ligera esperanza de verla volver, más tranquila, o, en una escena ficticia y poco probable, me la imaginé regresar a mis brazos, confesándome que también me amaba.

Nada de eso ocurrió.

Una ráfaga de aire frío me hizo reflexionar. Decidí ir a descansar, proponiéndome que a la primera oportunidad arreglaría las cosas con ella.

Me costó dormir, pero finalmente el amanecer llegó, levantándome con la mejor actitud para enmendar mis errores. Tenía un buen día por vivir y en mi bolsita mágica, aun varios objetos por probar. Me duché con agua fría, tensando los músculos a modo de estiramiento. Me preparé un poco de cereales con frutas, algo ligero pues deseaba bajar un poco la barriga. Cogí todo y salí a un agradable día ¿nublado? El clima estaba algo loco. Cogí el coche y enrumbé hacia mi trabajo. Había poco tráfico, por lo que la ruta hacia la universidad la hice relativamente rápido.

Aquel día no me tocaba clase con Daniela, pero la buscaría por la cafetería o por el campo deportivo. Tenía la necesidad de hacerla sonreír, de escuchar de sus labios que todo estaba bien.

Al llegar a la universidad el vigilante demoró un poco en controlar el acceso de mi vehículo, pero luego lo aparqué sin problemas. Las afueras del centro de estudios bullían de actividad. Jóvenes iban de aquí para allá. Muchos formando grupos bromeaban mientras compartían tareas o simplemente se entretenían antes de dirigirse a clase. Algunos a verme cruzar el campus me saludaron, correspondí el saludo y aproveché para visitar la cafetería. Compré dos cafés con crema, un par de empanadas y caminé sin prisa al salón de docentes. No había tenido oportunidad de charlar con Fiorella, quería bromear con ella y aclararle que lo que había visto hace varias noches (mi bolsa llena de juguetes sexuales) era para ser utilizado en otra persona, no en mí mismo. También agradecerle por la bolsa de pizza, pues sentía que me había traído buena suerte, por lo que aún la conservaba.

El salón de docentes era espacioso, y pocas veces solía estar lleno, cada uno tenía un casillero metálico y un escritorio modular, el mío tenía lo necesario para desarrollar mi trabajo, un tanto escaso de detalles; a mi costado estaba el de Fiorella, que por lo contrario tenía varios objetos, algunos folders y un par de pequeños peluches con adornos, también un diminuto masetero con un cactus al que ella llamaba de cariño "puntitas".

Pensaba invitarle el café y la empanada, pero al no ver a Fiorella opté por dejarlo sobre su escritorio. Quería charlar un rato y tal vez pedirle unos consejos. Gracias a los últimos eventos me sentía de nuevas energías. Quería cuidarme, hacer ejercicio, divertirme y conocer cosas nuevas. Al margen del desliz con mi exesposa, mi vida iba cuesta arriba.

De pronto llegó un mensaje de texto a mi celular, era de Fiorella, un

texto breve:

«Dirás que ella se te acercó a contarte que yo tenía mi blusa manchada, solo eso»

Me quedé mirando el celular, muy confundido. Esperé un momento para ver si recibía otro mensaje con la continuación, pues no entendía el texto. Llevé mis manos al móvil para escribirle una respuesta, pero la puerta del salón de docentes se abrió dando un azote y una voz de ultratumba me llamó por mi nombre.

Era la decana de la facultad de derecho, que en ese momento ingresaba como un huracán, aproximándose a mi escritorio. Vestía un elegante conjunto hecho a la medida, de tela fina y oscura. Ella era una mujer de edad avanzada, nervuda y con los ojos más intimidantes e inteligentes que había conocido. Pese a mis esfuerzos, ella era también alguien que me odiaba.

—Señor De la Rosa ¿sería tan amable de venir a mi oficina? —me dijo con un tono frío, como si proviniese del inframundo.

—Decana tengo clase en diez minutos —le contesté, pues deseaba evitar una reunión con ella.

—Venga inmediatamente — ordenó, saliendo sin esperar mi respuesta.

Ella caminaba rápido, cuando salí del salón tuve que apurar el paso para seguirle el ritmo. Yo estaba sumamente preocupado, mi mente bullía de ideas. Esa mujer era, en parte, la responsable de que hubiese ingresado a dictar clases por recomendación de mi exesposa. Esa misma motivación la había convertido en mi inquisidora luego de mi divorcio. Cada detalle, cada desliz, todo, era observado por ella, manteniéndome en constante jaque,

seguramente por encargo de quien me recomendó, a sabiendas que gozaría también al verme privado de mi trabajo de docente.

La oficina de la decana era amplia, contaba con una antesala y unos pequeños sillones en los que encontré sentadas a Daniela y a Fiorella, ambas con cara muy seria. Daniela vestía un polo ceñido color azul, que marcaba muy bien sus curvas, con un pantalón blanco también ceñido, se le veía como siempre, espectacular; pero su vista estaba perdida; por otro lado, Fiorella tenía su típica blusa blanca que amenazaba con reventar, con un pantalón de vestir plomo. Se le veía elegante, con ella intercambié miradas y reconocí cierta súplica en sus ojos. Me encontraba desconcertado.

Estando ya todos juntos la decana empezó a hablar.

—Lo que diré es algo serio, y advierto que se adoptarán las medidas disciplinarias que correspondan de acuerdo con el reglamento ético interno. Hablaré con ustedes por separado, y mi testigo será la Dra. Fiorella Bravo —dicho esto hizo una pausa dramática— pase el Dr. De la Rosa con la Dra. Bravo, y usted, señorita Fernández me espera aquí mismo.

Ingresamos a su oficina y la decana se limitó a voltear el monitor de su computador, tecleó un poco y puso en pantalla un video, le dio a reproducir e inmediatamente me reconocí, era una de mis clases, desde el alto ángulo de la cámara me miraba. En la imagen se veía como acomodaba mi material de clases, guardaba mis cosas en el morral y volteaba. Apoyada contra el marco de la puerta, apenas visible había una persona, que yo sabía bien que se trataba de Daniela. Nos acercábamos, charlábamos y, gracias al ángulo de la cámara que apuntaba sobre todo a la pizarra y apenas cubría la parte posterior, parecía que nos acercábamos más de lo necesario. En ese momento ella me había dado un pequeño beso que, por suerte, no llegaba a apreciarse en el ángulo de la cámara.

—¿Puede reconocer a las personas de la imagen? —me dijo mi inquisidora.

—Si, ese soy yo, estoy alistando mi material, y la otra persona que se hace presente es Daniela Fernández, una de mis estudiantes y que ahora está sentada fuera de esta oficina —intenté sonar despreocupado.

—Y ¿puede usted decirme qué hace usted con ella cuando se le acerca de esta manera?

—Solo hablamos.

—Veo que hablan muy juntos, tal vez demasiado.

—Entonces encajé lo que Fiorella me quiso decir el mensaje de texto de hace unos momentos.

—Me quería decir algo bochornoso, eso es todo.

—¿Qué cosa era eso que le quería decir?

—Me contó que a la Dra. Bravo se le había manchado su blusa, me pidió que se lo dijera, al parecer a ella le daba vergüenza.

La decana se quedó quieta, como ordenando sus ideas.

—¿Sabe que mantener una relación afectiva con un o una estudiante está prohibido?

—Lo sé, y no tiene por qué preocuparse por ello, además levantar falsas acusaciones o intimidar al personal también afecta derechos fundamentales. Lo que encuentro más indignante es que este interrogatorio se esté practicando sin habérseme explicado antes los motivos, sin permitirme defenderme.

La decana sonrió en demasía, era una imagen tétrica.

—Pero Doctor… esto solo es un conversatorio… ¿alguien lo ha acusado de algo? Oh, que mal entendido. Por favor diríjase a su clase, no lo interrumpo más —terminó, manteniendo su mueca de malicia.

Me levanté y salí de la oficina, le lancé una rápida mirada a Daniela, guiñándole un ojo, esperaba que la bruja no la intimidase demasiado. Cogí mis cosas y me dirigí al salón, dicté mis clases sin mayor problema, cuando ya terminaba la jordana retorné al salón de docentes, y encontré a Fiorella allí sentada, había otros docentes ocupados en sus deberes, así que ingresé en silencio rumbo a mi escritorio.

—Antes de que me digas nada quiero que cojas tus cosas y me esperes en el restaurante de las lágrimas —me dijo casi en susurros, mientras tecleaba en su laptop, pareciendo ocupada.

Me dirigí a mi casillero, tomé mis cosas y me entretuve para hacer pasar el tiempo. El café con la empanada que le había dejado en el escritorio seguían intactos. Salí del salón intentando parecer despreocupado, caminé lento, no había visto a Daniela y me apenaba que, sin buscarlo, nos hubiésemos metido en ese tipo de problemas.

El restaurante de las lágrimas era un pequeño restorán donde servían almuerzos a buen precio. No estaba cerca de la universidad, pero la agradable comida a bajo costo valía el esfuerzo de ir hasta ese lejano local. Con Fiorella lo llamábamos así pues cuando ambos tuvimos problemas coincidimos en el lugar, y por alguna razón confiamos nuestras penas y amarguras, derramando algunas lágrimas en esas largas conversaciones.

Llegué allí con mi auto, busqué una mesa distante y la ocupé, pidiendo algo de comer y beber. Esperé por casi media hora, sin poder poner

mi mente en orden, pensando en qué otro trabajo podría conseguir, y en las pésimas referencias que daría de mí el haberme metido con mi estudiante. Por fin el sonido de tacones y la aparición en la puerta de Fiorella me aceleró el corazón. Ella saludó con amabilidad al personal de servicio y se acercó a la mesa, dando miradas cautelosas alrededor.

—Pues admito que me equivoqué, no eres gay después de todo —me dijo a modo de saludo.

—¿Qué pasó con la decana? —le pregunté, sin ocultar mi preocupación.

—Tranquilo, no se tragó el cuento de mi blusa, pero por lo menos no tiene algo sólido para acusarte, tu "querida" estudiante hizo bien su papel, hasta te imitó indignándose —dijo.

—Ya veo, gracias por el mensaje, pensaste rápido en una solución.

—Carlos no estás viendo todo el panorama, no me gusta meterme en problemas de este tipo, ¿has estado con cara de enamorado por "esa" chica? ¿Sabes que no está bien?

Lo pensé un momento, era cierto que no estaba bien, y sí, estaba enamorado; ilusionado cuanto menos. Esa joven me había sacado de mi pozo de autocompasión.

—Has acertado, no estoy seguro de si estoy enamorado, pero sí sé que ando encaprichado, confundido; no sé bien cómo explicarlo.

—Imagino que ya te la cogiste, no te culpo, pero tampoco lo justifico. ¿Lo que compraste ese sábado era para ella?

—Si, pero también para otra dama —le confesé la verdad, no quería

mentirle a mi amiga.

Me miró por un buen rato, llegó su comida y ella la empezó a consumir en silencio, manteniendo la mirada en su plato. Mientras ella comía me dediqué a observarla, era una bella mujer, su cara era redondita, bien proporcionada, sus largas pestañas acentuaban los ojos tristones que ahora parecían perdidos en decidir si lo que había hecho estaba bien o mal. Su boca pequeña tenía el labio superior un poco más grande que el inferior, lo que le daba cierto aire de ser una gata relamiéndose. Tenía una forma lenta de llevar el tenedor a su boca, abrirla, envolver el cubierto y luego dejarlo limpio, en una cadencia hipnotizante que no podía dejar de mirar. Todo lo que Fiorella hacía, lo hacía bien, con calma, con mucha sensualidad.

Su pálida piel tenía el tono necesario de color para que pareciese siempre maquillada con rubor. Un fino cuello conectaba con hombros cansados por el peso de su enorme busto. Aún daba de lactar a su bebé, por lo que, llenos de leche, sus senos abarcaban por completo su blusa blanca, cuyos botones podrían dejarse vencer en cualquier momento. Ella era un tanto bajita, sus piernas parecían delgadas, y su trasero lo justo para llenar el pantalón, sin forzarlo. Era como si la mayor parte de sus curvas estuviesen en sus pechos. Grandes y jugosos pechos. Bellos y redondos pechos…

—Ahora uso unos absorbentes, para evitar volver a derramar… ya sabes… —dijo ella, antes de tomar otro bocado.

El comentario me sacó de mi ensoñación, ahora ella daba el último bocado de su comida y me miraba con determinación.

—Es una sabia decisión —le dije.

—También deberías decidir mejor tu manera de actuar.

—Lo siento, nuevamente.

—Ya me tengo que ir, por ahora ten cuidado Carlos, te aseguro que la decana te estará vigilando. Pensaré en alguna forma de que me pagues el favor —me dijo, guiñándome un ojo, quitándole algo de tensión al momento.

—Lo sé, y gracias por tu amistad.

Ella levantó la mano a modo de despedida y salió del local. Opté por quedarme unos minutos más. Aunque tuviese que tener cuidado quería estar seguro de que Daniela estaba bien, pues la bruja la podría haberla asustado.

Saqué el móvil y le marqué, algo que ella me había dicho que solo hiciese en emergencias, y consideré que esta era una emergencia. Pero ni bien timbró un par de veces ella colgó. Llevé el dedo nuevamente a la opción para volver a marcar, pero antes de presionar la pantalla me detuve y bajé la mano. Era probable que estuviese ocupada.

Caminé dando vueltas, retorné con calma a mi depa, me cambié por prendas cómodas e intenté distraerme, sin mucho resultado.

Esperé casi una hora, que se me hizo eterna, y volví a llamar, contando cada timbrada, sin obtener respuesta. Aunque afuera ya empezaba a oscurecer yo aún no encendía ninguna luz en el departamento, seguía sentado viendo el cielo entre la penumbra, reprochándome mis torpezas, entonces una llamada entró ¡y era Danielita!

—Hola Danielita, quería preguntarte ¿cómo estás?

—Profe la decana me habló mucho y en realidad me hizo reflexionar, creo que lo mejor sería que nos dejásemos de ver.

—No lo dices enserio.

—Usted ya es maduro como para mí, tiene su edad, también está el tema de que es divorciado. Si lo he ilusionado me disculpo, pero mejor dejarlo así, que quede como un grato recuerdo.

—Hace poco te confesé que me he enamorado —le dije, aún con esperanza.

—Pensé que usted era más inteligente, lo que tuvimos fue por puro placer, nada más. No sea sentimental, estuvo bueno y ya. No quiero meterme en problemas. Hablarle de esta forma me hace sentir que lo he utilizado, cuando ambos hemos gozado.

Sentí el nacimiento de una grieta en mi alma, un resquebrajamiento por algo que sabía que podía pasar, pero que no quería aceptar.

—Yo no dudaría en meterme en problemas por ti, te digo con sinceridad que esperaba llegar a ser alguien especial en tu vida.

—Profe no se confunda, tengo novio, y soy bonita, sé que hombres no me van a faltar.

—No lo dudo, es solo que yo quería…

—Profe no somos niños, usted bien que quería tener intimidad conmigo, yo también lo disfruté, y punto, ya pasó. No podemos seguir así. Donde sea que esté se aparece como una mosca dando vueltas a mi alrededor.

—Sería más bien una abeja, buscando tu miel.

—Basta, deje de hablar tonterías.

—Si me das la oportunidad… —pero no me dejó terminar la frase.

—Todo ha sido un error, un tonto y viejo error. No le volveré a

hablar, le pido que no me moleste más—dijo todo muy rápido, y luego colgó.

Ella tenía razón. Tenía razón en casi todo, menos en una parte. Un enamoramiento así no podía ser un error, o eso quería creer yo. Aún no oscurecía del todo, sentí que mis ojos ardían, tenía que distraer la mente, hacer algo, tal vez beber algo, lo que sea.

Caminé a la nevera y saqué hielo, lo puse en un vaso y me serví whisky, pero lo aparté de un manotazo, necesitaba cambiar de panorama, oxigenarme.

Cuando no tienes con quién hablar, y la mente bulle de ideas deprimentes, lo mejor es salir a caminar por algún lugar tranquilo, sin rumbo, sin objetivo, siendo un mero espectador del resto del mundo. Así tal vez haría entender a mi dolido corazón que el protagonista de esta película llamada vida era, nada más y nada menos que yo mismo. Y eso hice, tomé mi billetera y salí del departamento.

Caminé por un par de horas, vi árboles y gente pasar, cada uno con su historia, con sus dilemas. Aún con los consejos que mi mente brindaba a mi corazón, no encontraba la paz que ansiaba, ni un sendero que recorrer. Sin saber cómo continuar mi día a día, sin conocer el siguiente paso a seguir para dejar mi aflicción atrás. ¿Qué es lo que quería? ¿Qué es lo que debía hacer? Dejar de molestar a Daniela era una opción. Tal vez la más lógica, pero de solo pensarlo me sentía muy afligido en mi interior, en un grito de agonía por renunciar a mi nuevo y preciado amor.

¿Era acaso un tipo obsesionado? No lo creía, mi intención no era controlar su vida, ni mucho menos; solo deseaba verla feliz. Llámenme anticuado, pero aspiraba a ser su caballero de brillante armadura, salvándola de los peligros, ayudándola en las dificultades, amándola siempre.

El caballero tal vez tenía la armadura oxidada, y venía ya herido de anteriores batallas, pero daría lo mejor de sí mismo para romper murallas, derribar tabúes, derrotando a la rectora-dragón, honrando su promesa y juramento para ganarse nuevamente su corazón. Solo así recuperaría a su sensual, diabólica y a la vez angelical princesita.

De tanto andar pensando casi choqué con un árbol, llegando a darme un golpe en la frente. En ese instante una melodía llamó mi atención. Parado en una esquina del parque un joven tocaba una quena con bastante habilidad, colgado del cuello, asegurado con una correa de cuero, llevaba un charango, soltando la quena para ponerse a cantar mientras rasgaba las cuerdas generando una tonada digna de admiración. Pese a sus notables habilidades, la gente, indiferente en todo momento, pasaba alrededor sin apreciar su arte.

Tocaba sus instrumentos con energía, transmitiéndome de alguna forma su alegría, su esperanza. Allí permanecí parado, sintiendo la necesidad de escuchar la canción que él interpretaba. Era una bella composición. Hablaba de un tipo al que apodaban jilguero, que daba consejos de amor a una joven muy caprichosa. Fue como entrar en trance, recreando la historia de la melodía. En mi mente veía a Danielita, diciéndome mis verdades, asegurando que yo no era el indicado para ella, afirmando que era bella y que no tendría dificultad en encontrar un nuevo amor.

De saber cómo hacerlo, me hubiese puesto a danzar. Necesitaba desahogar mi pena, sentía que esa letra había sido escrita para mí. La canción me incitaba a no perder la esperanza. El artista al verme interesado continuó con su interpretación.

Finalizó la letra, recomendándole a la mujer que no jugara nunca con el amor…

Mi amor no era algo que debía ser tomado a la ligera. Si bien es cierto que nuestra relación inició por atracción física, en el tiempo que había ido conociendo a Daniela comprendí que era una joven muy tierna y sensible. Pese a que ella se mostraba recelosa de compartir conmigo detalles de su vida, el solo hecho de tenerla cerca me alegraba el alma. Sin poder explicar el porqué, acepté que me había enamorado de ella.

Esa extraña fuerza movida por el amor tiene varios matices, y distintas formas de ser enfocado. La cantidad de sentimientos que lleva de trasfondo estar enamorado puede hacerte la mejor persona, trabajar feliz, comprender errores, sobreponerse a dificultades; o puede llevarte a la perdición.

El joven cantante, luego de terminar de tocar la canción, miró el pequeño maletín de su charango que yacía en el suelo a modo de depósito para las monedas que le brindasen los transeúntes por su maestría en la música. Estaba prácticamente vacío, solo unas cuantas monedas tintineaban en el fondo del maletín. Y la vida era así, muchas veces injusta.

Empuñé los billetes que tenía destinados para desahogarme en el alcohol por mi mal de amores, avancé unos pasos y los deposité para que el artista les dé un mejor uso. Este se agachó y tomó el dinero, levantándose con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Muchas gracias! —me dijo.

—No, gracias a ti —contesté, marchándome a casa, pues ya había decidido qué hacer.

Definitivamente lucharía por su amor.

CAPÍTULO V
SOÑAR

Decir algo, no es tan fácil como hacerlo. Sobre todo, si lo último que te dijeron es "no me moleste más". Podía interpretar aquella frase de varias maneras, pero lo más probable, por el contexto de la conversación, era que Danielita deseaba terminar nuestra informal relación. Por extraño que sonase, yo daba por sentado que ya había algo palpable entre nosotros.

De rato en rato me daban arranques de cólera. Yo no me había acercado a ella en un inicio, estaba tan hundido en el alcohol y en la autocompasión que pasaba mis días sin mayores emociones ni problemas. Hasta que la conocí, y volví a soñar, a entender lo bella que es la vida. Tampoco era justo que me enojase con ella, dentro de mis malas decisiones la había asustado. Aún no podía dar todo por perdido, tampoco quería creer que sus crudas palabras eran lo que realmente sentía.

Pese a que volví a llamar, ella no contestó el celular. Intentar contactarme con ella y hablar en la universidad estaba descartado gracias a la decana, tampoco conocía su domicilio, ni por dónde frecuentaba, además de

mi departamento. Realmente no conocía mucho de ella, entonces ¿por qué me había enamorado así? Tal vez era solo yo que, habiendo estado perdido, intentaba aferrarme a ella para no volver a caer en depresión.

Por mi cabeza pasó la idea de que me estaba comportando como un tipo egoísta, pero eso no se aplicaba a la realidad. El desear amarla, soñando con hacerla sonreír y verla feliz, mientras lográbamos tener una vida juntos ¿eso podía considerarse egoísta? La atracción iba más allá de lo físico, pues todo de ella me encantaba, desde el ánimo que emanaba, también su forma de comportarse, de dormir. Ojalá mi pequeña lo entendiese.

Me mantuve a oscuras, parado frente a mi ventana, observando el mundo, preguntándome cuál sería la forma adecuada de hacer llegar un mensaje de reconciliación sin levantar sospechas, y a su vez, conmoviendo el corazoncito de mi bombón.

Hacer una canción y grabarla sonaba muy romántico, pero era una idea absurda, pues era tan bueno en el canto como diestro en el baile. Un video romántico no me parecía adecuado, además, hacérselo llegar era un tanto complicado. Utilizar redes sociales o los celulares estaba descartado. Caí en la cuenta de que tampoco teníamos fotos juntos. Removí algunos objetos del pequeño escritorio que tenía en una esquina del dormitorio, encontrando dentro del desorden una antigua pluma para tinta ¡Esa era la solución! En mi juventud me había demostrado ser un poeta decente, llegando a ganar algunos certámenes escolares y locales.

Sentí una fresca brisa nocturna que, como señal divina, me dijo "eso harás". Así que, sin que se enfriase la idea, me senté a escribir un poema para mi bombón.

Escribí lo mejor que pude, quitándole un poco de óxido a mis

habilidades. Leí en voz alta. No era perfecto, pero pareció bueno. Era mi creación, con mis detalles y errores, siendo de momento lo mejor que podía ofrecer.

Pese a no estar convencido del todo lo transcribí en una hoja de papel color celeste muy llamativo, que guardaba para mensajes motivacionales, tarjetas de invitación o para utilizarlo en ocasiones especiales (como esta). Rasgué con la pluma el papel, viendo que dejaba trazos entrecortados por tener seca la tinta, además de ello la falta de práctica había entorpecido mi letra. Volví a empezar en otra hoja, sintiendo que no había armonía, descartándola para tomar otro papel. El tercer intento salió mucho mejor, la letra era simétrica, tenía trazos inmaculados, dando un aspecto más presentable y trabajado. Quise agregarle un detalle que me identificase. No necesité pensar mucho pues un recuerdo de mi juventud me dio la respuesta. Caminé a mi cuarto y saqué el perfume que normalmente usaba (el que Daniela identificaría como mío). Rocié el papel con el líquido perfumado, quedando por fin satisfecho. El tiempo había pasado volando, solo me quedaban unas horas de sueño, por lo que me fui a descansar, seguro de que mi cartita de amor sería la que me otorgaría la oportunidad de resarcir mis errores.

Luché en mi cama por conciliar el sueño, sin llegar a conseguirlo; por lo contrario, mantenía cerca la almohada que ella solía utilizar, y que, pese a los días transcurridos, aún conservaba su fragancia. Quizás no había olor alguno y todo era obra de mi imaginación, como parte de una broma cruel por la tristeza que aún sentía. En algún momento, sin darme cuenta, cerré los ojos. Al abrirlos el sol ya iluminaba todo a su alrededor.

Me levanté agitado ¡Era tarde! Por andar entretenido en escribir mi poema había olvidado programar la alarma. Ese día tenía clases con mi

pequeño Bombón, así que no podía llegar tarde. Caminé a la sala y levanté la hoja que contenía el poema, viendo horrorizado que la tinta se había corrido por el alcohol de la colonia, dándole un aspecto espeluznante.

Las circunstancias estaban en mi contra, era tarde, tenía que alistarme y ponerme presentable, además debía transcribir el poema a un nuevo papel. Decidí irme por una ruta más directa. Saqué mi portátil y digité rápidamente el poema, pues escribía a computadora mucho más rápido de lo que escribía a mano. En un santiamén estaba ya digitado, le di formato y lo mandé a imprimir en el último ejemplar de mis hojas de papel especial.

Me duché y alisté muy rápido, tomé de la nevera un emparedado junto a una botella de jugo y me encaminé a la universidad.

Conduje nervioso, con la esperanza de que volvería a establecer un vínculo para poder reunirme con Danielita. Ahora, con más prudencia, fortalecería mi relación con ella, animándola a permanecer juntos.

Estacioné de forma imprudente saliendo del vehículo a toda velocidad. Llegué prácticamente trotando al pasadizo de la facultad de derecho, ingresando a la sala de docentes para recoger unos exámenes que había dejado la semana anterior. En el interior encontré a un par de colegas, y la infaltable Fiorella, que nada más verme se levantó.

—Carlos quería hablar un instante contigo.

—Hola Fiorella, saliendo hablamos —le dije mientras entraba, recogía los exámenes y volvía a salir.

Ella alzó una mano, pero no llegó a decirme nada, pues ya me estaba retirado del salón.

Cinco minutos tarde entré al salón. Encontré a los jóvenes haciendo

alboroto, lo típico en su edad. Me permití respirar pues no parecía haber sido observado por la decana, dándole una rápida mirada a Daniela que, como en otras ocasiones, se dedicaba a observar sus uñas con total indiferencia mientras permanecía sentada en su pupitre.

—Bien jóvenes, ya llegué, disculpen la tardanza, ocupen sus lugares —dije en tono jovial, dejando que todos se acomodasen.

Hice la clase con esmero, y calculando unos minutos antes de que esta terminase me puse a entregar exámenes. Lo hice un tanto apresurado, debido a que estaba nervioso, pues junto al examen de Daniela entregaría oculta mi hojita con el poema. Cuando la llamé ella se limitó a acercarse, estirar la mano y tomar la hoja. Al sentir la segunda hojita adjunta se detuvo un instante, sin dirigirme la mirada terminó tomando ambas y volvió a su lugar. En todo ese tiempo prácticamente había aguantado la respiración, temiendo que ocurriese una escena, o que rechazase de plano ese papelito, que, tímido y oculto, llevaba mi mensaje de amor y reconciliación hacia ella.

No pude verla revisando el contenido de lo que le entregué pues, al concluir con la entrega de exámenes, varios estudiantes se acercaron a intentar ganarse uno que otro punto exponiendo el por qué sus respuestas no eran incorrectas. Quedé entretenido con ellos, culminando mi horario, dando paso al receso, por lo que poco a poco el salón se fue quedando vacío. Cuando salieron todos me puse de espaldas a la puerta, guardé mis materiales en el morral y volteé sin encontrarla, ni a ella ni a nadie.

Esperé un poco, pero no hubo cambio alguno.

Caminé lentamente hacia la puerta para salir del salón, dando tiempo a que algo ocurriese, pero el resultado fue el mismo. Estaba solo.

Al costado de la puerta del salón de clases había una cesta de basura,

era un tacho con paredes de malla, lo que dejaba traslucir su contenido. Logré percatarme que en ella se encontraba una pequeña y arrugada hoja azulada que llamó mi atención. Me quedé ahí observándola. Agachándome tendí mi mano y la recogí. Por muy malo que fuese mi poema no merecía terminar así.

Consternado, con mi corazón fracturado, negando lo innegable, estiré el pequeño trozo de papel, leyendo en voz baja mi creación:

Un día, de pronto

De entre la bruma tu surgiste

Y me sentí atraído a la luz que emanabas

Como un insecto a una fiera llama

Sin dudarlo te toqué y me quemé

Pero el dolor fue delicioso

Y decir que me volví adicto es poco

Ansió ver nuevamente la luz de tu sonrisa

y ser consumido por ese cuerpo glamuroso

A pesar de tus advertencias

Seguiré el brillo que tú representas

Te cortejaré y acariciaré como ya he hecho

Pues tu desprecio es algo que solo aparentas

Para el amor no hay edad

Las tontas ideas de la sociedad

No deben afectar nuestro sentimiento

Y te aseguro que te soy sincero

cuando te digo te amo, no miento

A un sitio mágico y lejano

escapa junto a este insecto

Para amarte sin contemplaciones

Y quemarme con tu fuego eterno

En un bello final perfecto

Si aceptas mi propuesta

En mi banca sentado estaré

Como siempre de casualidad te encontraré

Abriendo los brazos a un bello futuro

Pues por siempre te amaré

Lo leí un par de veces más, y me sentí tonto por hacer algo tan trivial como eso ¿A quién le gustaría un poema así?

Decepcionado intenté volver a arrugar la hoja, sin finalmente atreverme a hacerlo, por lo contrario, la estiré con cuidado de no romperla, y la guardé entre mis pertenencias. Sería fiel recuerdo de una de mis muchas

derrotas.

Decir que parecía un fantasma era poco. Hice el resto de mis deberes laborales sin sentir otra cosa que no fuese decepción. Saliendo de la facultad me encontré con Fiorella, recordando que algo me quería decir en la mañana.

—Fiorella, disculpa lo de la mañana, estaba llegando tarde ¿qué querías decirme? —Ella me miró, por un momento pareció dudar, finalmente negó con la cabeza.

—Nada, no te preocupes, es algo que ya resolveré.

Cuando te dicen eso, es porque algo le pasa a la persona con quien hablas, pero duda de si podrás ayudarla, resolverlo o entenderla. Mi instinto primario fue insistir, pero el desánimo del momento se impuso. Asentí con el semblante serio y cansino, saliendo del lugar para marcharme a casa, dejándola allí con lo que fuese que le ocurría.

No estuvo bien, pero era toda la empatía que podía ofrecer en ese momento.

Ya habiendo ingresado en mi casa me quité el saco ligero que solía vestir, y me tendí en mi cama, aún con ropa y zapatos. Llevaba en la mano mi poema, volviéndolo a leer. ¿Habría entendido Danielita mi invitación? En el texto le decía que, si aceptaba, la esperaría en la banca del bar, para encontrarla de casualidad como la primera vez que salimos.

«¿Y si había arrugado la hoja para deshacerse de evidencia?» Después de todo teníamos a la temible decana rondando los alrededores. Estaba siendo demasiado negativo, podría incluso haberle gustado mi poemita.

Una luz de esperanza me alumbró, incitándome a moverme. Pensé

en limpiar la casa, luego alistarme e ir a enfrentarme a mi destino.

Puse a reproducir música de Johann Sebastián Bach, en tanto me afeitaba a detalle para luego darme un duchazo revitalizante. Arreglé la casa y bajé a hacer unas compras. Me cambié con un buen pantalón de fino algodón, con la camisa a juego. Saqué unos zapatos que venía guardando para una ocasión especial, terminando de vestirme con la elegancia de un tipo maduro que sabe lo que quiere.

Puse a la nevera otro de mis (ya escasos) vinos dulces y salí a encontrarme con mi bombón, convencido de que ella iría al lugar.

Al cruzar la calle me percaté de que algunas damas, que probablemente salían de su trabajo a esa hora, me regalaban unas cuantas sonrisas. Me sentí halagado, aceptando el detalle como una forma de comprobar que estaba presentable para mi cita.

Cuando llegué al local este estaba vacío. Parecía que yo me había adelantado de más. Igualmente tomé asiento en el lugar que solía ocupar y lancé una rápida mirada a los lados. El barman salió de la cocina, se acercó a recibir mi pedido mientras pulía una copa que llevaba en las manos. Al reconocerme me ofreció lo de siempre, y gustoso lo acepté. Paulatinamente la oscuridad se fue apoderando del lugar, momento en que la gente empezó a llegar. Yo tomaba mis ligeros sorbos, comía unas boli yuquitas rellenas de queso, bastante sabrosas, y volteando de vez en cuando para ver el resto del local, sin llegar a percibir a mi preciosa amada. Las horas transcurrieron, generando que los buenos ánimos se esfumaban, dedicándome a apurar los tragos. Mis entorpecidos dedos jugaban con el vaso vacío, que reflejaba las destellantes luces de discoteca, las mismas que desde el techo giraban sin sentido, como esta vida que nos tiene dando vueltas de aquí para allá sin un fin, sin un motivo.

Ya era tarde, volví a voltear y no la distinguí, no había venido.

Convencido de mi mala suerte pedí un vaso más, consciente de que ya estaba muy avanzada la noche, y de que el alcohol había mellado mis sentidos. De pronto una mano me tocó la espalda. Volteé, sonriendo, y me encontré con una cara desconocida. Una joven me mostraba un cable blanco, mientras me soplaba el humo de su extraño cigarro.

—¿Puede conectar el cargador en el tomacorriente que está en la barra? —dijo la tipa— Es que usted está más cerca.

—Claro, póngalo —respondí, parándome molesto por el bocado de humo que había tragado.

Me iba del lugar. Tomé lo que faltaba de mi bebida y pagué lo consumido. Esquivando a la gente caminé hacia la entrada, mientras volvía a barrer con la mirada a todas las personas presentes. Salí, ya tambaleándome, con los ojos que me quemaban. El humo del cigarro me había afectado aún más los sentidos.

Qué tonto había sido al pensar que esa jovencita se enamoraría de mí. El aire nocturno junto con el humo de cigarro había empeorado mi ya notoria borrachera, por lo que avancé hasta un muro que servía de baranda, sintiendo que el mundo a mi alrededor daba vueltas.

El lugar ofrecía una vista bella de la zona, aferrándome al borde del muro para calmarme. Me percaté que en mi desesperación había bebido de más, justo como solía hacer antes, hasta casi perder el sentido. Sabía que el tiempo pasaría y las heridas cerrarían, pero el proceso dolería, dolería mucho. Ya no quería llevar más cicatrices en mi vida, no las merecía.

Volví a sentir una palma en mi espalda. Olvidando los mareos volteé

de inmediato, casi tropezándome conmigo mismo. Pero quien me había tocado era otro docente universitario llamado César, él me miró sorprendido por mi estado.

—Vaya, De la Rosa, no te ves nada bien amiguito —dijo, frotándome la espalda.

—César no estoy de humor para tus bromas.

—Lo siento, pero deberías ir a descansar a casita —recomendó, reconociendo cierto tono burlón en sus palabras.

—Lo haré, gracias y buenas noches —respondí cortante.

—Bien, me voy, a menos que quieras que te lleve, estoy con unos amiguitos —dijo, bajando la voz para darle énfasis a "amiguitos".

—No, vivo cerca, déjame sin preocuparte —le contesté, levantando una de mis palmas para dejar claro que era mi última palabra.

—Bueno, que no se diga que no te invité, y, no te compliques, la vida está hecha para ser disfrutada —dijo a modo de despedida, mientras se alejaba rumbo a un vehículo de lujo donde dos jóvenes lo esperaban.

Su consejo me hizo sentir peor. Muchas personas disfrutaban de sus vidas, de las maneras que ellos quisieran, sin ser cuestionados. ¿Por qué tenía que haberse percatado de mi amorío la decana? ¿por qué tuve que presionar con mi proposición a Danielita? ¿Por qué nada me salía bien?

El alcohol ya me había deprimido demasiado, y en una zona remota de mi interior sabía que debía marcharme a casa. Me puse en movimiento, sintiendo la vista borrosa, trastabillando con las piernas entorpecidas. La cabeza me daba vueltas, el humo del cigarro más el frio aíre nocturno

empeoraron todo. Paso a paso crucé la calle, viviendo una penosa travesía. Sentí retortijones en el estómago, tal vez esas bolitas de yuca con queso en el interior no me habían caído bien. Pensar en la comida puso el interior de mi cuerpo de cabeza.

Controlé mis impulsos y avancé cuanto pude, ingresé al condominio y subí las gradas, con un cuerpo que no reaccionaba, con un corazón destrozado, y con el estómago revuelto. De alguna forma logré pararme frente a mi puerta. Saqué el llavero e intenté poner la llave en la cerradura, las arcadas eran más fuertes, apuré la mano, apretando el metal para que dejase de bailar, concentrándome en acertar, en tanto las arcadas de mi cuerpo tomaban mayor intensidad. La llave por fin entró, la puerta se abrió y lo que contenía en mi interior salió, tropezando con mis propios pies, perdiéndome en la oscuridad de mi miseria sentimental.

El timbre de la puerta me despertó. Alguien tocaba con insistencia generando un bullicio que me taladraba los sesos. Yo estaba tendido en el piso de la sala, manchado de restos de aquello había expulsado, hecho un estropajo. La cabeza me martilleaba como si dos duendes golpeasen sin cesar los costados. Me levanté lentamente, pues el cuerpo parecía crujir a cada movimiento que hacía. Como el timbre seguía sonando me acerqué a la puerta, que por cierto estaba entreabierta. Al asomarme vi a un policía, quien era el causante del alboroto. El oficial me barrió con la mirada, para luego hablarme.

—Señor buenos días ¿vive Ud. en este departamento?

—Si, soy el propietario —extraje mi billetera, que por suerte no había perdido, y le mostré mi identificación, que él tomó, dando unos garabatos en su libreta.

—Bien, unos vecinos escucharon un fuerte golpe y vieron la puerta abierta, pensaron lo peor.

—Bebí demasiado, lamento lo ocurrido.

—Ya veo, si necesita algo, estamos para servirlo —dijo a modo de despedida.

Cerré la puerta, percatándome que uno de mis zapatos había sido el que impidió que se cerrase sola. Lo tomé, agachándome con cuidado pues sentía que al mínimo esfuerzo mi cerebro explotaría. Pensé en tenderme en mi cama, pero al entrar a mi cuarto pasé frente al espejo y quedé sorprendido. Mi aspecto era de lo peor. Mis zapatos estaban arruinados, además tenía restos de vómito en la ropa y hasta en la cara. En ese estado deplorable, con esa vergonzosa facha, había atendido a la autoridad; tal vez por eso no me interrogó por más tiempo. Me quité todo, tiré a ropa a la lavadora y me di un muy prologando duchazo, apenado a más no poder.

Entre el agua que caía me permití llorar. No era por vergüenza, sino por orgullo, para que se lavase todo lo que me consternaba.

Me reproché por enamorarme, por confundir las cosas, por soñar.

Y dejar partir aquellas lágrimas me hizo bien.

CAPÍTULO VI
FAVOR CON FAVOR

Con el semblante serio me propuse seguir adelante. Intentaba convencerme de que los continuos problemas en mi vida me habían hecho más resistente, que de tantas caídas ya tenía endurecidas las palmas, para volverme a levantar, sacudirme el polvo y avanzar, aunque, en lo profundo de mi ser, sabía que todo ello no era verdad.

Cuanto menos podía aparentar y seguir adelante, forzarme a hacerlo hasta que, de pronto, dejase ese amargo dolor atrás.

Las cosas no mejoraron, pero el tiempo pasó.

Fui a clases y oculté lo mejor que pude mis sentimientos. Daniela, siempre preciosa e indiferente, durante el tiempo que compartíamos clase en el aula no me prestaba atención. No me quejaba, pues probablemente no merecía su interés, pero, en contraparte, lo que deseaba era que ella dejase de interesarme a mí.

Fueron unos días tensos, en los que caminaba, comía y vivía por

inercia, porque no hallaba otra manera, porque sí.

Cuando no estaba trabajando me la pasaba encerrado en mi departamento, bebiendo solo, recordando mis aventuras, imaginando otros desenlaces, soñando despierto. En ocasiones me encontraba con Daniela, y la trataba con más calma, delicadeza y espacio, enamorándola primero, declarándole mi amor después.

Uno de esos días, ya entrada la noche, sin saber a quién acudir en un momento de lucidez llamé a Angy. El celular timbró y timbró sin que ella contestase, dejé el equipo sobre la mesa y me perdí en mis ensoñaciones, pero minutos después volví a marcar su número. Necesitaba hablar con alguien, interactuar, entretenerme.

—Profesor Carlos buenas noches, dígame, ya es un poco tarde —contestó Angy, con la voz un tanto fría. De inmediato capte la indirecta de que no estaba sola, y que probablemente mis llamadas habían generado cierta incomodidad.

—Lo siento señorita Ángela, quería consultarle sobre cierto medicamento, estoy con fiebre, pero mejor iré a la farmacia, no se preocupe y cuídese —dicho esto colgué.

Estaba solo, y tal vez me lo merecía.

Llegó el amanecer del viernes. Cuando el despertador sonó, lo arrojé e hice estallar. Bueno no lo arrojé tan fuerte, en realidad se golpeó contra la pared para luego caer al suelo, dejando de sonar, con posibles daños en su interior.

Me levanté, malhumorado, pateando mis pantuflas y refunfuñando por el amanecer, por el sueño que ya no resultaba reparador, por tener que ir

a trabajar, por todo. Caminé dando grandes zancadas y al entrar en el baño resbalé, caí con todo mi peso de espaldas dándome un fuerte golpe en la nuca. No perdí el conocimiento, pero me quedé tendido en el suelo, desde esa posición quedé viendo el techo percatándome de que en la unión de dos paredes, donde se formaba una esquina un tanto oculta a la vista, estaba ubicada una telaraña que servía de soporte a una pequeña araña. Tanto el golpe como el descubrimiento de esa huésped calmó mi amargura. La pequeña criatura deambulaba por el lugar mientras tejía con maestría la trampa que le brindaría sustento. Era curiosa la escena, me pregunté ¿cuánto tiempo llevaría ahí? ¿Qué cosas ocurrían en mis narices que, por andar distraído, no llegaba a apreciar? Ese momento de reflexión terminó por calmarme, mi corazón retomó su ritmo pausado. Yo no era así, no era un tipo amargado, no vivía molesto. Podía estar feliz, triste, deprimido o preocupado, pero rara vez andaba de mal humor, eso no era lo mío.

Me incorporé con cuidado, sintiendo como se acomodaban y rechinaban las articulaciones de mi espalda. Me paré frente al espejo del baño y volví a verme.

Era un tipo bueno en muchos sentidos, y confiaba en que alguna de mis parejas o amistades hubieran descubierto el tesoro que guardaba tras mi forma de ser, lo valioso que yo era. Pero mucho en mí había cambiado, pues tenía ojeras, reconocí algunas canas en mi cabello, también mi vista reflejaba cansancio y derrota, necesitaba un corte, ropa nueva, y detalles para consentir a la persona más importante de mi vida, a mí.

No podía seguir así. Y realmente no ser aceptado por quien tú querías para tu vida estaba bien, era algo que solía pasar, no era el fin del mundo. Siempre estaba presente la posibilidad de que no llegase nadie para ti que fuese a tu medida, tu media naranja podía ser una fantasía, el mundo

entero podía arder, pero siempre te tendrías a ti mismo.

Decidí que hoy me consentiría, comería algo que no había probado hace tiempo, tal vez pasta, o lasaña, o mejor una pizza, para mí solo.

¿Pizza? A qué me recordaba la pizza, a la bolsa mágica llena de juguetes, muchos aún sin estrenar. Y finalmente recordé a Fiorella, mi amiga que me había regalado esa bolsa, que me había salvado de problemas, aconsejado siempre, y a la que durante los últimos días había estado evitando. Que tonto era. La buscaría y me disculparía con ella.

Me alisté, afeité con esmero, acicalé a detalle y decidí ir de a pocos rehaciendo mi vida.

Ya bien cambiado, me enrumbé a la universidad, llegué rápido y pedí en la cafetería una tajada de pastel de manzana, con un café con crema para Fiorella. Ingresé al salón de docentes con buen ánimo y la vi allí, sentada mordiendo su lapicero mientras sus dedos volaban en su teclado, una ligera brisa matutina hizo que su cabello rizado volase, dándole un halo de criatura sobrenatural. Ella alzó los ojos y cruzamos miradas, tal como solía pasar, a modo de saludo, me sonrió.

—Hola Campeón, te ves mejor, eso me alegra —me dijo, aunque entre su tono de voz y brillo de los ojos algo no encajaba.

—Hola Fiorella, quería disculparme contigo, por meterte en problemas y por haber estado distraído, eres alguien a quien valoro mucho, quiero que lo sepas —dije mientras alcanzaba el café con crema y el pastel de manzana que le había traído a modo de disculpa.

—¡Uy que rico! Acepto tus ofrendas, y pierde cuidado, estabas pensando con tu cabeza de abajo, lo tuyo con esa jovencita no podía ser un

acierto, de seguro terminaría mal, o contigo haciendo alguna locura —Dijo en voz baja, alegrándose. Ella tenía razón, aunque su indirecta a mi libido me resultó graciosa.

—Si, es probable. De todas maneras, ya pensé mejor las cosas, gracias por todo tu apoyo —respondí de manera sincera. Ella le dio una probada a la crema del café, quedándose parte de su labio superior con restos blancos. Eso me hizo pasar saliva. Ella parecía indecisa respecto a algo; finalmente habló.

—No me agradezcas de palabra —hizo una pausa y continuó—, mejor hazme un favor, un gran, gran favor, te lo quería pedir hace varios días, pero parecías un fantasma.

—Claro, lo que tú quieras Fiorelita —le contesté, distinguiendo duda en sus ojos. Miró hacia otro lado, mientras su carita iba poniéndose roja.

—Quiero que me ayudes con algo —continuó, sin abordar el asunto para el cual le era útil, al verla así la animé a que me dijese en qué pensaba.

—Fiorella, nos conocemos, somos amigos, solo dímelo y veré como ayudarte.

—Está bien… pero si no quieres, créeme que lo entenderé. Bueno, ya sabes que además de ser docente universitaria trabajo como abogada en un estudio de prestigio ¿no? En fin, el sábado habrá una cena de gala, no suelo ir a esos eventos, pero escuché unos comentarios que directamente me apartaban del grupo, como si dieran por hecho que no iré, y solo por darles la contra quiero ir, pero no quiero ir sola —concluyó, mordiéndose un lado de su labio inferior.

—¿Quieres que te acompañe a una fiesta? —le dije asombrado,

abriendo mucho los ojos. Hacía mucho que no iba a una.

—Si —me dijo bajando la voz, avergonzada, lo que hizo que empezase a ponerse roja por la vergüenza, viéndose con ello muy graciosa. Tenía que aprovechar la oportunidad para bromear y molestarla un poco más.

—Entonces… ¿me estás invitando a salir? —repetí, alzando la voz y gesticulando de manera exagerada.

—¡Carlos! ¡no me presiones! —contestó, ya hecha un tomate. Así, con las mejillas encendidas podía ser confundida con una muñequita de porcelana. Su rubor natural era aún más notorio gracias su piel clara y a la clásica blusa blanca que vestía. Al hacer su berrinche de advertencia movió el cuerpo a los lados, haciendo que sus enormes pechos se balancearan, distrayéndome de mi maldad.

—Por supuesto que acepto acompañarte, será un honor ser tu chambelán —le contesté con cariño guiñándole un ojo. Era lo menos que podía hacer por ella, recordando algo de vital importancia—. Pero debes saber que soy un pésimo bailarín.

—Con que me hagas reír es suficiente, sabes que siempre aprecio tu compañía —dijo mientras se hacía aire con un cuaderno para calmar su reciente bochorno, moviendo con fuerza sus brazos para ventilarse, generando que sus pechos se meneasen y rebotasen, volviéndome a distraer.

Cuando se le pasó la vergüenza me contó de ciertos problemas que había tenido. En líneas generales, si bien es cierto que el estudio de abogados al que ella pertenecía haría una fiesta de gala por el aniversario del negocio, el trasfondo de todo era que el padre de su hijo, quien trabajaba allí a tiempo completo, se pavonearía en ese evento con su nueva pareja. Sus compañeros de trabajo ya asumían que ella faltaría pretextando alguna enfermedad para

evitar el incómodo encuentro, por lo que Fiorella necesitaba quien la acompañe a la reunión, para no darles el gusto y a la vez no acudir sola.

—Seremos la pareja de la noche, ¿quieres que te recoja? —le pregunté.

—Si, pero no lleves carro, mejor nos encontramos en mi casa y vamos juntos —pude apreciar que su ánimo había cambiado, también se veía alegre.

—Allí estaré mi reina —le contesté, dándole un beso en la mejilla y un abrazo de despedida, que ella correspondió con fuerza, librándome con ese agradable contacto de gran parte del peso que cargaba conmigo.

El día pasó rápido, durante las cases Daniela actuó como los demás días y preferí ya no insistir. Gracias a la idea de acudir a una fiesta me mantuve animado; distraído en imaginar cómo se vería el sujeto que había enamorado en el pasado a la indomable Fiorella Bravo. Pensé en llegar a la fiesta y encontrarme con un tipo de dos metros, con el saco a reventar de músculos. Sería una batalla de miradas y presencias interesante; o tal vez encontraría a un sujeto delgado y elegante, con lentes cuadrados que me atacaría con frases e ingenio, y al que tendría que vencer en un concurso de chistes. En cambio, si el contrincante, fuese como fuese, me retaba a una batalla de baile, estaría perdido; a menos que volviese a actuar de stripper, pues en ello ya tenía algo de experiencia. Mi mente volaba de idea en idea. También imaginé a Fiorella, ¿cómo se desenvolvería fuera del trabajo? Habíamos almorzado juntos, charlado en varias ocasiones, pero más allá de esas reuniones informales, no habíamos tenido una cita o salida en pareja como correspondía.

Llegó el sábado. Quería quedar presentable así que me acicalé con calma y detalle, mientras me bañaba me afeité bien ciertas partes de mi cuerpo

(cosa que ya era una costumbre en mí). Me eché agua de colonia, para luego vestirme con prendas elegantes, con buenos aditamentos: reloj, zapatos, una esclava de plata y botones plateados a juego. Dejé el carro en la cochera, tal como me recomendó Fiorella, pues pensábamos brindar; en cambio contraté por aplicación un vehículo con chofer para recoger a mi amiga y, por esta noche, pareja de baile.

Ella vivía en la casa de su madre, en parte por su separación, y también porque le ayudaba cuidando a su pequeño hijo. La esperé en la puerta, como suele ser costumbre hacia una dama, hasta que salió, dejándome sorprendido. Estaba espectacular, tenía un vestido color perla, con encajes en el pecho, dejando traslucir su agraciado tamaño, la falda circular suelta le llegaba por encima de la rodilla y bailaba con cada movimiento que ella daba. Tenía la cantidad exacta de maquillaje, con los labios rojos y brillosos, tan llamativos que daban ganas de besarla. El mayor descubrimiento fueron sus piernas, bellas y contorneadas, del color del marfil.

—Que puntual mi chambelán —me dijo sonriendo.

—Por aquí mi reina —le contesté, también sonriendo, ayudándola a subir al vehículo.

Ya a bordo nos quedamos callados, era la primera vez que salíamos y, pese a ser adultos, necesitábamos romper el hielo. Se me ocurrió algo.

—Fiorelita estás preciosa, pero ¿crees que resista? —le pregunté muy serio.

—No te entiendo ¿Qué resista qué?

—Que tu vestido, con esos hilos de encaje, resista tu gran pechonalidad —le comenté, señalando su enorme busto, soportado por finos

hilos de encaje muy llamativos.

—¡Tonto! —me dijo llevándose una mano a sus redondeces, manteniéndose seria por unos segundos, cediendo finalmente a la broma—. Espero que tu pantalón sea holgado, ¡no quiero que andes por ahí apuntando a la gente con tu cosa! —dijo bromeando también, recordando como yo a veces andaba distraído con el miembro erecto, y este se traslucía en mi ropa.

Charlamos y bromeamos mientras nos llevaban al lugar del evento. Era extraño verla así, tan suelta, tan sonriente, su risa era contagiosa, y tenía energía de sobra para hacerme olvidar cualquier problema de la vida.

Cuando llegamos a nuestro destino ya había oscurecido. El evento se desarrollaba en el salón de un hotel de prestigio. Todo se veía muy elegante y fino. Nos chequeamos e ingresamos a un ambiente de lujo, adornado con cristalería. Un joven nos señaló la mesa asignada, que estaba ubicada en el lateral de un espacio abierto que seguramente estaría destinado a la presentación y que luego serviría como pista de baile. Ella saludaba radiante a todo conocido con el que se cruzaba; y no se me pasó por alto que diversas parejas le lanzaban miradas de extrañeza, confirmando que esperaban que ella no asistiese a la cena, y menos aún que lo hiciese acompañada.

—Aquí nos toca —me señalo una mesa redonda, dispuesta para cuatro parejas. Ella caminaba enfrente mío, con aire de autoridad, llevándome de la mano mientras la tomaba con delicadeza. No pude resistir el impulso y le iba lanzando miradas a su trasero, que con la falda suelta no se distinguía, pero sí dejaba a la vista a sus delicados muslos y pantorrillas, muy apetecibles desde mi perspectiva.

Nos acomodamos en las sillas y continuamos haciendo bromas de todo tipo, contando nuestras anécdotas del trabajo. Llegaron los demás

integrantes de la mesa y ella me los presentó, eran parejas muy amenas y apegadas a ella, con quienes mantenía amistad, así que pronto hicimos buenas migas.

Sirvieron la cena, con una ensalada muy colorida de entrada, y cerdo al horno con puré y crema de fondo, todo muy agradable al paladar. Dediqué mi atención a Fiorella, me agradaba la forma en la que comía, como trozaba la carne con calma y se la llevaba a su pequeña boca de labrios brillosos. Mientras cenábamos el maestro ceremonia pidió la atención de todos por un momento. Dejamos los cubiertos y atendimos sus palabras.

—Agradecemos su atención, pues tendremos las palabras del Dr. Mendoza, a quién recibimos con un fuerte aplauso —El maestro de ceremonias le cedió el micrófono a un señor que ya aparentaba sus sesenta años, era bajito y con un vientre abultado. Seguramente gozaba de una agradable y cómoda vida.

—Buenas noches, amigas y amigos, socios. Juntos formamos esta gran familia, esta firma de abogados cuyo prestigio no hace más que crecer y crecer día a día. Nuestra labor va más allá de la ley…—el sujeto se expresaba de manera correcta, desprendía elegancia y experiencia. Dominaba el escenario mientras llevaba un traje que a la vista era bastante caro.

—Ese es el presidente de la firma, es una leyenda, aunque ahora no participa en procesos, más bien administra y consigue casos que los demás llevamos —me comentó Fiorella, que parecía estar a la defensiva. El presidente continuó hablando.

—Dicho todo esto, permítanme presentarles al nuevo socio de nuestro prestigioso estudio… ¡Hernán Miranda! —dijo, aplaudiendo y dirigiéndose a un lateral del escenario.

Ante este anuncio Fiorella dejó caer su tenedor. No era para menos, pues el recién nombrado era su expareja, y ahora, el sujeto se acababa de convertir en su probable jefe.

—Ese bastardo —dijo mientras se le quebraba la voz—. Como está con la hija del dueño, era lo que se podía esperar.

—No te lo tomes como algo personal —dijo uno de sus compañeros de mesa.

Un tipo ingresó al centro del escenario, dándole la mano al presidente, abrazándolo y palmeándole la espalda con visible confianza. Era un tipo relativamente bajito, de quijada cuadrada y con una notoria calva prematura. Desde mi punto de vista su cabeza parecía un codo. A su lado tenía a una dama, por lo menos diez años más joven que él, muy esbelta y con la cara algo plastificada, seguramente por operaciones estéticas. El tipo dio un discurso de agradecimiento, un tanto torpe para mi gusto, para luego brindar por él, cosa que empeoró mi ya deteriorada imagen del nuevo socio, finalmente dirigiéndose a su asiento. Durante todo ese tiempo tomé de la mano a mi amiga, le presioné los dedos para que se fijara en mí. Ella apretaba con su manita su copa de vino, que amenazaba con romperse en cualquier momento. Sus ojos estaban enrojecidos, así que, conociéndola, le dije lo que ella me aconsejó hace ya tiempo atrás.

—No les des el gusto mi reina —le susurré, muy cerca de la oreja, recordándole que no estaba sola, y que ese tipo no merecía ni una sola de sus lágrimas.

—No lo haré Chambelán —me contestó frotándose los ojos—, tienes razón, mejor brindemos por otra cosa, brinda por algo de mí que te guste.

—Brindo por tus… —me quedé mirando sus senos, pensando mejor mi respuesta para no sonar grosero— por tus ojitos de muñeca —le dije por fin, generando una sonrisa de su parte.

—Gracias, yo brindo por tu cabello, natural y abundante —lo que era una indirecta hacia su ex.

—Bueno ¿gracias? —le contesté, para luego ambos ponernos a reír.

Continuamos con la cena, brindé por los paños absorbentes, ella brindó por nuestro restaurante secreto; pronto olvidó el asunto y volvimos a bromear con nuestras experiencias. Una orquesta amenizó la noche y salimos a bailar, no éramos muy buenos, pero nos divertimos. Brindamos con cocteles dulces y amargos, suaves y fuertes. Ella tampoco solía salir mucho así que aprovechó la oportunidad para quitarse el estrés. De estar tomados del brazo pasamos andar de la mano, luego la tomé de la cintura, y pronto nos encontramos lanzándonos piropos. Le hice cosquillas, rozando accidentalmente sus senos, pero ella no se lo tomó a mal, por lo contrario, me lazó varias miradas coquetas. Sonó algo de rock, así que salimos a la pista de baile, dando saltos con el resto de los invitados, recordando nuestra juventud, que no tenía por qué terminar. Al finalizar la frenética dinámica, exhaustos y sonrientes, empezamos a retornar, pero Fiorella se frenó en seco.

—Hola Fiorella, gracias por venir a mi fiesta —le dijo el nuevo socio, su ex, que nos esperaba en la mesa junto a su novia, sentados en nuestros asientos.

—Estos son nuestros lugares, Hernán, te agradecería no agriar mi noche, además, la reunión es por el aniversario del estudio, no por tu reciente e injustificado nombramiento.

—No importa lo que digas. Es mi noche, y la de nadie más —le

contestó autoritario— ¿y este quién es? —dijo señalándome. Entrecerré los ojos, acerándome al sujeto con un ágil movimiento, quedando junto a Fiorella.

—Soy el señor Peluquín Peluquillo, vendo pelucas y también me dedico a tratamientos capilares, le puedo dar una tarjeta si gusta —le contesté, cambiando mi expresión de serio a sonriente.

Ante mi respuesta abrió mucho los ojos, se puso de pie mientras que yo me posicioné frente a Fiorella, sosteniéndole la mirada al sujeto, enderezando mi cuerpo cuan alto era. La diferencia de tamaños y presencias era notable, así que él cedió, tomó de la mano a su pareja, dijo algo entre dientes y se alejó del lugar. Todos en la mesa soltaron el aire que habían estado aguantando, por la tensión y el desagradable momento.

—Gracias… Señor Peluquín —me dijo Fiorella sentándose.

La mesa entera estalló en carcajadas, que no pasaron desapercibidas. Al parecer el nuevo socio no era muy popular, y ahora me había convertido en el héroe de la noche.

Desde ese momento algo en ella cambió. La sentí más apegada, se inclinaba y apoyaba en mi hombro. A mi otro costado tenía a un colega bastante amable, era fiscal y contaba buenas anécdotas. Cuando hablaba con él sentía que Fiorella se recostaba sobre cuerpo, como acercándose para escuchar mejor, poniendo su mano en mi muslo a modo de apoyo bajo la mesa, cosa que me mantenía atento más a su contacto que a la conversación.

Brindamos, bromeamos y reímos. Ese juego de toqueteos bajo la mesa, discretos en un principio, se fueron volviendo más atrevidos. Cuando la dama que estaba junto a Fiorella empezó a contar una anécdota, hice lo propio, cruzando mi brazo sobre sus hombros y apoyando mi otra mano en

su muslo, oculto a la vista de los demás. Ante el contacto ella dio un imperceptible saltito, pero dejó que mis dedos jugasen sobre su piel. La falda suelta que Fiorella vestía me daba libertad de acción, y ella, con las mejillas encendidas, se dejaba acariciar. Por su parte, Fiorella descansaba su mano sobre mi pierna. Fue tomando valor, y cada vez que su mano se movía para que tomase un trago de su bebida o para algo, al regresar la ponía más arriba, luego más, llegando finalmente a mi entrepierna. Con timidez en un principio puso su palma suelta sobre la tela, como si no se hubiese dado cuenta de dónde la ponía. Yo aguantaba la respiración, pues las circunstancias eran muy excitantes. Sobre la mesa todos charlábamos con normalidad, y seguramente atribuirían el rubor de Fiorella al alcohol o a lo animada de la noche, pero bajo la mesa su mano, aún dudosa, descansaba sobre mi verga. Para animarla lancé un impulso, haciendo que mi tronco se moviera, lo que ella sintió, alzando la mano mientras daba un grito muy cómico, que intentó disimular en un bostezo.

Cuando volvió a poner su mano sobre mi pierna, ella ya no se mantenía quieta, por lo contrario, sus dedos subían y bajaban por mi muslo llegando a mi paquete, que bajo el pantalón estaba ya erecto. Me lo frotaba y apretaba cada cierto tiempo, como para que no se le escapase, mientras yo lo movía en su interior, esperando el momento para poder salir de ahí y dárselo sin tela de por medio.

Le había acercado la silla a mi lado, para cruzarle por completo mi brazo sobre sus delicados hombros. De vez en cuando simulaba ver la hora para levantar la mano y rozarle los abultados pechos.

—¿Sabes qué se me antoja? —le pregunté susurrándole en la oreja.

—¿Qué cosa desea mi chambelán? —me contestó también en susurros, con las mejillas encendidas, dejando entreabiertos los labios,

haciéndome pasar saliva de forma ruidosa.

—Quisiera vaso de leche fresca, ¿sabes dónde podría encontrar una vaquita para obtenerla?

Sonrió y movió ligeramente los pechos a los lados, haciendo que se bamboleen.

—Sigue portándote bien chambelán y creo que podrás ordeñar a una vaquita muy pronto.

—Tal vez podamos ordeñarnos mutuamente —le contesté, a lo que ella abrió mucho los ojos. Aguanté la respiración, esperando no haberme pasado de la raya, pero ella no se incomodó, sino que se mordió el labio, imaginando lo que le estaba ofreciendo.

La noche ya estaba avanzada y quedaban pocas parejas en el salón. Me pidió que la acompañara al baño, ella entro, la esperé apoyado en el pasadizo que estaba prácticamente desierto. No tardó mucho, al salir me sonrió y caminando hacia mí con determinación me besó, fue un beso tímido, que fue tomando intensidad. Se convirtió en un beso lleno de pasión, como el que solían mostrar en televisión. Degusté sus labios, y ella hizo lo propio con los míos, nos separamos sonriendo, con un hilito de saliva aún uniendo nuestras bocas. Tomados del brazo retornamos a nuestra mesa.

Nos despedimos de quienes quedaban, ella se entretuvo conversando con una amiga, dejándome expectante, pues yo moría por darle una buena probada a sus tetas. Ella permanecía sonrojada, sus pezones se traslucían en su vestido, manteniéndome bien cogido de la mano, por lo que no parecía dispuesta a que terminemos la noche sin llegar a la intimidad. Saqué el móvil con la finalidad de llamar el vehículo para que nos lleve de vuelta a su casa o a la mía, pero ella me interrumpió.

—No podemos ir a mi casa… —dijo.

—Entonces vamos a mi departamento —le respondí.

—No… es muy pronto para ir a tu casa —contestó, sin dejarme opciones.

—¿Entonces qué haremos reinita?

—Te tengo una sorpresa —dijo poniéndose muy roja mientras sonreía con malicia.

Tomándome de la mano me condujo hacia fuera del salón, saliendo a la calle, pero luego, por otra puerta, volvimos a ingresar al hotel. El recepcionista, un señor de unos cincuenta años, muy elegante y amable nos saludó.

—Tengo una reserva para esta noche —le dijo Fiorella, dándole sus datos.

—Claro, habitación especial, quinto piso, número quinientos dos —le contestó, dándome una tarjeta mientras me guiñaba el ojo y me señalaba el ascensor. Cuando me alejaba logré escuchar que dijo «provecho», sin lograr distinguir si era un buen deseo del recepcionista o si era obra de mi imaginación. igualmente contesté en mi interior «gracias».

La tomé de la cintura e ingresamos al ascensor. En se momento comprendí que la amistad que tenía con Fiorella cambiaría por completo. En ese cubo metálico rodeado de espejos daríamos el siguiente paso.

Presioné el número cinco. Cuando las puertas se cerraron nos quedamos mirándonos. Por un instante dudé en seguir adelante, pero ella se colgó de mi cuello besándome, haciendo añicos los resquicios de cordura que

me quedaban. Fundiendo nuestras bocas en un beso infinito acerqué su cuerpo, levantándola de las nalgas mientras ella cruzaba sus piernas en mi espalda. Ambos echábamos fuego, y nos necesitábamos para apaciguar el ardor que nos consumía sin control.

Nos besamos con pasión, ella tocaba con urgencia mi cuerpo, sintiéndome por encima de la ropa. Yo le levanté la falda suelta que vestía y toqué sus glúteos, con mis dedos sentí que tenía puesta una tanga con encaje, muy seductora tanto a la vista como al tacto. Su culito estaba helado, era redondito y con las nalgas un poco separadas; una belleza. Todo era frenético, bajé mi cara y la hundí en sus tetas, bastas, redondas, infladas por la lactancia, con su blanca piel que dejaba traslucir venitas por la presión que debían soportar. Jalé uno de los tirantes del vestido, haciéndolo bajar de su hombro, logrando que saltara libre uno de sus monumentales pechos. Los pezones rozados que coronaban su piel estaban erectos, endurecidos y predispuestos. Al verlo tan cerca mi garganta se secó, sentí mucha sed, le acerqué la boca, lo rodeé con mis labios y sorbí gustoso, brotando de ella un chorro de leche caliente. Fiorella gimió de manera muy sonora, le di un ligero mordisco extasiado, entonces sonó una campanita y se abrió el ascensor.

Me dolió soltar su pecho, pero había mucho más para explorar. La hice bajar, y agitado la tomé de la mano, empezando a recorrer velozmente el pasillo, que por suerte estaba desierto. La tercera puerta era la indicada. Volteé a mirarla, apreciando que ella seguía sonrosada, con la boca entreabierta y con un seno al aire. Se me abalanzó y me besó nuevamente, yo introduje mi lengua en su boca, aún con el sabor de sus senos, mientras le acariciaba la espalda. Tanteé en mi bolsillo hasta que cogí la tarjeta y la puse sobre el lector de la puerta, esta se abrió, permitiéndonos tener más intimidad.

Era un cuarto de lujo, muy amplio, con el piso alfombrado y una

gran cama tamaño King, también tenía una mampara que daba acceso a un balcón, además contaba con una mini sala y, lo mejor, en medio de todo había un sillón tántrico forrado en cuero negro con sus curvas y forma característica. Ella ya había planeado tener una noche de pasión, y yo estaba totalmente dispuesto a cumplir sus fantasías.

Entramos besándonos, chocando con las paredes, tropezando con el sillón, el carácter fuerte de mi amiga siempre me había sorprendido, y esta vez no era la excepción, pues pese a nuestra diferencia de tamaños me tenía tomado del cabello e intentaba llevarme donde ella quería. Mi excitación me hizo querer someterla, liberé su mano y la tomé de la oreja, logrando que me ofrezca el cuello, que de inmediato mordí, manteniéndola quieta mientras respiraba con dificultad.

—No sabía que eras un vampiro —me dijo.

—¡Soy el vampiro de las tetas! —le dije riendo mientras descendía, jugando con mi lengua hasta su pronunciado busto. Me entretuve besándoselo, lamiendo alrededor, en círculos infinitos, hasta que llegué a su pezón, que sorbí con lujuria.

—¡Ve más rápido vampiro! —me dijo, mientras que me tenía agarrado del cabello y tiraba de él, con sus muslos tenía presionada una de mis piernas, le gustaban mis caricias, pero quería algo más, le urgía algo más. Sin embargo, decidí que la haría ir a mi ritmo.

Me liberé de su agarre, con firmeza le di la vuelta y la empujé hacia la pared. El cambio de actitud pareció gustarle, pues ella muy obediente se quedó quieta dándome la espalda, con las manos en la pared, expectante. Le recogí el cabello, soplándole en la oreja y lamiendo su piel, adelanté mis manos y le sostuve ambos senos. Mis dedos no llegaban a abarcar sus

redondeces, pues eran pesadas, imponentes; me deleité estrujándolas un poco, sintiendo humedecerse mis manos por la leche que se le escapaba. De lamer su oreja pasé a su cuello, luego bajé a su espalda y le empecé a bajar el cierre del vestido, pero me detuve, se le veía tan perfecta así, con ese traje de ensueño, por lo que decidí dejarla con la ropa puesta. Le fui dando besos sobre la tela, solté sus tetas y me puse de cuclillas, levantándole la falta para verle el culito, que con su tanga con encajes y sus nalgas separadas me dejó pasmado. La fina tela resaltaba unas nalguitas de piel clara, con una forma muy curiosa que me atrajo de inmediato. Le di un sonoro beso en un glúteo, luego un leve mordisco en el otro, presioné su espalda y le quebré un poco la cintura. Así, con ella contra la pared, ofreciéndome la colita, lamí sobre la tela su ya humedecida vulva y culito. Ella respiraba agitada, con pequeños gemidos, expectante, conocedora de lo que pronto vendría.

Con cuidado le hice a un lado la tela y le metí la lengua en la vagina. Ella estaba muy húmeda; al sentir mis caricias se agacho más para permitirme explorar a mi gusto, permitiéndome hacer cuando quisiera con la lengua.

Jugué con ella, bajé con mis caricias y roces hasta sus muslos, solo para volver a subir y lamerle hasta el alma. Ella arañaba la pared, suspirando y gimiendo con libertad. Me paré y abrí mi bragueta, que en el silencio de la noche sonó como una orquesta. Ella aguantó la respiración, pues sabía lo que estaba por ocurrir, era consciente de aquello que había liberado al abrir mi pantalón. Hice a un lado mi ropa interior y saqué mi verga en todo su esplendor, con huevos y todo para que pudiese cumplir su misión: dar placer.

—Ábrete el culito —le dije.

Sus manos temblaban. Ella apoyó la cabeza en la pared y con ambas manos se separó las nalguitas, todo ello sin aún sacarse la ropa interior. Yo acerqué mi poronga y se la froté por los glúteos, con estudiada calma le rocé

la cabeza y el tronco por ambos muslos, aumentando su expectación. Finalmente hice a un lado la tela de encaje y le coloqué la cabeza de mi falo en la entrada de su vagina. Ella permanecía muy quieta, no respiraba, estaba inmóvil.

—¿Quieres que te la meta? —le dije, susurrando.

La habitación estaba en completo silencio, ella finalmente habló.

—Si, quiero —contestó, con la voz entrecortada.

—No te escuché Fiorelita ¿Qué es lo que quieres exactamente? —pregunté, haciendo ligera presión, metiéndole la cabeza en su vagina, con un ligero vaivén que le hizo voltear la cabeza para verme.

—Méteme la verga de una vez, ¡o me volveré loca! —dijo, y no necesité más.

Le introduje lentamente la verga, haciéndole sentir cada trozo de mi masculinidad, centímetro a centímetro, cuando entró en su totalidad me paré por completo, quedando ella de puntitas, intentando mantener el equilibrio mientras la llenaba con mi nabo.

Muy obediente seguía separando con sus manos su culito. Sin sacársela tomé sus manos con las mías, las jalé hacia atrás y empecé un agradable, pausado y húmedo mete y saca. Ella era como una muñequita, se dejaba hacer, aguantaba bien mis embistes, que poco a poco iban ganando fuerza. Sus pechos se apretaban contra la pared cuando la fuerza era excesiva, pero sus gemidos me invitaban a continuar.

—¡Que rico! —me dijo, entre jadeos.

—¿Así que te gusta?

—¡Siii! —dijo perdida, sometida, extasiada.

Ese comentario me animó a hacer una locura. Sin dejar el ritmo de las penetraciones, controlando sus brazos que tenía jalados hacia atrás, la hice retroceder y empecé a hacer caminar, dándole su bombeada a cada paso que daba, mientras yo respiraba agitado y ella gemía, disfrutando el paseo. Así llegamos a la mampara de vidrio, en un inicio la apreté contra el cristal, imaginando cómo se verían esos enormes senos presionados contra el vidrio. Pero mi locura iba más allá.

Liberé una de mis manos y abrí la puerta de vidrio que daba acceso al bacón. El aire frio nos llegó de golpe y nos puso la piel de gallina. Saqué mi verga y vi que salía vapor. Conduje a Fiorella al borde del balcón y la hice agarrar la baranda y agacharse, ofreciéndome nuevamente la cola. Ella había reducido sus gemidos, tal vez por vergüenza o por temor a que alguien nos viese, pero solo se vive una vez, así que le di una nalgada mientras volvía a penetrarla, con más fuerza, sin contemplaciones.

—¿Está rico? —le pregunté mientras le cacheteaba el culo.

—Si… —contestó en voz baja.

—¿Si qué? —le volví a preguntar, dándole otra sonora nalgada.

—Si está rico —respondió, ahora más alto.

—¡Sigue! ¡Más fuerte! —le ordené penetrándola con rudeza, lanzándole nalgadas de tanto en tanto.

—¡Está rico! ¡está rico! ¡rico!...

Aceleré el ritmo, viendo sus nalguitas enrojecidas. Al abrigo de la noche se escuchaban algunos autos pasar, muy poca gente deambulando, y el

rítmico sonido de mi cadera chocando conta sus glúteos.

También estaba perdiendo la cabeza, con ella agachada, aún con su vestido, la falda levantada, sus senos bamboleándose. No quería acabar rápido, así que salí de ella y retrocedí un par de pasos. Ella se quedó quieta un momento, y volteó para verme, preguntándose el motivo de mi pausa.

Estaba preciosa, sus ojos brillaban de pasión, tenía el cabello alborotado a consecuencia del viento nocturno y del frenético movimiento de nuestros cuerpos. Sus imponentes pechos desnudos me apuntaban al suelo, pareciendo incluso más grandes por estar suspendidos, con ligeras gotas blancuzcas asomándose por los pezones. Estaba parcialmente vestida, con la falda levantada, vistiendo aún su tanga de encaje, viéndose más alta por todavía llevar los zapatos puestos. Era una muñeca sexi, con la piel de marfil, quedando acentuada su figura por las sombras que el ambiente brindaba.

Cogí mi verga con mi mano y la sacudí un poco, para calmar mis ansias, pero ella lo tomó como una invitación, liberándose de la baranda para acercarse y agarrarme el pedazo. Se agachó rápido mientras se humedecía con la lengua sus labios, dándose una lamida por todo su alrededor. Se puso de cuclillas y me empezó a dar una mamada de lujo. Su boquita era muy curiosa, su carnoso labio superior parecía envolver mi verga mientras succionaba. Ella salivaba muchísimo, mi falo estaba húmedo y ella seguía humedeciéndolo aún más. Me sorprendió que tenía una gran capacidad para soportar metérselo hasta la garganta, lo que le generaba pequeñas arcadas, pero a mí me dejaba viendo estrellas, demostrando que no era una mamona sin experiencia.

Me alerté, pues sentí mis huevos contraerse, señal de que me corría, intenté alejarla y sacársela, pero ella se aferró a mí cintura y se metió toda mi verga hasta el cuello, haciendo que me corra dentro de su boca, expulsando

de golpe grandes borbotones de mi leche. Ella como toda una campeona tragó sin dejar de mamar, con sonoros "glups glups glups".

Cuando la tomó toda, sacó mi verga y la siguió lamiendo. Yo me agarré el tronco y le di unos cuantos golpes en la cara, a ambos lados de sus mejillas, cosa que le sacó una carcajada.

—¡Dios! ¿me estás castigando o premiando?

—Ambas cosas mi tetona amiga.

Ella se paró y, juntando sus pechos con las manos me ofreció algo de tomar, yo le lamí las tetas y me puse a chupárselas. Así, lactando, nos acercamos a la cama, quedando tendidos en ella. Le chupé los senos por buen rato, sacándole por fin el vestido, liberando un cuerpo fino, en tanto ella me toqueteaba todo el cuerpo, entreteniéndose con mi verga. Su vientre era delgado, y no se llegaban a distinguir marcas de su embarazo, viéndose muy hermosa. Cuando le solté los pechos ella se subió encima mío, tomó con su mano mi pinga, que volvía a estar en forma gracias a su aperitivo lácteo, colocándosela entre nalgas, ajustando la cabeza en la entrada de su vagina. Yo estaba complacido, así que la dejé montarse. Con movimientos de cadera la hizo entrar, logrando metérsela toda mientras soltaba el aire, empezando a dar saltos; pequeños al principio, más fuertes y enérgicos después. Resultó ser más atlética de lo que parecía, se sacaba y metía todo mi falo en su extensión. Tensé y flexioné mis piernas, para alzar la cadera y acompasar sus movimientos con impulsos para hacerla saltar aún más, viendo cómo se mordía el labio por todo el placer que eso le generaba.

—¡Oh Si! ¡Que rico! ¡Que gorda la tienes! —dijo, echando la cabeza hacia atrás mientras yo elevaba mi cuerpo para mantenerla con la verga adentro.

Ambos disfrutábamos cada detalle de nuestros cuerpos, cada sensación. Mis ojos bizqueaban al observar sus espectaculares tetotas, que saltaban triunfantes, como dos balones dando botes, haciendo volar gotitas de leche tibia que aterrizaban por todo mi cuerpo. Se inclinó hacia mí, arañándome el pecho mientras gemía al ser penetrada. Yo tenía mis manos en su culito, nalgueándola y apoyándola para que no se zafe de mi falo. Levanté la cara y volví a atrapar uno de sus senos en mi boca. Estaba en mi gloria. Le mordía los pechos, tiraba de uno y le sacaba lo que podía, luego cambiaba al otro. Ella abrió mucho la boca y soltó un sonoro gemido, dejándose caer, siendo penetrada del todo, teniendo un potente orgasmo.

Cuando se calmó la acurruqué en mi pecho, dándole caricias por toda su espalda, manteniéndose ella aún con mi poronga en su interior. Al cabo de unos minutos alzó la cara, dándome un beso tierno, que fue tomando fuerza, hasta casi morderme los labios. Se dejó caer de lado, parándose y apreciando mi pinga aún erecta.

—Aún no te he ordeñado como debe ser, verás lo que una mujer de verdad puede hacer, no como esa mocosa con la que te has estado metiendo —me dijo eufórica—. Siéntate en el borde de la cama y abre las piernas ¡rápido! —ordenó.

Yo le sonreí, ella estaba celosa de Daniela. Le hice caso sentándome en el borde, con las piernas un poco separadas. Ella puso su boca sobre mi verga, sin llegar a tocarla la abrió y sacó la lengua, dejando caer saliva como un pequeño chorrito, mojando mi aún endurecido falo. Luego tomó sus tetas con las manos y las juntó, dejando al medio mi pinga, con sumo cuidado las levantó y bajó, humedeciendo el centro con su saliva, haciéndome una paja rusa digna de las mejores películas para adultos. Sus tetas eran muy suaves, y con lo mojado que estaba todo se resbalaba con facilidad, causándome

muchas sensaciones placenteras. Lo mejor de todo es que, mientras hacía eso, ella me miraba con lujuria, captando cada gesto de placer que yo hacía. Fiorella bajó su cabeza y le dio una sorbida a mi verga, cogiendo la cabeza y jugando alrededor con su lengua, para luego volver a ponerse a cierta distancia, salivando. Todo ello mientras seguía pajeándome con las tetas.

Quién diría que mi amiga Fiorella podía ser tan sensual, pícara y golosa. Me venció el placer y me corrí, lanzando fuertes chorros de leche al aire, a su cara, a sus tetas. Ella siguió pajeándome con una gran sonrisa en la cara, triunfante por su logro. Se relamió lo que quedaba de leche y, cuando nos calmamos me jaló hacia la ducha. Nos duchamos juntos en una gran tina. No hablábamos, solo sonreíamos, pues ese momento era nuestro. Nos aseamos y secamos, yendo a la cama. Entre caricias la hice dormir. Decidí que al amanecer seguiríamos con nuestros juegos. Ese sillón tántrico no se quedaría sin ser usado, ¡no señor!

Me despertó el timbre de mi celular, Fiorella aún dormía plácidamente, en la pantalla se leía "Daniela Bombón". Tenía un mensaje de voz, lo reproduje y escuché la voz de mi ángel:

—Hola profe, necesito verlo urgente.

CAPÍTULO VII
LA VIDA ES BELLA

Que sean casi las cinco de la mañana y recibas un mensaje de "necesito verlo urgente" es algo que no puede pasarse por alto, menos aun viniendo de mi pequeña y hermosa Danielita.

La cabeza me martilleaba por lo poco que había dormido, tenía el cuerpo cansado y agarrotado por la actividad física, además mi virilidad aún estaba con esa sensación de haber sido complacida; con todo ello me senté y sin darle muchos rodeos a la idea decidí que llamaría a mi bombón, para saber qué ocurría.

El cuarto aún tenía ese olor característico a sexo. Mientras me levantaba de la cama tuve una sensación extraña en la espalda, como un escalofrío, así que volteé y me topé con los ojos semiabiertos de Fiorella, que me miraba, definitivamente me miraba. Sentí que adivinaba que estaba a punto de marcharme.

—Lo siento, tengo que hacer una llamada —le dije, despidiendo

vapor con cada palabra. Era una noche fría.

—Está bien, procura no hacer bulla —me contestó, un tanto cortante. Tal vez había llegado a leer el nombre de la remitente de los mensajes en el celular y eso había cambiado su humor.

Me paré, aún desnudo caminé al balcón, mi falo se balanceaba de lado a lado con cada paso así que busqué una toalla limpia y me cubrí de la cintura hacia abajo. Al abrir la puerta de vidrio, una ráfaga del frío aire nocturno terminó de hacerme despertar. Cerré la mampara a mis espaldas, pues realmente no quería incomodar a Fiorella. La calle estaba desierta, a excepción de unos pocos vehículos que desaparecían tan pronto como aparecían, siguiendo su rumbo en medio de la oscuridad.

Marqué el número de Daniela y esperé apoyándome en la baranda que horas antes había sido el punto de apoyo de Fiorella. El móvil timbró varias veces, pero ella no contestó. Esperé un momento y volví a llamar, sin obtener resultado nuevamente. Decidí mandarle un mensaje, mientras mi cuerpo sufría un escalofrío. Un tanto incómodo escribí, mientras leía lo que digitaba.

—¿Dónde Estás? ¿Qué Pasó?

Esperé un par de minutos, sintiendo como la piel se me ponía como de gallina (o gallo) por el frío cortante. Seguramente en unas horas estaría con gripe por mi descuido, por estar sin abrigarme. No había respuesta de su parte y empezaba a incomodarme. Voltee para volver a la cama, besaría a Fiorella y succionaría sus grandes pechos para entrar en calor, si ella se sentía dispuesta podríamos por fin usar ese extraño sillón tántrico forrado en cuero negro que aguardaba en una esquina de la habitación. Cuando tomé la manija de la mampara de vidrio el celular timbró. Daniela me estaba llamando, le

contesté de inmediato.

—Lo siento profe, no sabía a quién acudir —me dijo Danielita con voz entrecortada. La conocía lo suficiente para saber que estaba llorando. Ese detalle me hizo perder toda sensación de molestia que sentía hasta hace un momento, dejando de lado el haber despertado a esta hora y el frío viento que acometía contra mi piel.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Lo siento profe, por favor ayúdeme —sonaba realmente deshecha por el llanto.

—Danielita, bebé, dime dónde estás e iré a verte.

—Estoy llegando a su departamento, no quería causarle problemas, pero no tengo nadie más a quién acudir.

—Bien, espérame allí, no te vayas a mover, he salido, pero volveré enseguida.

—Lo esperaré, gracias profe —dijo, con algo de hipo de quien no se puede controlar por la tristeza, y luego colgó.

Escucharla así me puso alerta, sentía la urgencia de ir, en taxi estaría a unos veinte minutos de viaje. Pedí un vehículo por aplicación y tuve la suerte de encontrar uno cerca, que en tres minutos me recogería.

Entré como un torbellino a la habitación y demoré solo un instante en adaptar mi vista. La ropa estaba desperdigada por varias partes, aún tirada en el suelo alfombrado de la habitación. Ubiqué mi ropa interior y empecé a vestirme, saltando sobre un pie logré ponerme la trusa y luego calzarme el pantalón, luego las demás prendas, que una a una iba recogiendo para

inmediatamente ponérmelas; todo ello sin notar que Fiorella estaba sentada en la cama mirándome fijamente, en silencio, sin articular palabra alguna.

Cuando me percaté en ese pequeño detalle la miré. En la penumbra sus grandes ojos brillaban, como si de un felino se tratase. La escasa luz acentuaba su silueta, perfilando aún más sus sobresalientes tetas desnudas que me apuntaban como dos cañones a punto de fusilar a un prisionero.

—Te vas… —me dijo, y su voz bien podía cortar el aire.

—Lo siento Fiorella, tengo una emergencia —le contesté, evitando entrar en detalles.

—Y esa emergencia se llama Daniela Fernández, ¿o no es así? —comentó con frialdad, retomando su carácter avasallador de siempre. Era mi amiga, pero también era una mujer implacable y muy independiente con la que había tenido un excelente sexo. Todo ello me hizo sentir culpable, pues ella merecía más, merecía a alguien mejor.

—Lo siento, nuestra fiesta y lo que vino después fue fantástico, pero ha pasado algo, no sé bien qué y ella me necesita —le dije, evitando su mirada.

Se quedó un breve tiempo en silencio, permanecí de pie con la vista en el suelo, lentamente continué mi labor. Justo cuando yo terminaba de vestirme y alistar mis pocas pertenencias sueltas ella se levantó y avanzó desnuda hacia mí. Me merecía una bofetada por abandonarla, solo esperaba que no fuese demasiado fuerte; en vez de eso tomó una de mis manos y la llevó a su enorme seno, y con la otra me agarró la verga por encima del pantalón.

—Ahora tú también eres mío —me dijo, casi como un susurro, apretando un poco mi pedazo, para soltarlo y volver a la cama— solo

recuerda eso.

—Lo recordaré —le dije, saliendo de la habitación.

El viaje de retorno resultó sumamente rápido, pues las calles estaban vacías. Descendí del vehículo, busqué a Daniela por los alrededores, recordando que ella sabía abrir la puerta exterior del condominio. Ingresé, subiendo las gradas a toda velocidad, preocupado por aquella personita que de alguna manera se había convertido en el eje de mi vida. En la oscuridad la encontré, sentada en el piso, encorvada, prácticamente abrazando sus rodillas. Parecía haberse quedado dormida.

El verla así me partió corazón. Pese al momento, dudé un segundo en tocarla, temiendo que fuese un sueño volver a tenerla cerca, por lo que quise apreciar cada detalle de ella. Tenía puesto un vestido enterizo muy pequeño, con brillos y encajes, similar al que llevaba puesto el día en el que nos encontramos por primera vez. Por la posición en la que se encontraba, sentada flexionando su cuerpo, sus piernas quedaban a la vista casi en su totalidad. Una ráfaga me hizo tomar consciencia del momento, reprochando mi actitud. Me agaché y, con sumo cuidado de no asustarla, le toqué un brazo, que estaba sumamente frío.

—Ven, entremos —le dije, tomándola con delicadeza de ambos brazos para facilitar que se levantara. Ella temblaba y mantenía la cabeza gacha, pero hizo caso y me acompañó.

La senté en el sillón de siempre, y raudo puse agua a hervir mientras tomaba una manta y volvía para cubrirla, abrigándola con un abrazo, ella se movió en el sillón y acomodó su cabeza en mi muslo, así que le empecé a acariciar el cabello.

—Cuéntame qué ha pasado —le sugerí.

—Gracias por recibirme —me dijo, sin agregar nada más.

—¿Acaso no confías en mí? —pregunté, pues seguía intrigado por el motivo de su llanto, de cuanto pudiera estar ocurriéndole.

—Es que, él me golpeó, y esta vez se pasó de la raya —dijo, rompiendo en llanto— me hizo doler mucho, me golpeó con su puño y luego me pateó, me insultó y me botó de su casa, me hizo sentir peor que basura —dicho esto ella se rindió a la tristeza y lloró descontrolada.

Solo atiné a seguirla acariciando, a susurrarle que ya estaba segura, que no tenga miedo, pues aquí nadie más le haría daño. Poco a poco el calor y mis palabras hicieron mella y la calmaron. Me levanté un instante y le preparé café, calentando también unas empanaditas que guardaba. Me encontré pensativo. Se notaba que ella había estado en una fiesta, había bebido y surgido alguna discusión que desencadenó en violencia, siendo agredida. Todo estaba muy fresco, y el que hubiese ingerido alcohol no ayudaba a que se calmara. Era la primera vez que la notaba tan perturbada y deprimida. Tal vez el café y la comida caliente lograse que me contara lo ocurrido.

Encendí una lámpara y le puse las cosas que había preparado en la mesa de centro, acercando el mueble para que pudiese tomar y comer con comodidad. Fui cuidadoso, destapé a Daniela lo necesario para que pudiese sentarse. Al contar con más luz pude apreciar que su mejilla estaba enrojecida, a consecuencia del golpe que le habían propinado esa misma noche.

Apreté los puños, me sentía indignado, y mi parte de abogado emergió.

—Vamos a una dependencia policial, tenemos que denunciarlo, un médico te evaluará y debes contar todo lo que ha ocurrido, te ayudaré a

ordenar tus ideas y así podrás hacer justicia con ese canalla —Ella cerró los ojos y volvió a ponerse a llorar.

—No puedo hacer eso, él o sus amigos me harían daño, y dependo totalmente de él —me contestó.

—Ahora estás conmigo, yo te cuidaré, algo tenemos que hacer, esto no se puede quedar así —le dije muy serio, pues no deseaba que todo el asunto quedase impune, en tanto que ella negaba con la cabeza, dejando caer aún más lágrimas.

—Te contaré algunas cosas de mí, para que entiendas mis problemas, pero promete no juzgarme —dijo, recibiendo una afirmación con la cabeza de mi parte.

Había deseado tanto el momento en el que me abriese el corazón, y así que pudiese conocer más de ella, aunque me hubiese gustado que no ocurriese en estas circunstancias, con ella al borde del llanto.

Entre tazas de café, empanadas y un paquete de pañuelos descartables me contó muchas cosas de su vida, empezando por una niñez complicada junto a su madre, que enferma y con pocos recursos se esforzaba en que pudiesen sobrevivir día a día, del padre no se sabía nada. Su mamá falleció cuando ella tenía poco más de diez años. Había quedado bajo la tutela de un tío que le propinaba malos tratos, logrando estudiar gracias a que descubrió que podía ser becada como deportista si corría rápido. Pero aún con los estudios no se sentía amada. Esta sensación de desamparo emocional la llevó a escapar de casa cuando un joven en una moto que parecía "cool" la enamoró y prometió una nueva vida, ayudarla a estudiar, a cambiar su futuro. Tuvo un buen inicio, con ciertos lujos y caprichos. Algunas veces él se ponía violento, pues no siempre sus "negocios" le salían bien, pero no solía

descargar su cólera en ella, que no entendía lo que ocurría, hasta que entendió. Tenía por novio a un traficante de sustancias tóxicas, mejor dicho, al abastecedor de la zona. Los pequeños vendedores le compraban a él, y él compraba a alguien más grande.

Daniela no era ninguna tonta, y sabía que estudiaba leyes por recomendación del novio, que había descubierto que no solo era un cuerpo bonito, sino también una joven inteligente, esperando que lo ayudase ante problemas que pudiesen surgir. Lo que ella no comprendía era como poco a poco él se fue haciendo más lejano, más violento y desconfiado. Las cosas habían empeorado vertiginosamente cuando él volvió de un viaje y no la encontró, agudizando más el problema con el comentario de uno de sus "amigos" que comentó que pudo verla salir de cierto condominio.

A veces uno goza sin saber los problemas de los demás. De aquellas personas que tenemos tan cerca. Sin comprender todo el universo de dificultades que viven, y la presión que esto conlleva. Desconociendo que alguien sentado a tu lado puede estar soportando innumerables tempestades. Por eso, porque aún podía cambiar las cosas, me prometí ayudarla.

Ella descartó la idea de ir con la policía, no quería, y no pude convencerla de cambiar de opinión. Sus mejillas brillaban por la humedad de sus lágrimas. Ella le daba vueltas a la cuchara mesclando el café, lo venía haciendo desde que empezó a hablar, y aún con la taza medio vacía lo continuó haciendo. Esos ojos almendrados, adornados por pequeñas gotitas de tristeza, me hicieron sentir culpable, por no haber podido establecer una relación de mayor confianza con ella antes.

Aún no era tarde.

—Tranquila bebé, ya verás como todo se solucionará.

—Gracias profe, de verdad gracias.

Y allí, con la manta medio caída, mientras ella sorbía un poco de café y se llevaba lo que quedaba de una empanada a sus carnosos labios, con mucho cuidado de no hacerle daño me acerqué y besé su mejilla, besé sus lágrimas y sus ojos pues no quería que siguiera llorando. Ella no lo merecía.

Volteó y me besó, nuestras lenguas se juntaron, con el sabor a café y whisky de la noche reciente.

Debía controlarme, estaba herida y podía hacerle daño, pero era adicto a ella, a todo lo que representaba para mi vida, y su ausencia me había dolido tanto que, al tenerla tan cerca, no pude resistirme. Nos fundimos en un largo y apasionado beso, lleno de sentimientos, de tristeza, de amor.

—Perdóname por todo lo que te dije —me susurró.

—No hay nada que perdonar, ya estamos juntos.

Me volvió a besar, sintiendo un sabor salado en sus labios y en su piel ¿cuánto habría llorado? Quise consolarla, hacerla sentir mejor. Entre las caricias ella subió encima de mí, abrazándome con fuerza, pegando mi cabeza a sus pechos, como si temiese que me fuese a marchar.

—Te extrañé —le dije, recordando su ausencia.

—Yo te extrañé más —me dijo, con voz de niña.

—¿Por qué te alejaste así?

—Me asustó que se fuera lejos y me dejase con el corazón roto.

—Te dije que estaba enamorado de ti.

—Me dijo que se marcharía, y luego me mandó un poema bajado de internet.

—¡Pero si era mi creación!

—¿Impreso?

—Mi letra es horrible.

—Si, cuando califica los exámenes no se le entiende nada —Bromeó. Ella sonreía, verla así me reconfortó el alma.

—Te escribí eso con verdadero amor.

—Me gustó el poema, estaba muy confundida. No te vayas lejos. No sé qué haría sin ti —me dijo muy cerca, dejando de lado el usted, transmitiendo sinceridad.

No me iré solo, nos iremos, juntos. Escaparemos a un lugar donde no haya que ocultarse y podamos vivir felices —dicho esto la volví a besar, y ella correspondió. Ya todo estaba perdonado.

Los besos se hicieron más fuertes, intensos, desesperados. Estábamos frente a frente, la tenía encima, con sus hermosas piernas separadas, sentada en mi regazo mientras me besaba y desabotonaba la camisa. Mis manos acariciaron sus muslos, que estaban descubiertos, con su piel morena, caliente por el deseo. Subí los dedos, apenas rozándola, llegando al borde de la tela de su vestido, que había quedado ajustada a la mitad de sus prominentes nalgas. Tomé el borde y quise quitarle el vestido haciéndolo subir más, pero ella me detuvo las manos. Levantándose con cuidado me besó el pecho, se arrodilló en el piso frente a mí mientras que con sus manos me desabotonaba el pantalón.

—Quiero disculparme por arrojar tu poema.

—No es necesario —dije, casi sin aliento.

—¿Me vas a negar mi desayuno? —Su mirada me decía que necesitaba ese contacto. No pude negárselo.

Mi verga ya había tomado vida, así que sacarla no le fue difícil. Se agachó, le dio besitos en la cabeza y tronco, luego con estudiada calma empezó a ensalivarla. La dejé hacerlo mientras mi cabeza bullía de ideas. Le encontraría una solución al problema del novio, del ex novio, mejor dicho. Hallaría la manera de hacerlo pagar, aunque tuviese que molestar a viejas amistades, o a nuevas amistades; muy nuevas amistades en realidad. En mi mente ya iba articulando cómo se resolvería todo el asunto. Pero concentrarme era difícil. Las caricias íntimas hacían volar mi mente, y Daniela al verme distraído me dio un mordisco. La vi y me devolvió la mirada, me regaló una sonrisa pícara mientras me mostraba sus dientes.

—¿Me disculparás o te vuelvo a morder?

—Si quieres puedes morderme todo el día—le dije, mientras le golpeaba los cachetes con mi tronco—. Pero hace mucho que ya te disculpé.

Ella era mi princesa, a la que protegería como un caballero de armadura brillante, que aún podía dar pelea, prometiéndome que nadie más la volvería a hacer llorar.

Daniela estaba entregada a humedecer todo aquello que estuviese a su alcance. Luego de introducir cuanto podía, se la sacaba, lamia los lados, abajo en toda su extensión, y volvía a metérsela. Aproveché una oportunidad para agarrar mi pedazo y volver a darle pequeños golpecitos en la cara, para no perder la costumbre. El contacto de mi virilidad en sus mejillas la hizo

sonreír.

Ya había parado de llorar. Ahora era momento de perdonarse, olvidar los malos ratos, tiempo de disfrutar el estar juntos.

Con cariño le quité su juguete, y la hice pararse, me levanté a su vez abrazándola, sintiendo su calor. Le mordí la oreja y bajé a su cuello, mientras que me terminaba de sacar la ropa que me quedaba. Mis dedos jugaron con el cierre de su espalda, bajando traviesos a sus preciosas nalgas, llegando al límite de la tela. Tomé el elástico y quise hacerlo subir, para quitarle el vestido, pero nuevamente ella me detuvo.

Desconcertado la miré. Sus ojos reflejaban una mezcla de deseo y preocupación. Llevó las palmas de sus manos a mi pecho y me empujó lo suficiente para que volviese a quedar sentado en el sillón. Aún vestida se giró dándome la espalda, se agachó, quitándose la ropa interior, levantando la falda de su vestido lo suficiente para que saltase de sus carnes y sus nalgas quedasen libres, permaneciendo el resto de la tela elástica en su cintura. Era una imagen de ensueño, dándome la espalda, con las piernas separadas, tensando los músculos, volteó y me regaló una pícara sonrisa.

—Te quiero consentir, tómalo como agradecimiento por ser como eres conmigo.

Quise contestarle, pero tenía la garganta seca ¿acaso me regalaría su colita? Guardé la imagen mental de la pose erótica que hacía ella, que era de infarto.

Como si apenas se moviese fue retrocediendo, acercándose, paso a paso, y con cada movimiento fue llevando sus manos a su cintura, luego a su cadera, bajó a los muslos y finalmente se tomó los glúteos. Yo tenía las piernas separadas, y ella se detuvo cuando retrocedió hasta la altura de mis

rodillas, quedando en una posición que consideró adecuada. Brindándome un espectáculo para los ojos se separó las nalgas y se empezó a agachar, mientras flexionaba sus piernas hasta que la cabeza de mi mástil quedó rozando su vulva. En una sucesión de movimientos e imágenes que me dejaron anonadado.

—Te amo —ronroneó.

Y, dejándose caer, se ensartó solita, soltando un gritito de placer en el proceso. Movió la cadera hacia los costados, acomodándose, haciéndome sentir maravillas en mi entrepierna. Aun abriéndose los glúteos se alzó para volver a dejarse caer, haciendo que nuestra piel genere un aplauso. Volvió a moverse hacia los lados y empezó nuevamente, dando unas sentadas fenomenales. Lo hacía con fuerza, con energía, liberando tensiones, dejándose llevar por el placer y los instintos más básicos. Y yo gozaba, quería decirle tantas cosas, pero estaba enmudecido, por estar aplaudiendo mis muslos con los suyos, cintura con cintura mientras que ella me montaba como a un potro al que tenía de domar.

Ambos gritábamos, yo me sostenía con las manos en el sillón para que no se moviese, pues la fuerza y el ritmo no debían perderse. Ella ahora se apoyaba en sus rodillas, para seguir saltando, tensando sus poderosas piernas, dejándose caer, con una mezcla de rugidos y gemidos por igual.

Estaba perdido, viendo como ella, con ese juvenil y hermoso cuerpo, me daba un placer indescriptible. Una de sus caídas fue más fuerte de lo habitual. No subió, sino que conmigo dentro se hizo hacia adelante y atrás, gimiendo con fuerza, cruzando las piernas y apretándome en su interior, haciéndome perder el control por completo, teniendo juntos un hermoso orgasmo.

Se quedó muy quieta, respirando con dificultad, echándose hacia atrás agotada. Yo la recibí en un tierno abrazo. Ahora estaba caliente y llenita, ya le tocaba dormir. La idea de contarle mi plan esperaría al amanecer.

Poco a poco le saqué mi falo, sintiendo como mi leche se iba derramando. Por alguna razón me gustaba echar mi corrida encima de mi pareja, tal vez como parte de un ritual arcaico, pero esta vez ella había hecho el trabajo sola, y ambos habíamos disfrutado el proceso. Así que, sin dejar de abrazarla, la llevé a la cama. Acostándola de lado la hice dormir, entre caricias y susurros. Finalmente, ambos nos quedamos dormidos. Con lo último de mis fuerzas logré cubrirnos con una manta, descansando abrazados.

Cuando desperté estaba solo en la cama, la cabeza me martillaba, y sentía algo de flema en la garganta. Seguramente los primeros síntomas de una fea gripe bien merecida. Escuché el sonido del agua correr, imaginando que Daniela se estaba duchando. Me senté en la cama y, luego de estirarme un poco, me encaminé a la ducha, para bañarme junto a ella, y darle su beso de buenos días.

El baño estaba lleno de vapor, así que ingresé y cerré la puerta para evitar que el calor escapase. Al abrir la mampara para ingresar a la ducha ella soltó un grito y tomó la toalla tapándose. Me quedé sorprendido, ella nunca había sentido vergüenza conmigo. Como la toalla estaba empapándose cerré la llave y el agua caliente dejó de caer. Nos quedamos parados, mirándonos mientras el vapor se iba disipando. Ella miraba al piso, y se veía tan frágil que quise disculparme por ingresar sin avisar. Recordé su mejilla enrojecida, con cuidado la tomé del mentón y le levanté la carita.

El hematoma en su mejilla era notorio, entre rojo y morado. Acaricié sus manos y se las besé, ella cerró los ojos y dejó que la toalla cayese al piso. Su perfecto cuerpo tenía varias marcas, le habían jaloneado y arañado uno de

sus brazos, pero la peor marca era un grande y feo moretón en sus costillas, por debajo de su pecho derecho.

Lágrimas caían por sus mejillas. En una mescla de cólera y culpa yo solo atiné a abrazarla y volver a abrir la ducha. Junto al agua caliente nos quedamos, brindándole caricias, sintiendo cada detalle de su piel, hasta que percibí que había dejado de llorar. Al poco tiempo de calmarse me hablo.

—Tengo hambre —dijo.

—Bien, vamos, te prepararé un rico desayuno, bebé.

—Mejor preparémoslo juntos —comentó, besando mi pecho. Ella quería distraer la mente. Quizá fuese lo mejor.

Nos secamos y salimos de la ducha, parecía más calmada, evite volver a tocar el tema de la agresión. Le presté otro polo grande, más abrigado que el anterior y juntos nos dirigimos a la cocina para ver qué podríamos hacer. Calenté algo de arroz e hice unas tortillas, mientras ella, viéndose muy graciosa en su nueva polo-bata, preparó leche con miel.

—Estas algo agripado ¿no? —me preguntó.

—Estamos —le dije, tocándole la punta de la nariz, ella también parecía afectada por el frío de la noche, ante el gesto me sonrió.

—Sé que no debía molestarte, pero no sabía qué hacer.

—Estoy feliz de que hayas venido, mi pequeño bombón —el comentario hizo que me lanzase una mirada que lo dijo todo. Ella me amaba ¿Por qué habría demorado tanto en comprenderlo? La vi saltando de un lado a otro, abriendo mi despensa.

—¿Qué buscas, cosita rica? —le pregunté, mientas disfrutaba verla agachándose y moviendo mis trastes. El polo no era tan largo, así que, si quería mantener la calma, mejor era ayudarla.

—¿Tienes una sartén y ajo?

—Claro, toma —dije, parándome y entregándole lo que pedía. Ella hizo un gesto muy gracioso, poniéndose seria y pelando los dientes de ajo con bastante habilidad, luego los puso a la sartén, tostándolos con unos granos de azúcar. Yo observaba encantado otra faceta de su vida. Para mi sorpresa salteó y dividió su preparado en dos, echando cada mitad a las tazas con leche y miel que ya tenía servidas.

—¿Vamos a tomar eso? —le pregunté sorprendido.

—Sabe bien —me dijo. No quise decepcionarla y tomé un gran trago, sintiendo como se cocinaba mi garganta. Debía haber hecho una cara graciosa pues ella se puso a reír, pero se llevó también la taza a los labios y bebió. Uno de sus ojos se achicó mientras el otro bizqueaba, sus mejillas se contrajeron y apretó los labios, era demasiado para que me mantuviese serio, así que solté una gran carcajada. La fórmula de ajo te hacía poner caras muy extrañas.

—Se nota que te gusta.

—Nos curará, ya verás que sí —dijo soplando su taza, preparándose para otro trago.

—Te creo bebé ¿Cómo sabes hacer esto?

—Me lo preparaba mi mamá cuando estaba agripada, las medicinas eran muy caras —el último comentario hizo que dejase de reír. Ella también cayó en la cuenta de los recuerdos y cosas que había tenido que vivir. Le

acaricié la mejilla, acercándome para dándole un beso lento, un beso lleno de amor y sabor a ajo. En un momento que solo podía ser nuestro, esperando generar recuerdos agradables para el resto su vida.

Desayunamos en silencio, nos mirábamos, sonreíamos y agradecíamos el espacio para pensar. Cuando terminamos el desayuno volvimos a meternos a la cama. Charlamos abrazados, de cosas insulsas, siendo lo único importante tenernos el uno al otro. Le acariciaba la espalda, hasta que por error le toqué la parte lesionada y ella hizo una mueca de dolor, por lo que quise abordar el tema nuevamente.

—Enserio, deberíamos ir y denunciarlo.

—Sigues sin entender —me dijo, tomando aire, controlando sus emociones—. Él es muy hábil. Imagínate que hasta ahora solo conozco su nombre, ni sé sus apellidos. Nunca le di importancia hasta que comprendí que desconfiaba hasta de mí. Ni bien se entere que lo estoy denunciando desaparecerá por un tiempo, y luego me encontrará, se vengará y adiós Daniela. Y si lograsen detenerlo por agresión a una mujer ¿cuánto tiempo le darían?

—Algunos años —le contesté, cayendo en la cuenta de que su lógica no era tan descabellada.

—¿Y el peor escenario?

—Con tu declaración y el examen médico recibirá una orden judicial de no acercamiento.

—Algo mucho peor me sucedería, eso de las lesiones no tiene el peso suficiente, no puedo arriesgarme de esa forma, compréndelo.

Entendía. Había sido agredida, y el sujeto era un maleante, por lo

que se requerían medidas más contundentes. Había varias opciones, ideas que conllevaban un riesgo y cierto beneficio. Demasiados detalles que podían salir mal. ¿Podría ir y golpearlo? No era un peleador nato, no me gustaba la violencia. Entendía que quien golpea corre el peligro de ser golpeado, por lo tanto, muy pocas veces había recurrido a usar los puños, además, solo había practicado algo de lucha grecorromana en el primer año de universidad; no me fue mal, pero al poco tiempo dejé los entrenamientos por dedicarme a aventuras y pasatiempos relacionados a enamorar compañeras de la facultad.

También tenía la opción de denunciarlo ante las autoridades, sin la autorización de Daniela, pero fallaría a su confianza, además de que tenía poca información, y sin pruebas no tenía garantizado un buen resultado. ¿Pagarle a uno o varios matones para que hicieran el trabajo sucio? Definitivamente no caería a su nivel. Daniela no parecía dispuesta a dejar que me distrajese demasiado. Estábamos tendidos en la cama, la televisión de mi cuarto emitía un programa donde una familia escogía su nueva casa de ensueño. Solía ver ese programa escogiendo la casa que a mí me parecía perfecta, imaginando mudarme alguna vez con mi familia. Esa familia que ya no tenía. Pero con Daniela a mi lado me sentía motivado para luchar por un futuro mejor para ambos.

Ella acomodó su cabeza en mi tórax y yo le fui acariciando la espalda mientras la abrazaba. Gracias a la diferencia de tamaños, y a que solo vestía mi polo-pijama, podía llegar a levantar un poco la tela y frotarle las nalguitas, que aún estaban frías al tacto. Ella pasaba sus dedos por mis piernas, subiendo y bajando, apenas rozando mis bellos. Mi mente volaba buscando una solución que me parecía haber pensado ya, pero tenerla así me distraía. Peor aún, ahora ya no frotaba mis piernas, sino que directamente agarraba mi verga por encima de los ligeros pantalones cortos que llevaba puestos. Le separé las nalgas y con mi dedo medio, estirándome aún más, llegué a palparle el

ojete, ella se sobresaltó un poco, pero por mi espejo la vi sonreír. Su culito era hermoso, un asterisco perfecto y bien cerradito entre dos voluptuosas y redondas nalgas morochas, mientras se lo palpaba, moviendo mi dedo por encima sin hacerlo entrar, acariciándole la colita, recordé mi encuentro con Angy, la forma en la que la dominé y como la empalé haciéndola saltar en el aire dándole un magnífico sexo anal. Pero para eso aún faltaba trabajar mucho el culito de Daniela, si es que no quería traumarla o hacerle daño.

Daniela se agachó, facilitándome la tarea de manosearla, primero se echó sobre mi barriga y levantó el elástico del short, haciendo que mi verga ya hinchada salga de él. Yo humedecí mi dedo medio y volví a acariciarle la colita, ella tomó el tronco acercándose la cabeza de mi verga, dándole ligeros besos. Me masturbaba mientras le iba dando lengüetazos como si de una paleta se tratase. Hice algo de presión y sentí como parte de mi dedo hacía que su colita ceda un poco, pero eso la puso tensa y apretó las nalgas. Para relajarla levanté un poco la cadera, metiéndole la cabeza en a la boca, al poco rato volvió a relajarse, concentrándose en mamar, recordándome una foto de un hámster comiendo una banana. No quise asustarla, así que no le metí mucho el dedo, solo lo movía un poco, a los lados y hacia fuera. Por fin parecía que su colita no oponía resistencia, pero definitivamente meterle la verga no era una opción, por lo menos aún no.

Quería probar algo nuevo, así que sin quitarle el juguete de la boca la tomé de la cadera y la levanté, girándole las piernas hacia mí cara, quedando mi cabeza entre sus rodillas, las mismas que estaban flexionadas y dejaban su conchita a la altura de mi boca. Ella al estar de cabeza ya no solo mamaba la puntita, sino que se veía forzada a tener que comerse la verga hasta la garganta, pero lejos de amilanarse se dedicaba de lleno en eso, como si de un biberón se tratase.

Le separé un poco las piernas y acerqué la cara a su conchita, estaba húmeda y bien depilada, como solía llevarla ella. Mi pequeña era tan ligera y flexible que sin problemas acomodé mi lengua y le di una buena lamida de abajo hacia arriba, haciéndola soltar un gemino ahogado por tener ella la boca llena. Al ser tan sensible la lamí solo con la punta de la lengua, casi rozándola, besaba sus muslos, nalgas, le ensalivé el culito y le acomodé el dedo pulgar, así mientras lamía sus labios y bordeaba el clítoris le iba introduciendo el dedo en el ojete. Ella al estar sintiendo tantas cosas a la vez dejó que le abriera el culito, y como premio, después de estar bordeando sin tocarlo, le lamí ese pequeño botón sobresaliente arrancándole un pulso que le hizo mover todo el cuerpo, no me detuve, sino que la empecé a atacar con fuerza, lamía ya no suavemente, sino que le sorbía, lamía y frotaba con toda mi boca y besaba haciendo vacío su conchita.

Danielita movía las caderas acompañando cada caricia, ya mi pulgar la penetraba sin oposición, salía y entraba en tanto su mente en blanco, con la boca muy llena, se dejaba llevar por el placer. Sentí mi verga hincharse aún más, y por ello le metí todo el dedo en el culito, junto a mi lengua que entró en su vagina, haciéndola soltar un enorme calambre mientras se venía. Me mordió un poco la pinga, llevándome al clímax, soltando borbotones de leche directo a su garganta, que de alguna manera se los tomó mientras subía y bajaba la cabeza para ir tragando, dejándome finalmente reluciente, no habiendo derramado ni una gota de leche. Estuvimos quietos un momento, hasta que sentí como, palpitando, poco a poco mi falo, muy agotado se fue decayendo.

Con cuidado la bajé de costado y ella se levantó como un resorte, empezando a toser por haber estado aguantando la respiración tanto tiempo. Yo no me había dado cuenta de que casi se había atragantado con la leche. Cuando se calmó tenía los ojos muy rojos, pero reía por la fuerte y placentera

experiencia. También empecé a reírme debido a que un poco de semen le colgaba de la nariz, pues hasta por allí se le había salido.

Nos quedamos rendidos en la cama, ella se sonó los “mocos” y caímos en una ligera siesta para recuperarnos. Luego le pedí que confiara en mí, que me brindara unos datos puntuales, que me mostrara unas fotos. Hice una llamada y salí a caminar un rato.

Me tomó un par de días hacer las coordinaciones y preparativos necesarios. Así que una tarde puse manos a la obra.

Apenas quedaba luz en la calle cuando llegué hasta el viejo edificio en el que enfrentaría mi destino.

Con el corazón latiéndome con fuerza abrí la puerta e ingresé al local. Era un bar bastante destartalado, con mesas plásticas, pocas existencias en sus alacenas de madera, los pisos superiores estaban ocupados por varias familias que por economizar vivían agrupadas, percibiéndose el desorden y abandono de la zona.

El tipo tras la barra me lazó una mirada de pocos amigos; extrañado de que alguien desconocido ingrese a ese bar. Me había adentrado en un distrito marginal de la ciudad, considerado peligroso en muchos sentidos, nada recomendable para dar un paseo; por ello me había vestido con un pantalón de buzo y un polo suelto, aún así, al ser un desconocido, definitivamente desentonaba con alrededor.

Luego de dar una rápida mirada al interior de ese ambiente logré ubicar a la basura que había golpeado a mi pequeña. Caminé decidido hacia el tipejo. Ella me había comentado que solía reunirse con sus amigos en ese local poco transitado. Él no era el típico villano de teleserie, con mostacho y risa malvada, sino que era joven flacucho, con cara amargado, vistiendo un

polo negro con brillosos collares; lo más parecido a una estrella del reguetón que se me pudiese ocurrir. Aun así, habría unos tres o cuatro jóvenes a su alrededor, seguramente sus amigos o compañeros de vicio y negocio. La cosa no la tendría fácil. Si quería tener la oportunidad de darle una paliza, tendría que lograr provocarlo para que me enfrentase en un uno contra uno.

El chaval estaba sentado en la mesa de la esquina, cerca de una puerta lateral, mirando su celular, siempre de cara hacia el acceso a la calle; buen lugar para cosas ilegales. Pese a lo extraño de mi presencia él no me había lanzado mirada alguna, a diferencia de sus amigos que no me perdían de vista.

—¿Eres un poli? —me dijo uno de sus amigos, mientras se ponía de pie. No le hice caso y avancé un par de pasos hacia mi objetivo, lo que hizo que los demás se pusieran de pie.

—¡Así que te gusta golpear mujeres! ¿¡no!? ¡Idiota! —le dije, con tono amenazador, gritándole y apretando los puños, logrando que el sujeto me preste atención.

—¿Qué? Pinche pendejo ¿Eres el padre de Daniela? ¡mejor lárgate abuelo! —respondió, poniéndose de pie, mirando hacia los lados, comprobando que estaba solo. Los demás parecieron captar que no era policía, y se relajaron. Un par soltó una carcajada por mi estupidez al haber ido a ese lugar.

—Intenta golpear también a este abuelo, escuálido marica —lo reté, tirando una silla al suelo.

—¿Cuál escuálido? —me dijo parándose y acercándose a mí, empujándome — ¿Cuál marica? Te voy a partir la cara, pendejo —Siguió empujándome.

—Ramiro ¿necesitas ayuda? ¿Quieres que lo rajemos? —preguntó uno de sus amigos, acercándose por un lateral.

—Eso confirma que eres un marica hijoeputa —dije retrocediendo, sin alejarme tanto como para desanimarlo, avanzó un par de pasos hacia mí, pero se detuvo.

—¡Naa! ¡Di lo que quieras abuelo! ¡Solo lárgate que estoy ocupado! Y dile a Daniela que, si no la encuentro al anochecer en casa, la buscaré y le irá peor, mucho peor —sentenció sonriéndome, pues lo último me hizo enrojecer de cólera; girándose a buscar su silla nuevamente.

Pensé rápido en qué podía hacer, no debía darle el primer golpe sin su palabra de que sería una pelea solo entre él y yo, pero tampoco quería que se me escapara la oportunidad de armar un alboroto y poder cumplir mi cometido. Se me ocurrió lo que a cualquier hombre le dolería.

—¡Por eso Daniela dice que la tienes chiquita! ¡ahora todo tiene sentido amiguito! —no fue necesario nada más, el flacucho se giró y echó a correr hacia mí, y tuve que salir esquivando cuanto golpe pude hasta la puerta del local y luego a la calle.

El grupo me siguió y con precaución miraron a los laterales. Encaré al abusivo que de inmediato se lanzó a golpearme. Sus amigos no sabían si entrometerse o no. Debieron haber decidido esperar a ver como se desenvolvía la pelea, así que se quedaron al margen.

Y la cosa no fue tan bien, pues él era tan flaco como nervudo, y muy rápido, le conecté dos golpes que lo hicieron trastabillar, pero también yo recibí lo mío, y en mayor medida fueron golpes bien dados; unos cuantos vagos de la zona se unieron como espectadores de la pelea. Mi contrincante era relativamente famoso en el barrio. Ya tenía todas las de perder. Me ardía

la cara y el cuello, además de los brazos y las piernas, entonces vi cómo se encendían las luces de un determinado carro, distracción que me hizo recibir un fuerte golpe en el pómulo. Lejos de alejarme, cargué contra él y lo abracé por la cintura, presionándolo con todas mis fuerzas para evitar que se soltara. Se sorprendió al principio, pero cuando escuchó a tipos gritando, y el ruido de las sirenas acercándose, entró en pánico y se desesperó. Se movía como una serpiente, pero aun así no lo solté, pese a los codazos y rodillazos que recibía, por mucho que insultase, aguanté; sintiendo fuego e intenso dolor en mi abdomen, igualmente me obligué a mantener la fuerza de mis brazos. Sus amigos intentaron ayudar en un inicio, pero poco les duró la lealtad, pues se esfumaron del lugar dejándolo solo hasta que llegaron los policías, los primeros vestidos de paisano, y luego los demás uniformados. Cuando lo tuvieron bien agarrado, allí me permití liberar a mi presa.

—Bien hecho muchacho —me dijo uno de los polis, mientras cargaban a la culebra capturada, separándonos.

—¡Mierda! ¡Llamen a un médico! —dijo el policía de más rango, al ver que mi polo estaba manchado de sangre, y que de mi costado colgaba un puñal.

CAPÍTULO VIII
UNA GATA TRAVIESA

Desconozco si tiene algún nombre esa extraña sensación de encontrarse gravemente herido, pero no sentir nada, hasta el momento en que alguien te menciona que lo estás. Cuando escuché el grito del sargento empecé a marearme y mi vista comenzó a ponerse borrosa. Quedé tendido en el piso con un horrendo dolor en el costado, sintiendo húmeda mi ropa mientras la gente a mi alrededor me miraba con preocupación. Relativamente pronto llegó una ambulancia que lejos de retirarme el puñal, me lo aseguró con vendas al costado, como para evitar que se siguiese moviendo. Desconocía la gravedad de la herida, pero las miradas que me lanzaban los presentes eran poco alentadoras.

Los paramédicos se sincronizaron y me cargaron a una camilla rígida, cosa que me hizo doler a horrores pese a que fueron cuidadosos en moverme lo menos posible. Sin dilaciones abordamos una ambulancia que hizo sonar su sirena mientras me trasladaban a toda velocidad rumbo a un hospital de emergencias.

En el camino iba sintiendo mi cuerpo adormecido, no sé si me

colocaron alguna sustancia, solo recuerdo ver varias luces pasar, sentir algunos sonidos distantes, escuchar que se requerían exámenes, placas y otras cosas. Ya con los ojos cerrados un médico con la voz ronca, rodeado de otros tantos decía:

—El puñal atravesó el área intercostal izquierda, entre la séptima y la octava costilla. Esperemos que no haya comprometido al corazón.

Todo dejó de tener sentido, las palabras del médico sonaban demasiado lejanas para ser siquiera entendibles.

Por alguna razón cargaba una bolsa de pan y caminaba por un malecón frente al mar, atravesando un muy familiar camino de piedras pulidas por el uso, sintiendo una enorme nostalgia de tan solo escuchar el extraño golpeteo de mis sandalias con esa superficie. La fresca brisa marina me hizo querer llenar los pulmones de ese aire salino, mientras algunas aves surcaban el cielo siguiendo la costa, buscando alimento. Recordaba esa ruta, solo por el olor sabía que acababa de comprar pan del Colorado, el panadero del pueblo que atendía con una sonrisa a todo el que viniese por sus espectaculares panes recién horneados. No daba crédito a que estuviese en una escena de mi niñez ¿Acaso había fallecido? No importaba, por ahora solo quería avanzar unas cuantas calles hasta llegar a un camino estrecho que me conducía a una casita de adobe, pintada de verde, con una destartalada puerta de madera que siempre estaba abierta. Corrí hacia allí, saltando, sin soltar mi bolsa de tela llena de pan, aún caliente al tacto. Llegué agitado, emocionado atravesé el umbral y encontré a una ancianita que hacía girar un molinillo, del que iba saliendo una mantecosa pastade maíz, mientras que un anciano de gruesas gafas iba alimentando el pequeño molino con granos que iba extrayendo de una pila de choclos.

—Más duro viejo, que así no vamos a terminar nunca —dijo la

ancianita.

—"Más duro viejo"—imitó el abuelo— Si te doy más duro te dejo coja, viejita —ambos se miraron y se echaron a reír.

Sonreí, como el niño que era, recordando cómo bromeaban, sintiendo que el amor si existía en esa pareja. Ellos me miraron y con un gesto de ternura dijeron mi nombre en tanto me daban la bienvenida. Pero no pude avanzar. Mi corazón alegre y adolorido se negaba a detenerse, pues aún tenía mucho por hacer en la vida. «Aún no es el momento» dije, mientras ellos asentían, comprendiendo que me esperarían.

—Tómate tu tiempo hijito —dijo mi abuelita.

—Disfruta de la vida, que para eso es —dijo mi abuelito.

Si tenía suerte llegaría a estar como ellos, mi abuela y abuelo. Quienes me criaron con amor hasta el último de sus días. Alcé la mano a modo de saludo y giré, sumergiéndome en la penumbra, pero sin temor, intentando sonreír mientras guardaba mis preciados recuerdos.

—Carlos…—me llamó una voz que no llegué a reconocer.

Abrí los ojos, sintiendo como mi vista se iba acostumbrando a la luz. Me pregunté a quién vería primero, debido a que sentía que alguien me estuvo llamando entre sueños. Pese a lo adolorido de mi cuerpo mi alma se sentía en paz. Cuando enfoqué lo que tenía enfrente, resulta que era un enorme tipo de grandes bigotes que estaba demasiado cerca de mi cara.

—¡Ay! —Me quejé, pues de la impresión di un salto.

—¡Contrólate amigo! Aún es pronto para que andes moviéndote como una culebra —me dijo el tipo, al que por la voz reconocí como el

médico que hablaba antes de que perdiese el conocimiento, me quedé quieto mientras el médico le daba ciertas indicaciones a una pequeña enfermera que a su lado anotaba lo que le decían. Fui tomando consciencia que estaba tendido en una cama de hospital, en una habitación sobria y bien iluminada, con algunos aparatos conectados a mi cuerpo—. Bien, ya era hora que vayas despertando. Soy el Dr. Pérez, justo te estábamos examinando, pero parece que todo anda en orden, así que haré entrar a tu familia. Te han estado esperando por toda la semana, recuerda no moverte y evitar que ellos te muevan, aún estás convaleciente. Con eso dicho te advierto que durante la semana solo te han visitado mujeres, y estas no parecían llevarse bien entre ellas. Ten cuidado —terminó guiñándome el ojo.

—Gracias Doc. —fue lo único que atiné a contestar ¿Había pasado una semana?

El corpulento médico salió de la sala, acompañado de una enfermera bastante joven que me dedicó una larga mirada, y a quien le quise sonreír; pero me detuve, pues debía de dejar de fijarme con lujuria en cada mujer que se moviese cerca, era una mala costumbre que estaba dispuesto a enterrar. Volví a preguntarme «¿A quién vería primero?» Para mi sorpresa ingresó al cuarto de hospital Fiorella Bravo, mi gran amiga, que caminó sin titubeos y se sentó en una silla junto a la cama.

—Me alegra verte por fin despierto campeón—. Dijo sonriendo, con los ojos visiblemente hinchados— todos nos preocupamos mucho en la facultad, no tienes ni idea del revuelo que has causado.

— Hola Fiorella —sonreí, cayendo en la cuenta de lo débil que estaba—. ¿Qué revuelo? —pregunté con voz apenas audible, sin entender a qué se refería. Sintiendo la garganta seca y lengua pastosa.

—Tu pelea urbana fue difundida —dijo, y al verme que no entendía continuó—. Alguna persona que presenció el problema te grabó, se ve hasta cómo te apuñalan y todo. Primero internet hizo lo suyo, luego la prensa. Eres algo así como un héroe del pueblo, pero lamentablemente no todos lo ven de la misma forma.

—La decana me imagino— contesté, pidiéndole un poco de agua para beber, tomando consciencia de lo maltrecho que estaba mi cuerpo. Con cuidado me acercó una botella y el líquido que me sentó de maravilla.

—Si… alguna persona difundió información del delincuente ese, y cambió versiones haciendo entender que la pelea había sido consecuencia de un triángulo amoroso con cierta estudiante.

—Sospecho que también cooperó en eso mi exesposa.

—Acertaste, con seguridad fueron ellos. Luego la universidad se volvió un circo, los padres adoptaron el papel de jueces y los estudiantes en mosqueteros, opiniones de todo tipo surgieron, ni te imaginas.

—Entonces ¿Estoy despedido? —pregunté, preocupado por mi trabajo.

—No es tan fácil. Hay un grupo de padres y estudiantes que apoyan al súper profe, y bueno, solo tienen rumores respecto a lo de la relación, así que no creo que te despidan, pero sí que te pedirán que te tomes una licencia un tanto larga antes de volver a tomar clases. Además, uno de mis amigos se metió en unos cuantos problemas por organizar una redada con una carnada humana ¿Te suena conocido ese caso?

—Si, le pedí algunos favores a uno de nuestros compañeros de mesa que conocí en la fiesta, que me comentó que trabajaba de fiscal. Me ayudó a

detener a la sabandija; claro que no esperaba terminar al borde de la muerte.

—Bueno, llevaron al delincuente a la dependencia policial, donde horas antes habían capturado a uno de sus compradores que, tan solo al verlo ingresar, lo identificó y pidió declarar y brindar información contra él a cambio de beneficios penitenciarios. Además, cuando por fin lograron identificarlo, la policía revisó sus registros y antecedentes, hallando que ya tenía una orden de captura en proceso. Con todo eso puedes estar tranquilo. La sociedad se ha deshecho de Teodoro Paz por muchos años. Nombre extraño para un delincuente ¿no te parece?

—Si, creo —contesté, perdido en mis pensamientos.

Habíamos hablado del trabajo y de la detención, pero no de nosotros. No sabía cómo abordar el tema, apoderándose del ambiente un incómodo silencio. Ella movía una de sus piernitas haciendo sonar su tacón, dando señales de tener su paciencia al límite.

—Fiorella quiero disculparme —empecé, pero ella no me dejó terminar.

—Te dije que esa mocosa te haría hacer locuras.

—Si, sé que me lo dijiste.

—Bueno olvida lo que pasó en la fiesta, o mejor dicho luego de ella. Comprendo que estés en esa etapa de querer a una joven y guapa mujer a tu lado, pero no te confíes, Carlos, pues esas relaciones suelen terminar mal.

—Gracias por tu consejo Fiorella ¿Podemos seguir siendo amigos?

—Claro, siempre —dijo dándome un palmazo en el hombro, tal vez demasiado fuerte, a modo de despedida—. Ahora te dejo con tu droga. La

haré pasar, lleva humedeciendo con sus lágrimas el pasadizo desde que llegaste a esta habitación.

Ella se paró y sin esperar respuesta de mi parte abrió la puerta y salió, quedándome escuchando cómo se alejaban sus pasos por el sonido de los tacones que vestía. Sabía que estaba dolida, y confiaba que con el tiempo lográsemos retomar nuestro trato amical y ameno. Esperé unos segundos y una cabellera oscura se asomó a la habitación. Daniela tenía aspecto de ultratumba, su larga cabellera negra cubría gran parte de su cara y se veía maltrecha y cansada. Con los hombros caídos en una postura de derrota. Lentamente se acercó a la cama, y quedó a la distancia suficiente para que pudiese tocarla.

Estiré mi mano y aparté el cabello de su cara. Sus bellos ojos almendrados estaban enrojecidos, tenía ojeras y marcas de habérsela pasado llorando. Con suma delicadeza le acaricié la mejilla.

—Tranquila, ya todo estará bien —le susurré.

—Si hubiese sabido que haría esa locura no le hubiese contado nada —contestó también en voz baja, con la mirada perdida.

—¿Estás molesta porque lo han capturado? —Se me cruzó por la cabeza la idea, tal vez ella no había tomado a bien que hayan metido en prisión al tipejo.

—Estoy molesta porque te pude haber perdido, porque tuve miedo y me sentí perdida, impotente, no sabía qué hacer…—estalló en lágrimas, abundantes e incontenibles gotas saladas llenas de pesar y tristeza—. Estoy molesta porque ahora estoy segura de que te amo.

Y eso fue suficiente. Me apoyé en mi codo y haciendo fuerza,

generándome dolor en el proceso, alcé cuanto pude mi cuerpo y acerqué su cara a la mía para fundirnos en un beso.

—¡Wow! No amigo aquí no puede hacer eso —me dijo el médico que acababa de ingresar a la habitación y encontró la escena del beso. Daniela se separó con cuidado y lentitud, ayudándome a que volviese a tenderme en la cama, con el menor dolor posible.

—Amigo, acabas de despertar, casi vas a visitar a San Pedro y lo primero que haces es desobedecer a tu médico —aunque miró a Daniela con detenimiento, para darme a entender con un guiño que no me culpaba.

Tres semanas después, luego de hacerme infinidad de exámenes mientras me mantenían en observación, consideraron que mi evolución era adecuada y satisfactoria, así que me dieron de alta. Salí del hospital triunfante, solo con un ligero dolor en la herida. Podía caminar y desenvolverme sin problemas. Le había dado la llave del departamento a Daniela para que pudiese mantenerlo y arreglarlo, también le comenté que estaría encantado que viviese conmigo.

—¿Enserio no quieres que vaya a recogerte? —me dijo preocupada mientras charlábamos por celular.

—Ya estoy tomando un taxi, tu tranquila, estoy bien.

—Te tengo una sorpresa, cuando llegues me avisas ¡No vayas a abrir la puerta e ingresar!

—Bien mi bombón, te avisaré —contesté, colgando la llamada ¿Me habría preparado una fiesta sorpresa? O ¿la encontraría con un diminuto vestido de seda? Como sea, volver a casa sonaba bien, demasiado bien.

Había recibido una carta de la universidad, invitándome a una

reunión de coordinación para cuando me encuentre en condiciones de poder asistir.

El vehículo se estacionó frente al condominio donde vivía, pagué lo que debía y, dando un gran suspiro comencé a ascender los escalones. Llegué a la puesta de madera color caoba que daba acceso a mi departamento. Me sorprendió encontrar unas pequeñas plantas ordenadas al costado de la puerta, seguramente compradas y cuidadas por Daniela. Eran un detalle pequeño, pero que daba mucha vida a la entrada. Ya parado frente a la puerta llevé mi mano instintivamente al bolsillo, pero recordé que debía llamar, por lo que toqué el timbre.

—¿Quién es? —se escuchó desde el interior, con la voz inconfundible de Danielita.

—Soy yo —contesté con alegría.

—¿Quién es yo? —dijo ella tras la puerta, juguetona.

—El lechero —le dije susurrando, pegando mi cara a la puerta para que me escuchase, logrando distinguir su risa, sintiendo como abría la cerradura y jalaba la puerta.

—Pase rápido, antes de que llegue el amo de la casa —llamó coqueta, apartándose para que la puerta se abriese sin que pudiese observarla, dejando a la vista que la mayor parte del interior del departamento estaba oscuro, con las cortinas cerradas y algunos destellos en la penumbra.

—Vaya —dije al ingresar. Pues en la mesa del departamento había una cena pulcramente ordenada, iluminada por pequeñas velitas con cera color rojo, las mismas que proyectaban la suficiente luz como para poder distinguir la dedicación que le había puesto a cada detalle.

Había una cubeta con hielo y una botella de vino ya descorchada. Las copas tenían una ligera capa de agua condensada, pues seguramente habían sido enfriadas con anticipación. Al acercarme a la mesa distinguí qué había preparado, sintiendo un pinchazo de dolor en el corazón.

—¿Albóndigas en salsa de leche? —No podía dar crédito. El plato se veía muy bien. Esa comida era especial, pues era lo que solía prepararme en mis cumpleaños mi abuelita. Recordaba que solo se lo había comentado a Daniela en una ocasión.

—¿Te gusta? —preguntó a mis espaldas, surgiendo de la oscuridad, pues había estado oculta tras la puerta. Cuando volteé a verla me quedé sin aliento. Estaba bellísima, tenía puesto el vestido con el que la conocí, con la falda ajustada y llena de brillos gracias al fuego de las velas. Sentí la garganta seca, su presencia me aceleró el pulso, comprendía muy bien que amaba a esa mujer.

—Todo es perfecto — y lo era, aunque me sentía fuera de lugar al estar vistiendo un pantalón de buzo bastante holgado (por haber estado en el hospital usaba ropa cómoda) y una playera blanca relativamente simple, además de unas zapatillas acolchadas que utilizaba a modo de pantuflas.

—Iré al cuarto a cambiarme —le dije, pues deseaba vestirme bien para entrar en sintonía con la escena.

—¡No! Así estás perfecto amor —me dijo muy coqueta. No podía refutarle nada a mi princesa.

Cenamos en relativo silencio, intercambiando miradas y sonrisas, la comida estaba muy sabrosa, caí en la cuenta de que de ahora en adelante podríamos compartir recetas y pasar tiempo en la cocina, lo mejor de todo sería tenerla a ella como compañía.

—¿Deseas Vino? —le pregunté, pues solo veníamos acompañando la cena con agua. Justo Daniela acababa de meterse un trozo de carne su bella boquita, por lo que con las mejillas hinchadas asintió. Su expresión me hizo reír, me levanté y con cuidado serví ambas copas.

—Brindemos por nuestro amor —le propuse, ella aceptó, tomando un pequeño sorbo para luego sonreírme, permitiéndome captar cada detalle de lo que ella representaba para mi vida, la deseaba con locura. Tomé un sorbo de vino a la espera de lo que vendría después de la cena, pues no podía dejar de comerla con los ojos.

Entre los destellos de la luz generada por las velas ansiaba besarla, sentir el contacto con su piel, embriagarme con su aroma mientras hacíamos el amor con locura. Mi pantalón estaba abultado, pues ella cada cierto tiempo iba y volvía de la cocina trayendo algo para acompañar la cena o acomodando detalles de la mesa, permitiéndome disfrutar de su atlética figura dando saltos por aquí y por allá en ese vestido corto que tantos recuerdos traía a mi mente. Ella incrementaba la sensación de ansiedad con su mirada coqueta, con sus gestos traviesos, llevándose cada trozo de comida con estudiada calma a la boca, envolviendo el tenedor con los labios, tomando la comida, masticando con suavidad y finalmente relamiéndose los labios. Todo ello mientras me estudiaba, sabiendo que, aunque apreciaba su comida, era otra la carne que quería probar.

Esas semanas en el hospital me había tenido en austeridad de contacto íntimo, por lo que estaba casi en mi límite. Habían sido varias las noches en las que no había podido conciliar el sueño de tan solo pensar en ella, por lo que tenerla tan cerca me aceleraba el corazón.

—Tengo la sensación, señor lechero, que desea algo más que mi agradable comida—dijo, mientras estiraba desde el cuello el escote de su

vestido, permitiéndome apreciar los bordes de sus senos, sin llegar a sus pezones.

Ella sabía lo que quería, y su juego había sido hacerme esperar, pero yo necesitaba hacerla saber que lo que sentía por ella iba más allá de lo meramente físico. Había muchos sentimientos de por medio. Estiré mi mano y tomé la suya, para que el contacto ayudase a que comprendiera lo que estaba por decirle.

—Te deseo, llevo mucho tiempo deseándote, desde que cambiaste mi mundo, mi vida. Pero más que deseo, lo nuestro es amor, amor por ti, mi pequeño bombón —le dije incorporándome y bordeando la mesa, venciéndome a la necesidad de tener todo de ella, y darle cuando estuviese a mi alcance. Pero me frenaron sus manos en mi pecho.

—Tranquilo profe, mi querido profe, tenemos todo el tiempo del mundo —lo dijo con calma, mirándome a los ojos, haciéndome entender de que ya pasada la tormenta nos tocaban tiempos de paz y gozo, pero cambió el tono sensual de su voz por uno más juguetón— Venga, sígame señor lechero, hoy tendrá un premio especial por su recuperación —dijo dándome un delicado beso para luego llevarme de la mano hacia nuestro sillón predilecto.

—Siéntate —me ordenó, sonando autoritaria—. No te vayas a mover de aquí —agregó mientras daba pasos y ligeros saltos hacia mi dormitorio, mejor dicho, nuestro dormitorio.

Permanecí a la expectativa, preguntándome ¿Qué me habría preparado? La luz me permitía distinguir siluetas, pero no lograba ver el interior del dormitorio, así que concentré mi mente en los sonidos. La escuchaba quitarse los tacones, probablemente también la ropa, sentía que

hacía fuerza, seguramente por su vestido que era encajado a presión gracias a sus suculentas y redondas nalgas. También soltó un par de insultos, pues algo se le había complicado. Intentaba recrear en mi mente cada detalle captado por mi oído, aunque no lograba descifrar en qué consistía su sorpresa.

Había un sonido que ya había escuchado antes, desde algún rincón vago de mi memoria me recordaba al hospital, pero mi mente no lograba descifrarlo, era un sonido similar a cuando algo no resbala y se encaja a presión, algo gomoso, al estilo del látex contra la piel. Armé las ideas y caí en la cuenta de que sonaba muy similar a cuando las enfermeras se colocaban sus guantes quirúrgicos y hacían algo de fuerza para que se acomodasen a sus manos, pero entonces ¿qué estaría haciendo Danielita?

Ella se quejaba, maldecía en voz baja (aunque llegaba a escucharla), caminaba de lado a lado de la habitación (pues oía sus pasitos) parecía hacer fuerza y luego volvía a maldecir.

—¡Ay! —La escuché quejarse más fuerte, me levanté alertado.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te ayude con algo? —le pregunté, sin acercarme a la habitación.

—¡No! —Dijo casi gritando, quedando yo sin saber qué hacer, pero segundos después volvió a hablar — Se paciente ¿Sí? —me pidió, esta vez más calmada.

Volví a sentarme en el sillón, todo eso era muy extraño y ¿excitante? Sentía a mi amiguito muy despierto bajo mi pantalón, y era inevitable, gracias a los días que habíamos estado limitados a solo vernos y a uno que otro ocasional beso; ahora sentía la urgencia de que mi bombón me ordeñe como nunca. Los sonidos y quejidos continuaron por unos minutos, en los que me distraje levantándome la playera y palpando la cicatriz que me había quedado

al costado. La herida había cerrado y curado bien, el médico me dijo que había casos en los que la cicatrización se complicaba muchísimo, pero no era el mío, por lo contrario, si cuidaba bien la herida, con ayuda de algunos medicamentos y cremas, se reduciría la marca piel hasta ser apenas visible.

—Voltea, lentamente, pero quédate sentado —me dijo por fin.

—¡Santo cielo! —es lo único que pude decir al voltear y verla.

Tenía unos zapatos de tacón muy altos, vestía un traje de cuero negro y brillante, tan apretado que parecía una segunda piel, en la cara llevaba un antifaz de gata, del mismo color, que le daba cierto aire a una heroína, en las manos llevaba una vara delgada forrada en cuero con una terminación plana, como aquellas fustas que usaban en caballería, eso me hizo imaginarme montándola. No pude apartar la vista de sus muslos y caderas, que con ese traje quedaban aún más resaltados. Ella se acercó dando lentos pasos, cruzando las piernas, acercándose a la luz, la misma que era reflejada por ese lustroso traje negro que tan bien le quedaba.

—¿Qué pasó señor lechero? ¿Le comió la lengua un ratón? —Estaba sin palabras, ella, tan sensual y pícara, llegó hasta el sillón donde, obediente, permanecía sentado. Alzando una pierna hizo descansar uno de sus pies en mi falo.

— Vaya, ¿creo que encontré al ratón? —me preguntó.

—Si, tengo guardado un ratón muy especial para ti gatita —ella rio soltando un agradable "miau".

Movió de lado a lado su pie aun calzando zapato de tacón, marcando sobre la tela mi falo en toda su extensión, la vi pasando saliva, seguramente ella también estaba deseando el momento de entrar en contacto y ser

penetrada.

Tenerla cerca me permitió verla con más detalle; estaba espectacular con ese traje, la chaqueta tenía un cierre en medio, y sus pezones se marcaban, seguramente muy erectos. La zona de baja del traje estaba estirada a su máxima expresión, pero eso hacía que los detalles de sus musculosas piernas se traslucieran, viéndose imponente y muy suculenta. Colgando entre las piernas distinguí una peluda cola negra que se balanceaba con cada movimiento que daba, y en la unión su vulva sobresaliendo… ¿Sus labios estaban a la vista? Me tomó unos segundos asimilar esa imagen ¡El traje tenía una abertura en medio, directo sobre su sexo! ¡Diablos señorita! Podíamos tumbarnos y hacer el amor sin tener que sacarle el disfraz.

La impresión me hizo mover mi miembro, a lo que ella reaccionó abriendo mucho los ojos y humedeciendo sus labios.

—¿Aún no te has dado cuenta? —me preguntó.

—Al traje le falta un poco de cuero abajo —contesté feliz por mi descubrimiento.

—Y… también tengo colita —dijo, poniéndose de costado, mostrándome la silueta de sus enormes nalgas, y que entre ellas nacía una colita de gata.

—Esa colita te queda genial —le dije, pero, si no había traje en esa parte del cuerpo ¿de dónde se sostenía la colita? La respuesta vino sola, y me hizo abrir la boca, sorprendido.

Satisfecha por haberme dejado pasmado terminó de girar, quedando parada dándome la espalda, y esa vista valía una fortuna. Bajando por su fina espalda, pasando la cintura, donde las caderas se pronunciaban y sus glúteos

estiraban el traje, en medio había una abertura, primero fina, luego más pronunciada, la unión de las nalgas quedaba a la vista, y entre ellas surgía la cola, justo del lugar donde quedaba su ojete. Ella se llevó las manos a cada cachete de su culo y empezó a agacharse, muy lentamente abrió el culito y me mostró que la cola venía incrustaba en un dilatador anal que ella tenía introducido. Era una talla relativamente pequeña, pero para su diminuto ojete (al que tanto deseaba abrir) le quedaba exacto.

Estiré la mano haciendo fricción en la parte posterior de sus muslos, palmando el traje, rozando a través de él su piel, acariciando continuamente su cuerpo fui ascendiendo, llegué a sus nalgas, que parecían amenazar con romper el cuero, las froté y avancé hacia el centro, agarrándole la cola de gata, dando un ligero tirón, para volvérselo a meter.

—¡Ay! —Danielita soló un quejido.

—Eres una gatita muy sensible —le dije, soltando la cola, tomándola de las caderas y haciéndola retroceder un paso hacia mí, que permanecía sentado con la cara a la altura precisa para hundir mi cabeza en su entrepierna. Ella se agachó más, sintiendo como con mi lengua jugaba con sus labios, los separaba e introducía en su vagina, dándole un movimiento primero lento, en un vaivén de adelante hacia atrás, introduciendo la lengua, lamiendo alrededor, yendo de lado a lado, acelerando el ritmo, lamiendo más rápido, luego volviendo a hacerlo lentamente, haciendo que ella se contorsione y cruce las piernas. Soltaba pequeños quejidos. Si antes de que la tocase ya estaba húmeda, ahora sí que estaba mojada.

—Me costó mucho ¿sabes? —dijo entre gemidos.

—¿El traje? —le pregunté, pausando un instante mis lamidas.

—No, el meterme la cola en ya sabes —dijo, moviendo el culito—.

Ese es tu regalo.

Danielita, con toda la ternura del mundo, me acababa de decir que me regalaría la primera penetración anal de su vida. No pude controlarme, en mi mente había recreado la escena, y ella con su traje, siendo montada por ahí sería algo que jamás olvidaría. Me paré, abrazándola por la espalda.

—Entonces ¿Yo soy esa persona especial que estabas esperando?

—Siempre lo has sido, discúlpame por no decírtelo antes.

Besé su cuello, mientras con mis brazos abrazaba su cintura, ascendiendo para frotar sus pechos. Sus pezones coronaban el traje, permitiéndome pellizcarlos, generando que suelte un gritito. Ella giró sonriendo, y nos fundimos en un beso apasionado que duró una eternidad. Mientras tanto explorábamos nuestros cuerpos. Ella aprovechó para bajarme el pantalón y quitarme el polo, lancé el resto de prendas a un costado, quedándome desnudo. Tomó con ambas manos mi verga, agitándola con fuerza, se separó de mi beso y poniéndose de cuclillas se la llevó a la boca, mamando con desesperación.

—Uf… gatita, se nota que quieres leche —le dije, al verla tan dedicada a ensalivarme la poronga.

—Por algo eres el señor lechero ¿No? —me dijo, sacándosela y dándose solita golpes en la cara con ella.

Le acaricié el cabello, de entre todas nuestras actividades, en el sexo ya habíamos demostrado tener muy buena química. Ella me hizo ver estrellas moviendo su lengua en forma circular mientras tenía la cabeza metida en su boquita. Lamió el tronco y lo dejó muy húmedo, listo para servirme el plato principal.

—Bien, ven aquí bebé —la tomé de los brazos e hice pararse, sus zapatos de tacón sonaron al contacto con el piso cuando la llevé hacia el sillón, entendió lo que quería y se acomodó en pose de perrito sobre el mueble, dejando vulnerable su retaguardia.

—¿Estás lista? —le pregunté.

—Eso espero —dijo, con la voz entrecortada.

Llevé mis manos a su colita y con delicadeza tiré de ella, sintiendo un sonido como un «plop» cuando salió el dilatador anal que sostenía la cola. Era un artilugio pequeño, del tamaño de un pulgar, no lo suficientemente grueso como para prepararla para mi falo. Vi el anito de Daniela y entendí que allí no entraría, o si lo hacía, le haría demasiado daño en el proceso. Mi verga, repleta de sangre, con las venas hinchadas, daba saltos a la espera de penetrar hasta llenar de leche ese ojete, pero tenía que controlarme, pues amaba a esa mujer, y no merecía terminar con un trauma por darme el gusto.

La vi encorvando la espalda, estaba asustada. Acaricié uno de sus glúteos con mimo, en tanto puse la cabeza de mi verga en su vagina y la introduje hasta la base.

—¡Aaah! —gimió Daniela, que no esperaba que la penetrase por ahí.

—Tranquila bebé —le dije, empezando el mete y saca que tanto nos gustaba.

—Pero ¿Y mi colita?

—Tu colita no se va a ir a ningún lado —Respondí, volviéndole a meter el dilatador anal sin dejar de montarla, haciéndola soltar un grito mezclado entre placer y dolor— además por ahí aún no te va a entrar mi verga.

—¡Pero quiero dártelo! —hablaba y gemía, pues había acelerado el ritmo, por lo que articular las palabras se le dificultaba.

—Me lo darás, pero será a futuro, cuando estés más preparada y ambos disfrutemos del momento.

Sentí un ardor en la pierna, pues acababa de recibir un latigazo de esa varilla forrada en cuero que ella había mantenido en una de sus manos como parte del traje.

—¡Toma! por no aceptar tu regalo —me dijo entre gemidos, volviéndome a dar otro latigazo, generándome dolor, que se perdía en el placer de estarla penetrando, en una mezcla exquisita.

Ella mantenía su cabeza de lado contra en el asiento del sillón, con su tórax estirado en una curva por estar apoyada en sus rodillas, dándome total libertad de sus nalgas, su vagina y su colita. Quise devolverle el favor y le di una nalgada, que sonó fuertísimo gracias a su traje. Ella ante el contacto apretó las nalgas, haciéndome sentir de maravilla. Como respuesta Daniela lanzó otro fustazo, cambiando de mano para darme en la otra pierna y parte de mi glúteo.

—¡Traviesa! —le dije, metiéndosela hasta el fondo mientras me estiraba y le quitaba la fusta. El ardor en mis piernas me hizo querer liberar todas las ansias contenidas en esas semanas.

Empuñé su colita, para que a cada empujón que daba transmitiese el movimiento en su culito, y con mi otra mano le propiné un latigazo, y ella se volvió loca. Alzó más el culito y se dejó poseer, descubriendo que los juegos sexuales le fascinaban. Subí todo mi cuerpo en el sillón, poniéndome de cuclillas sobre ella, saltando mientras mi verga la penetraba sin piedad, moviendo a su vez su dilatador anal de adentro hacia afuera, dándole cada

dos o tres metidas un latigazo para que también balanceé el culito.

—¡Gatita traviesa! —le grité, volviendo a castigarla.

—¡Mauu! —dijo ella, siguiendo el juego.

—¿Qué le voy a dar a mi gatita? —rugí, por el esfuerzo.

—¡Leche! ¡Deme leche señor lechero! —ella estaba fuera de sí.

En una cabalgada fantástica, fuerte, con el sillón patinando por la inercia, conmigo rugiendo, resoplando, montando a una belleza vestida de cuero negro cuyos gemidos ahora eran gritos de placer. La penetré cuanto pude, casi volteándola por la fuerza que le transmití, sintiendo como crujía nuestro sillón, momento en que sus patas de madera se rompían y nos precipitábamos al piso. Ella gritaba mientras calambres se apoderaban de sus adoloridas piernas. Yo le di una última nalgada y me vine con fuerza en su interior. Y fue una corrida magnífica.

Terminamos tendidos en el piso, de costado, aun estando conectados. Ella se removió y volteó, le levanté el antifaz de gato y la besé con ternura.

—Gracias por el regalo.

—Aún no te lo he dado —me dijo, apenada.

—El regalo eres tú. Es todo lo que necesito.

Nos abrazamos, en medio del desastre que habíamos hecho, luego de las cosas que habíamos vivido, estar tendidos en el suelo no era desagradable, pues estábamos juntos.

EPILOGO

—¡Lanza! —le dije, viendo como ella saltaba y de un limpio manotazo hacía volar la pelota hacia mí, que con mi escasa coordinación apenas pude parar y mucho menos devolver.

—Profe es muy malo en esto —me dijo Daniela riendo a carcajadas. Estaba vestida con un bikini de dos piezas, jodidamente sensual, color rojo, al agacharse a recoger la pelota la tanga se le metía entre sus preciosas nalgas bronceadas.

—¿Me puedo unir? —ambos volteamos y saludamos a Angy, que había venido de visita a mi pueblo natal, en el que ahora vivíamos.

Nos habíamos mudado a la casita de mis abuelos, la habíamos arreglado y remodelado a nuestro gusto. No dejaba de ser un edificio rústico y viejo, pero ahora era nuestro hogar.

Cuando me enteré que la universidad pensaba someterme a un control con el comité de ética, y que la decana haría de eso un show de circo, los mandé al demonio de forma muy política, presentando mi renuncia. A su

vez puse en venta el departamento, con ello pagué mis deudas y con la diferencia me mudé junto a Daniela a este paraíso frente al mar. Hasta me alcanzó para poner un modesto estudio jurídico con el que pensaba sustentar nuestras necesidades, en tanto cambiábamos a Daniela de universidad y planificábamos nuestro siguiente destino. De momento no teníamos apuro ni preocupaciones, solo gozábamos de nuestro nidito de amor.

Claro, ayúdame contra esta pequeña deportista —le dije a Angy mientras Daniela le sacaba la lengua. Ambos le dimos un beso como bienvenida, ella también estaba sabrosa, menos bronceada, pero siempre sensual, aunque su bañador era un top con un short, este le caía a pelo por su fino cuerpo y sus glúteos alargados. Al saltar y darle el golpe a la pelota sus pechos rebotaron con gracia, haciendo que comience a salivar, entendiendo que algunas cosas no podían cambiar.

Pasamos un día genial, reímos y brindamos a gusto, pues hacía bastante calor. Ellas cuchicheaban entretenidas y yo las dejaba dialogar, pues, aunque se comunicaban constantemente por celular, siempre había algo nuevo que contarse.

Me encaminé al mar, que ese día estaba bastante calmado. El agua fría se sintió revitalizadora y al poco tiempo ellas me alcanzaron y los tres nos bañábamos muy gustosos, jugando y bromeando. Aprovechaba cada acercamiento para manosear a Daniela, que ya era mi pareja hecha y derecha; y ella jaloneaba a Angy, jugando un poco tosco, llegando al extremo se hacerle saltar una teta de su top, lo que yo festejé y nos hizo reír a todos. Angy regresó a la sombrilla, a tenderse un momento, quedándome solo con Daniela, a la que le comí la boca de un profundo beso ¿Podía ser la vida más perfecta?

Regresamos y ella se tendió en la arena boca abajo junto a Angy, y siguieron cuchicheando. Yo leí un poco un librito que llevaba conmigo para

no interrumpirlas, pero lejos de leer me entretenía mirándole a ambas las nalguitas, de Daniela no me podía aburrir, pues al estar echada con los pulgares hacia adentro sus gruesas piernas, sus prominentes, redondas y firmes nalgas ofrecían una vista impresionante de lo que un cuerpo perfectamente trabajado podía representar, ocultando sus partes íntimas solo con la fina línea de tela roja de su bikini. En esa posición cualquier fotógrafo podía extraer material para un poster de revista. Por su lado Angy, de piel más clara y más delgada emitía sensualidad, su short mojado estaba pegado a la piel, permitiéndome ver esos glúteos alargados, como cola de avispa. Recordaba lo delicada que era su piel, imaginando que al medio de sus nalgas se escondía ese grandioso ojete, al que había llenado hasta decir basta. Mi verga ya estaba hinchada, y a punto de sobresalir de mis pantalones cortos. Ambas rieron, y continuaron con su conversación. Me dedique a apreciar a Daniela. No solo amaba su bello cuerpo, con esas redondas nalgas formadas a la perfección por el creador. Amaba todo de ella, esa piel morena, ahora más bronceada le sentaba de maravilla, entonaba muy bien con el bañador rojo que vestía, percatándome de lo afortunado que era al tenerla como pareja, pues esos meses habíamos pasado por muchas cosas, nos habíamos conocido mejor, descubriendo diversas facetas, curando heridas, aprendiendo a sacar lo mejor del otro.

El atardecer se hizo presente, el horizonte brindó diversos matices naranjas, como preludio del próximo anochecer, momento en el que ellas se levantaron.

—¿Estás lista? —le dijo Angy a Daniela.

—¡Si! ¡lo lograré! —le contestó Danielita, levantando los puños.

—¿Qué cosa? ¿de qué hablan? —les pregunté, con genuina curiosidad.

Lo siento Profe, ¡Es un secreto! —me contestó Angy, mientras a su lado mi pequeña hacía la mueca de llevarse un dedo a los labios y soplar, pero terminó chupándose el dedo, sin dejar de mirarme, haciéndome dar ganas enormes de atragantarla.

—Vamos a ir a la casa —me dijo Danielita, muy coqueta.

—Bien, vamos —les dije, levantándome.

—¡Noo! —me dijeron al unísono.

—Tenemos que hacer algo, cuando lo llamemos viene ¿sí? —sentenció, sin darme opción a contradecirlas. Ambas se marcharon muy alegres, dejándome con la verga hinchada y desilusionada. Por lo menos podría ver sus colitas moviéndose a los lados mientras avanzaban por la arena.

Me senté y continué con mi lectura, sin realmente poder concentrarme. Miré el mar, a las olas y a una que otra belleza pasar, pero no podía dejar de pensar qué estarían haciendo sin mí. ¿Estarían teniendo sexo sin mí? ¡Diablos señoritas!

Pasó casi una hora. Estaba aburrido, con el libro sobre la cara empezando a conciliar un ligero sueño ante la creciente oscuridad, cuando timbró mi celular.

—¡Profe ya venga! —me dijo Angy, y no necesité más.

—¡Allá voy Angy! —le contesté, colgando.

Caminé rápido, tenía que recorrer la extensión de la arena, luego un pequeño malecón e ingresar a una calle para ingresar a la casa, ruta que podría cubrir en menos de diez minutos. Llegué en un santiamén, y cuando quise

ingresar la llave en la cerradura salió Angy, pidiéndome que me gire, tapándome los ojos con las manos.

—Es una sorpresa, no lo vaya a malograr —me ordenó.

—Bien… bien, guíame.

Sentí que giramos e ingresamos al departamento, al ser más alto que ella se veía forzada a levantar los brazos, por lo que sus pechos se presionaban contra mi espalda, en un tacto exquisito.

—Bien, cierre los ojos y ábralos cuando yo le diga, ¡no haga trampa! —volvió a hablar Angy.

—Okey.

Escuché unos pasitos, un poco de sonido y risitas nerviosas.

—¡Bien ábralos!

Abrí los ojos y las vi a las dos, habían acomodado mi fiel sillón en medio de la sala. Daniela estaba en perrito, con la colita hacia mí, y en su ojete tenía metido un consolador de mediano tamaño, sus nalgas brillaban por estar bañadas en aceite y lubricante, Angy le dio una nalgada y le abrió los cachetes.

¡Feliz Cumpleaños Profe! —dijeron ambas al unísono.

Vamos, la vida sí que puede ser más perfecta. Angy me dio una rápida mamada mientras rociaba lubricante en mi pinga, y Danielita, notoriamente nerviosa se metía y sacaba el consolador preparándose para lo que le venía.

Me acomodé tras ella y le saqué con lentitud el consolador, que era metálico y liso, muy curioso. De inmediato el anito de mi bombón empezó a

cerrarse. Dejé a un lado el consolador y me subí en el sillón poniendo mis piernas separadas, listo para montarla. Con mis manos me apoyé en su cadera y empecé a bajar flexionando las piernas. Angy tenía cogida mi verga y apuntó la cabeza a la colita de su amiga.

Mi poronga estaba hinchada, y por el momento lleno de emociones parecía incluso aún más grande de lo normal, al llegar a ponerse sobre el asterisco de Daniela ambos nos quedamos quietos, y de pronto, bajo una ligera presión su culito cedió y la cabeza le entró. Ella pujó un poco y su culito se contrajo, pero Angy fue hacia su cara la empezó a besar, relajándola con caricias y susurros, por lo que continué con la penetración. Y así, de poco en poco, con poco y casi nada de fuerza fui entrando en ella, hasta que la penetré por completo, tanto que mis huevos quedaron cómodamente colocados rozando su piel. Ella arañaba el sillón por tenerme dentro, pero no parecía estar adolorida, sino extasiada. Yo sentía como toda mi verga estaba siendo presionada por su virginal culito, le acaricié las nalguitas y empecé a besar la espalda y cuello, mientras Angy hacía lo suyo. De forma casi imperceptible se la saque un poco y la volvía clavar, ella pujó y luego aflojó, lo volví a hacer; tomé una de sus manos la llevé entre sus piernas, justo hacia su vagina, incitando a que se tocara. Angy la besaba, ella se masturbaba y mi verga poco a poco la penetraba, salía y volvía a entrar. Y así seguimos hasta que sentí que ella acompañaba el ritmo moviendo el culito, sus dedos se había relajado y su cola parecía presionar menos mi falo. La levanté un poco y la besé, mientras me atrevía a sacar más y volver a metérsela entera, ella gimió y siguió jugando con su mano. Angy sonrió triunfante y se acercó a besarme también, luego se acomodó con mucha agilidad bajo ella y le empezó a jugar con su lengua en su vagina.

Y ya más sueltos, mientras Danielita gemía y yo la montaba por el culito, agradecí cada cosa buena y mala que me había sucedido en la vida,

cada pelea, cada tropiezo, pues la vida, sea como sea que la veas, al fin y al cabo, es hermosa.

Se la metí hasta el fondo, y me corrí como los dioses, mi verga palpitó soltando abundantes chorros de leche en el mejor regalo de cumpleaños de mi vida.

Por unos minutos nos quedamos quietos. Cuando salí de ella tuve que hacerlo con cuidado, pues la leche rebalsaba de su, hasta hace poco, virginal culito. Ella se levantó y se fue corriendo al baño, pero se detuvo en seco y regresó, me dio un beso y me susurró:

—Todo estuvo muy rico profe.

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Juan Carlos Ascuña Flores (JCAF) nació en Arequipa (Perú) en 1990, estudió en la Universidad Peruana de las Américas. Desde temprana parte de su vida despertó el gusto por la lectura y escritura, habiendo adaptado en su etapa escolar obras teatro y cuentos. En 2023 publica su primer novela oficial *El Profe De La Rosa*, siendo una novela erótica con contenido explícito, lo que ha generado revuelo y críticas de todo tipo entre quienes la han leído.

LA VIDA NO ES PERFECTA, AUNQUE SIN DUDA ES HERMOSA.

Carlos De La Rosa, docente universitario, se mueve por inercia en los constantes y agotadores días de su existencia. Luego de su divorcio, y las consecuencias del mismo, siente que todo ha ido cuesta abajo. Pero recordará que la vida es bella cuando una despreocupada joven le haga sentir un sinfín de emociones.

Sumido en el erotismo y la sexualidad, El Profe De La Rosa es una historia narrada desde la perspectiva de un hombre camino a la depresión, quien de pronto, ve la luz en la forma de una sensual dama.

